

LA DERECHA VASALLA

**ESTEBAN
TORRES**



BIBLIOTECA
MASA CRÍTICA
CLACSO



CLACSO

LA DERECHA VASALLA

LA DERECHA VASALLA

LA TRAMA INVISIBLE
DEL PODER LATINOAMERICANO

ESTEBAN TORRES





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo

Gloria Amézquita - Directora Académica

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Producción Editorial

Valeria Carrizo y Darío García - Biblioteca Virtual

Mariana Santángelo - Corrección

María Clara Díez - Diagramación y diseño de tapa

Torres, Esteban

La derecha vasalla. La trama invisible del poder latinoamericano / Esteban Torres;
prólogo de Alexis Cortés. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO,
2025.

Libro digital, PDF - (Masa crítica)

ISBN 978-631-308-146-2

1. Derecha Política. 2. Ciencia Política. I. Cortés, Alexis, prolog. II. Título.
CDD 306.26



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Estados Unidos 1168 | C1023AAB CABA | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

NOTA EDITORIAL

Un mundo que atraviesa un tiempo de intensas transformaciones requiere ser pensado en sus asuntos más acuciantes: las múltiples formas en que se ejerce la violencia, el incesante aumento de la desigualdad, los daños al ambiente y a los seres que habitan la Tierra, la violación de los derechos humanos, la militarización de los territorios o el impacto de una pandemia sobre el tejido social, especialmente en sus sectores más vulnerables.

Lejos de documentar el pesimismo, aspiramos a construir herramientas teóricas para transformar las situaciones de injusticia en un ejercicio incesante que liga la teoría con la práctica.

El **Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales**, con el apoyo del **Transnational Institute**, pone a disposición de las y los lectores una nueva colección de textos breves con los cuales esperamos contribuir a entablar diálogos tanto en torno a nuevos y viejos interrogantes, como a la búsqueda de respuestas originales a los problemas de nuestro tiempo.

La **biblioteca Masa Crítica** reúne a intelectuales que, desde una diversidad de perspectivas y tradiciones teóricas, han contribuido a la forja del pensamiento crítico enlazando reflexiones sobre tópicos y dilemas de nuestro presente histórico.

índice

Prólogo. Una sociología insubordinada contra las derechas vasallas Por Alexis Cortés	13
Introducción. Las derechas y la agenda latinoamericana	31
Tesis I. El vasallaje como identidad	45
Tesis II. La raíz de la radicalización	65
Tesis III. Las derechas y la sociedad mundial poscolonial	87
Tesis IV. Las sociedades de consumo tardío como incubadoras	101
Tesis V. Del régimen de dominación al régimen de sumisión	135

Conclusiones. ¡A desmercantilizar y recolectivizar!	171
Bibliografía	203
Sobre el autor	223

Cada científico social se centra en alguna de las múltiples dimensiones de los fenómenos o hechos de poder o políticos, pero se engaña si cree que con ese solo conocimiento puede explicarlo en su totalidad, porque en ese caso acaba en un reduccionismo. Si bien mucho se ha hablado sobre la cuestión cultural respecto del empoderamiento de las llamadas “derechas”, en este libro se lo hace desde una perspectiva no suficientemente explorada acerca de la esencia de la llamada “batalla cultural” que, en definitiva, confluye en la lucha descolonial.

Eugenio Raúl Zaffaroni

Ex Ministro de la Suprema Corte de Justicia
de la República Argentina.

Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires

PRÓLOGO. UNA SOCIOLOGÍA
INSUBORDINADA CONTRA LAS
DERECHAS VASALLAS

ALEXIS CORTÉS *

* Director del Doctorado en Sociología de la Universidad Alberto Hurtado (Chile), ex Comisionado Experto por el Partido Comunista de Chile en el proceso constitucional 2023. Premio Iberoamericano de Ciencias Sociales 2022, IIS-UNAM.

Las ciencias sociales están bajo amenaza. Una de ellas es interna y la resumió muy claramente el politólogo uruguayo Juan Pablo Luna cuando señaló que: “Cada vez con más rigor, respondemos preguntas menos y menos relevantes para el mundo que nos rodea” (Luna, 2024, p. 21). Por otra parte, hay una amenaza externa, el crecimiento de una derecha extrema y radical que en su cruzada político-cultural sitúa como blanco de sus ataques a las propias ciencias sociales. De ese modo, concentrar los esfuerzos intelectuales en desvendar este fenómeno no es solo un acto de sobrevivencia, es también una forma de resituar las “grandes preguntas” en el centro del quehacer de las ciencias sociales. Las ciencias sociales deben cuestionar el poder, el cambio social y los modelos de desarrollo, para activar su “imaginación sociológica”, en momentos donde la imaginación política nos alcanza apenas para pensar futuros distópicos.

En este libro sobre las derechas en América Latina, Esteban Torres recoge el guante, realizando un ejercicio intelectual consistente con el modo de hacer sociología al que nos tiene acostumbrados. Tal como lo señalé en una de las presentaciones de su libro *El cambio social: teoría*,

historia y política (Torres, 2023), también publicado por CLACSO, Torres ejerce una actitud teórica como acto creativo, polémico y provocador. No se puede denunciar la subordinación económica y política de nuestro continente con una actitud análoga teóricamente. Rechazando lo que él entiende como una “teoría zombie”, o sea, una forma de elaboración imitativa frente a la producción de los centros globales, que se subordina incondicionalmente a ella, capitulando científicamente, Torres sale a la búsqueda de una forma de teorización autónoma, donde la crítica proyecta toda su potencia imaginativa, mediante nuevas categorías para el desarrollo de la investigación social (Torres, 2020). Eso es lo que ocurre con este nuevo ejercicio intelectual del profesor de la Universidad Nacional de Córdoba.

Su caracterización del fenómeno es sin ambages. Lo que define a la derecha latinoamericana es su servidumbre voluntaria; de ahí extrae su fuente de poder para la dominación interna de las sociedades. Aunque las acciones de esta fracción política se han vuelto cada vez más evidentes y explícitas respecto de los lazos íntimos que establece con las élites de los países

centrales, hay una trama de conexiones que parece invisible, o que al menos no se ha vuelto objeto de la crítica política ni intelectual. El libro busca evidenciar ese entramado. Para avanzar en dicha tarea, el autor presenta y desarrolla cinco tesis. A saber: (1) Es la subordinación la que configuró la identidad de las derechas latinoamericanas, siendo el entramado mundial más que el nacional el que delimitó los antagonismos en cada país de la región y, en particular, la disposición de las derechas a asumir una posición subordinada. (2) La radicalización de las derechas en la región es provocada por la intensificación de su vasallaje, en particular hacia los EE.UU. (Milei y, podríamos agregar, el bolsionarismo son casos ejemplares de ello), y no su giro autoritario. (3) El despliegue vital de las derechas latinoamericanas se da en las esferas periféricas de una sociedad mundial poscolonial, tomando la forma de una especie de apéndice del campo de la élite global. (4) Dicha sociedad mundial está basada en el consumo, pero con una división internacional entre sociedades de consumo avanzado y otras de consumo tardío. Nuestras sociedades corresponderían a las segundas. En ellas, el consumo modela la cultura,

perdiendo la política capacidad de performarla, sobre todo cuando el consumo se expresa como una forma de realización. Esta cultura capitalista de realización solo se realiza en una fracción muy acotada de las sociedades latinoamericanas, en lo que Torres llama “el campo de élite”, disparando expectativas de consumo no satisfechas por parte de las mayorías sociales. Esta tensión desequilibra más a las sociedades de esta parte del mundo que a las sociedades de consumo avanzado. Políticamente, aunque las derechas fomentan este desbalance, tienen un radio de acción cultural más favorable en la medida que el campo popular orienta su accionar hacia el consumo de realización (teléfonos de alta gama, por ejemplo) por sobre el de bienestar (salud, educación), aunque permanecen en buena medida presos de un consumo de sobrevivencia. Los proyectos distributivos de la izquierda, además, incrementan las expectativas de consumo individual, pero en último término ese horizonte político tiende a limitar el movimiento de ascenso económico popular. Finalmente, (5) si el régimen de sumisión es lo que constituye a las derechas también aquél le da forma y contenido al régimen de dominación

interna respecto de los campos populares. El régimen de sumisión o de servidumbre voluntaria minimiza al Estado y sus funciones de desarrollo, debilitándolo doblemente, por su posición desventajosa propia de la periferia y por la corrosión interna operada por la derecha, configurando “una forma mínima de Estado subalterno” que refuerza la posición periférica del país en la división internacional del trabajo. A su vez, las élites globales dominantes premian esta política de vasallaje con indicadores de riesgo económico que legitiman técnicamente a los gobiernos que la adoptan.

Como se puede apreciar de la síntesis anterior, en este ejercicio, Torres reinstala el plano externo de las sociedades nacionales para dar cuenta de la situación latinoamericana, en una dialéctica política donde lo fundamental es la subordinación activa de esas derechas a los intereses extranjeros. Se emparenta así con una larga tradición regional que le ha dado centralidad a la dimensión internacional para explicar nuestra realidad, evitando caer en un nacionalismo metodológico que agudiza el provincianismo intelectual y sin redundar en un mero determinismo externo. La reemergencia

del fenómeno de la derecha extrema se realiza en el marco global de lo que él denomina como una “sociedad mundial poscolonial”, con efectos transformadores y decisivos en las esferas nacionales, pues su instauración va de la mano con un proceso de ampliación horizontal, pero simultáneamente también con uno de verticalización de los sistemas económicos. Si nos retrotraemos a las formulaciones de las distintas teorías de la dependencia, en el caso de la elaborada por Cardoso y Faletto (2003), la situación de dependencia tiene como elemento fundamental su carácter asociado, es decir depende de cómo se recibe políticamente en el plano nacional en el contexto de su lucha de clases. En su versión más radical, Gunder Frank (1978) acuña el concepto de “lumpenburguesía” para referirse a la clase interesada en mantener el estado de atraso provocado por un comercio internacional desfavorable para el país, pero beneficioso para ellos.

De ese modo, la adopción de un régimen neoliberal ha supuesto el paso de una dependencia que en la época desarrollista mal se toleraba (Singer, 1998), a la naturalización de la “servidumbre voluntaria” o el “vasallaje económico”

que Torres denuncia, ya que, como modo de acumulación, la lógica neoliberal ha sacralizado la especialización de nuestros países en la extracción y exportación de materias primas, casi sin valor agregado. Esta naturalización, al mismo tiempo, va acompañada de un deseo de dependencia que se constata, por ejemplo, en la adopción acrítica de mandamientos externos (EE.UU., FMI, BM) que reducen el desarrollo a una sola vía: la neoliberal. ¿El resultado? La consolidación de la posición subordinada de América Latina en la división internacional del trabajo. El problema, debo agregar, no es solo que dicha dinámica ha sido promovida por la derecha, pues la izquierda latinoamericana, al menos una parte no menor de ella, parece haber abandonado todo intento de repensar un modelo económico que sea al mismo tiempo capaz de ofrecer bienestar material y de transformar la matriz productiva subordinada. Si la izquierda latinoamérica pretende reimpulsar un ciclo político favorable a las transformaciones debe adicionar al término distributivo, un término productivo, proponiendo un cambio en la matriz reprimarizada de nuestros países para garantizar el bienestar de las mayorías sociales.

Debe, por tanto, reapropiarse del debate sobre el desarrollo (Arboleda, 2021), aunque haciéndose cargo de las consecuencias de la emergencia climática y los límites planetarios.

La alusión al neoliberalismo me coloca en un embrollo en relación con el argumento de Torres. De entrada, él nos advierte que no empleará dos categorías usualmente utilizadas para analizar el avance de la derecha: el neoliberalismo y la democracia. En sus términos, la primera categoría sería inútil porque oscurece más que aclarar, y la segunda porque, para usarla con propiedad, demandaría un proceso de reinención a la luz de nuestra propia historia política como región. Ello obligaría a tomar algunas precauciones adicionales, como veremos más adelante.

A mi juicio, la contradicción política fundamental del periodo actual en Chile, el país desde el cual escribo estas líneas, es precisamente entre democracia y neoliberalismo (Cortés, 2022). Si bien este no es el lugar para defender el rendimiento conceptual de ambas categorías, quisiera señalar que la implementación del modelo de (sub)desarrollo regional ha supuesto una degradación del ámbito deliberativo de

la política y, por tanto, un debilitamiento de la democracia, disminuyendo el papel del campo político a la hora de imaginar y, aun más, de implementar un cambio en la matriz productiva del capitalismo en América Latina. Esta degradación se produce en buena medida a partir de la disminución de las capacidades estratégicas del Estado. Los problemas que menciono están en el núcleo de la reflexión de Torres. La economía se ha vuelto un asunto de expertos que comparten un credo común que se superpone a cualquier acuerdo normativo que dirija los esfuerzos sociales hacia soluciones colectivas. Política y economía se separan radicalmente, lo que justamente acrecienta el divorcio entre la política y la sociedad, en tanto el espacio que debería ser deliberativo pierde capacidad operativa en lo que concierne a asegurar el bienestar material de las mayorías, perdiendo su potencia transformadora.

De ese modo, la contradicción entre neoliberalismo y democracia ha provocado un divorcio cada vez más agudo entre política y sociedad (Garretón y Rivera 2024), repercutiendo en una caída en el apoyo a la democracia, entendida –en su acepción churchiliana– como un

régimen que siempre es preferible a cualquier otro (PNUD, 2019). Se puede hipotetizar que el aumento de la indiferencia al régimen político democrático obedece al cultivo por parte de los sectores populares, con justa razón, de una definición alfonsinista de democracia, antes que procedimental: con la democracia se debería comer, curar y educar, y agregaría con Torres, consumir. El problema es que los sectores populares ven cada vez con más claridad la impotencia del sistema político y, de la democracia, para mejorar su bienestar material y la seguridad social. Los sistemas políticos en nuestras sociedades terminan por negar la acepción democrática que acuñó Alfonsín. Así, en la práctica, con la democracia parece ser que tan solo se vota. La erosión de lo político, apalancada por la incapacidad de la izquierda para ofrecer un proyecto alternativo, va generando una descomposición multidimensional de la vida social que es aprovechada por la derecha radical para ofrecer orden y soluciones simples con una buena dosis de autoritarismo.

Como remarca el propio Torres en el libro, hay un efecto espejo en el debate sobre las derechas: “si las izquierdas autóctonas, que

comenzaron a ocupar el centro de las diferentes escenas políticas nacionales, se autodefinían en tales términos por la propia exigencia práctica de su programa de cambio social igualitario, la derecha regional quedó redefinida a partir de una identidad proimperialista y pro-oligárquica” (51). Estudiar a las derechas, diseccionarlas y cuestionarlas es inseparable de su ligazón con la izquierda. Bien lo expresó Pablo Stefanoni (2021). Cuando el historiador argentino se preguntó si la rebeldía se había vuelto de derechas, desnudó la incapacidad de la izquierda de ofrecer una alternativa al orden económico actual, y sobre todo de canalizar el descontento de los sectores populares postergados por el capitalismo.

En relación con la cuestión de la democracia, debemos agregar algo más. Torres no la incorpora al análisis en este libro por una razón fundamental. Realiza una apuesta radicalmente mundialista de ella: el horizonte democrático debe ser mundial, para que su realización plena sea posible nacionalmente. En sus términos, el déficit democrático debe abordarse no solo al interior de las sociedades, sino entre ellas. De hecho, enfatiza que la derecha latinoamericana

se puede comprender como un movimiento de reacción a la democratización de la sociedad mundial poscolonial. Dicha opción es consistente con el abordaje empleado, lo que nos obliga a preguntarnos sobre cómo traducir operativamente dicho desafío, cómo transformarlo en un programa político. El autor considera que aquellas categorías de democracia que empleamos para oponerlas al neoliberalismo necesitan primero deconstruirse para luego poder ser reintegradas en la actualidad para el estudio de los procesos de cambio social en América Latina. Torres se enfoca en la necesidad de transformar las matrices económicas nacionales en el continente, apostando a la vez por una salida colectiva a la desmercantilización: ¿cómo conectamos ese horizonte como una reconfiguración del orden internacional? Este dilema evidencia hoy otro déficit de la izquierda: es la derecha radical la que está cuestionando el orden económico y político global. El desafío liderado por Trump al libre comercio, mediante la imposición de aranceles y su opción por el abandono de órganos multilaterales han dejado al progresismo como defensores de un orden mundial en decadencia.

Si lo fundamental en relación a las derechas latinoamericanas –como se sostiene en el libro–, se asocia a su régimen de vasallaje, el cual opera como una mediación activa en la dialéctica de lo externo y lo interno de las sociedades de la región, qué hacer respecto de esta dimensión: ¿pensar modelos de desarrollo nacional que subviertan nuestra posición subordinada en la división internacional del trabajo y del poder? ¿Reimpulsar el orden global multilateral o aprovechar la ventana de oportunidad abierta por la derecha imperial, que ha apostado por erosionar el orden político económico global y pensar uno nuevo?

En el plano interno, Torres entrega luces para responder a la pregunta por el *qué hacer*, sugiriendo a mi juicio una sexta tesis: hay que iniciar un proceso de desmercantilización capitalista, dejando atrás las dinámicas individualistas, para avanzar hacia un cambio estructural igualitario y de justicia social. Hay que desmercantilizar y recolectivizar a las sociedades, recuperando las funciones de desarrollo del Estado, para fundar una nueva cultura política que supere las dinámicas de servidumbre. La pregunta es ¿cómo conciliar una oferta transformadora

que mejore el bienestar material de los sectores populares y que al mismo tiempo permita reinstalar el sentido de lo colectivo? Según Torres, hay que separar, hasta donde se pueda, la dimensión material del consumo capitalista de su manifestación simbólica, para que no sea esta última la que permee y module la cultura (política) de nuestras sociedades. Ello debería ocurrir de modo tal que la cultura de consumo no sea uno de los términos resultantes de la ecuación industrializadora y distributiva. En sus palabras: “Lo que necesitamos es mejorar la vida material de los campos populares, al mismo tiempo que hacer germinar una cultura política popular que niegue el consumismo sin destrozar la salud de la economía nacional, y que además encuentre en esa negación decisiva el punto de arranque para una nueva experiencia de solidaridad colectiva y reafirmación nacional” (196).

El libro cierra con una frase –también empleada por Breno Bringel (2017)– que perfectamente podría ser el inicio de la séptima tesis del manuscrito: no son tiempos de moderación, sino de coraje político. Y yo agregaría, son tiempos para el coraje teórico-intelectual, algo de lo que este libro da muestras generosas.

Referencias

- Arboleda, Martín (2021). *Gobernar la utopía: sobre la planificación y el poder popular*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Bringel, Breno (2017). Posfacio. México en el espejo global: crisis múltiples y luchas contemporáneas. En Geoffrey Pleyers y Manuel Garza Zepeda (2017), *México en Movimientos. Resistencias y alternativas*. México DF: Porrúa.
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo (2003). *Dependencia y Desarrollo en América Latina: Ensayo de Interpretación Sociológica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cortés, Alexis (2022). *Chile fin del mito. Estallido, pandemia y ruptura constituyente*. Santiago de Chile: RIL.
- Garretón, Manuel Antonio y Rivera, Eugenio (eds). (2024). *Imaginar el futuro. La izquierda en una nueva época*. Santiago de Chile: Heinrich Böll Stiftung.
- Gunder Frank, André (1978). *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*. México DF: Era.
- Luna, Juan Pablo (2024). *¿Democracia muerta? Chile, América y un modelo estallado*. Barcelona: Ariel.
- PNUD (2019). *Diez años de auditoría a la democracia. Antes del estallido*. Programa de las Naciones Unidas

para el Desarrollo. [https://www.undp.org/content/dam/chile/docs/gobernabilidad/Auditoria%20a%20la%20Democracia%20\(libro%20PDF\).pdf](https://www.undp.org/content/dam/chile/docs/gobernabilidad/Auditoria%20a%20la%20Democracia%20(libro%20PDF).pdf)

- Singer, Paul (1998). De dependência em dependência: consentida, tolerada e desejada. *Estudos Avançados*, 12(33), 119-30.
- Stefanoni, Pablo (2021). *¿La rebeldía se volvió de rechas?* Buenos Aires: Siglo XXI
- Torres, Esteban (2020). Creación zombi y creación autonomista. En Esteban Torres (ed.), *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.
- Torres, Esteban (2023). *El cambio social. Teoría, historia y política*. Buenos Aires: CLACSO.

**Introducción.
Las derechas
y la agenda
latinoamericana**

El planeta está en ebullición. Las fuerzas políticas de derechas avanzan a gran velocidad en América Latina y el conjunto de la sociedad mundial. De ser una preocupación marginal para el campo de las ciencias sociales hace apenas una década atrás, hoy prácticamente ha capturado su agenda. Casi no se conversa de otra cosa. Mientras el flujo de actividades académicas reacciona con sensibilidad a este fenómeno de máxima gravitación social, las sociedades experimentan un proceso contradictorio: por un lado, están padeciendo las consecuencias de las políticas de derecha, y, por el otro, en la mayoría de los países de la región, los pueblos no terminan de señalar a estos grupos en expansión como responsables por las acciones destructivas que llevan adelante.

En este libro analizo la evolución actual de las derechas en América Latina. Ahora bien, dado que no hay derecha sin izquierda, como tampoco hay noche sin día, o procesos de cambio social sin una estricta reproducción de lo idéntico, ambas fuerzas enfrentadas se hacen presentes a lo largo del texto. Para equilibrar esta focalización en las derechas, o quizás porque el análisis conduce naturalmente hacia allí, en las

conclusiones del trabajo ofrezco un curso de acción a seguir en nuestra región. El título y el subtítulo que elegí, “La derecha vasalla: la trama invisible del poder latinoamericano”, ilustran dos aspectos críticos que moldean el estudio. El primero representa un oxímoron, dado que el ADN de toda derecha latinoamericana es su inclinación vasalla. La servidumbre voluntaria es la fuente de su verdadero poder desde el siglo XIX, en todas las variedades conocidas. Aquellas derechas nacionalistas, que combinan algún sentimiento patriótico con una ideología supremacista, son productos humanos de otras latitudes muy distantes de las nuestras. En el libro me ocuparé de esclarecer la lógica, la forma, el contenido, así como la dinámica del poder vasallo, en el marco de un escenario contemporáneo que combina aspectos novedosos con otros tradicionales. En cuanto al subtítulo, la clave está colocada en el problema de la invisibilidad. La trama invisible a la que me refiero adquiere un doble significado. En primer lugar, la lógica de construcción de poder de la derecha latinoamericana ha sido invisibilizada por la teoría social dominante. Este desconocimiento constituye un hecho decisivo. Como advertía Aldous Huxley en

Un mundo feliz, “grande es la verdad, pero mas grande todavía, desde el punto de vista práctico, es el silencio sobre la verdad” (Huxley, 2013, p. 8). Esta primera invisibilización no siempre fue producto de una acción deliberada. Muchas veces fue hija de la alienación. En esta primera acepción, son las ideas imperantes las que no permiten ver la realidad tal cual es. Luego aparece una segunda forma de invisibilidad, que se asocia a la posición marginal que ocupamos los científicos sociales en los entramados de poder que pretendemos conocer en su funcionamiento integral. Las interacciones decisivas que establecen los gobiernos de derechas en América Latina, que determinan sus comportamientos y sus estados de ánimo, se desenvuelven en pequeños círculos de poder que resultan inaccesibles. Yanis Varoufakis denomina a estos espacios cimeros “supercajas negras”. La experiencia que acumuló Varoufakis como ministro de finanzas del gobierno de Syriza –el cual terminó de la peor manera– le permitió concluir que el poder de los que están “adentro” de las cajas se basa en el ocultamiento de la información. Los criterios de inclusión y de permanencia se fijan allí a partir de una regla de oro: “los de dentro nunca se

enfrentan a los de dentro, y nunca hablan con los de fuera sobre lo que hacen o dicen los de dentro” (Varoufakis, 2017, p. 29). En el caso de la derecha latinoamericana, su mayor secreto, guardado bajo siete llaves, es el que atañe a los lazos íntimos que la sujetan a las élites de los países centrales. Cuando hago referencia a la trama invisible del poder latinoamericano aquí, en esta segunda acepción, estoy aludiendo antes que nada al mundo oculto del campo global de élite. Es allí, en el tobogán de las altas esferas, lubricado desde hace dos siglos por un proceso de extranjerización, en donde se cocinan las reformas regresivas que cíclicamente arrasan con nuestra región.

Este libro se organiza en cinco tesis. Cada una de ellas, y luego todas en conjunto, buscan ofrecer un esquema teórico preliminar para explicar cómo la naturaleza y la evolución de las sociedades en América Latina están provocando el avance de las derechas, y cómo estas últimas se han ido reciclando a lo largo de la historia y hoy nuevamente están moldeando los procesos de cambio social en una dirección regresiva.

Las cinco tesis se concentran en tres cuestiones decisivas: las de la identidad, la sociedad

y la historia. La primera cuestión aclara qué es exactamente lo que entiendo por derecha y por izquierda a partir de una fórmula incrustada en la historia política de nuestra región desde el siglo XIX. Y luego, conectado con el segundo y el tercer tópico, ofrezco un marco general para localizar y dimensionar el proceso político específico bajo estudio. Una de las hipótesis centrales que sostengo en el texto es que el cambio fundamental acaecido en el mundo desde mediados del siglo XX hasta hoy es el advenimiento de una sociedad mundial poscolonial, la cual provocó una transformación de la política en cada esfera nacional, junto con una expansión y una transfiguración inédita de las semánticas de la modernidad europea. Este cambio político planetario instauró una nueva demarcación entre izquierda y derecha que fue enarbolada por la política popular del Sur Global y combatida con la misma intensidad por las élites de la periferia y del centro, así como por la fracción mayoritaria de la academia, incluyendo en ella al grueso de los intelectuales que se consideran de izquierdas en otros términos. Pero esta sociedad mundial poscolonial, que agrupa a todas las sociedades territoriales del Norte y del Sur,

así como de Occidente y de Oriente, se conforma a partir de múltiples sociedades de consumo capitalista, algunas de ellas avanzadas y otras tardías. Por lo tanto, al hablar de la evolución de las derechas en América Latina, es necesario tomar plena conciencia que éstas son producidas y productoras de una sociedad mundial poscolonial a la vez que de múltiples sociedades de consumo tardío. Al sostener en el libro que las derechas latinoamericanas son esencialmente vasallas, y que recrean un régimen de sumisión como forma determinante de su poder político, no pierdo de vista que sus formas de servidumbre actual difieren de sus manifestaciones pasadas, en la medida en que hoy están absorbidas por las dos sociedades mencionadas, una nacional y profundamente mercantilizada, y otra multilocalizada y multihistórica.

Quien decida leer este texto se sorprenderá al constatar que las dos categorías generales que se emplean habitualmente para analizar el avance de las derechas en América Latina y el mundo están prácticamente ausentes: el neoliberalismo y la democracia. Creo que la primera noción no tiene futuro, porque oscurece más de lo que aclara, mientras que la segunda necesita

atravesar un proceso de revisión y de reinención profunda, tomando en consideración las lecciones que arroja la historia política de América Latina. La primera es una categoría analítica que, entre otras cosas, no contempla dos de las tres capas estructurales de los sistemas capitalistas latinoamericanos: su matriz nacional, asociada a un capitalismo de commodities, y luego su posición en el cuerpo económico mundial, que define una forma capitalista periférica. Por otro lado, la idea de democracia, al operar como una categoría fuertemente normativa antes que analítica, merece tratarse con precaución. Dado que la democracia como noción encierra una propuesta de organización y de relacionamiento de la sociedad que hoy deseamos conservar y expandir a toda costa, ¿cómo es que se puede promover el concepto sin antes discernir en qué sociedad vivimos? La secuencia sugerida –de la sociedad a la democracia– no se puede desactivar señalando simplemente que habitamos en una sociedad más o menos democrática, porque ello implica anteponer la rápida valoración de la unidad social a su conocimiento real. Si partimos de la constatación de que vivimos en una sociedad mundial poscolonial traccionada por

los embates de Estados Unidos y China, el concepto de democracia no puede reducirse a legislar sobre lo que acontece en el plano interno de sociedades periféricas como las nuestras. ¿Qué principio de interacción ideal empleamos hoy para dar cuenta de las relaciones que establecemos con las potencias imperiales, a sabiendas de que lo que acontece en la arena global de una región periférica como América Latina moldea la forma y la dinámica de su proceso político interno? En este punto, la premisa que orienta mi revisión es la siguiente: o bien el hogar de la democracia es la sociedad mundial poscolonial como un todo, y no una sociedad nacional cualquiera –con su Estado y su campo popular– o no hay democracia posible ni deseable para América Latina. Dicho de otra forma: o la democracia que pretendemos construir es mundial, o no hay realización posible de experiencias democráticas hacia el interior de cada esfera nacional, ya sea que nos estemos refiriendo a una democracia liberal o a una colectivista. Y si el sujeto moral de la democracia nacional que preferimos validar es el individuo, en los términos acuñados por la agenda de derechos humanos universales de la posguerra, el agente

moral de la democracia global debería ser también el Estado nacional, con todos los problemas que ello puede traer aparejado. La democracia mundial debería ser un producto social que esté en condiciones de resolver el problema del déficit democrático no solo *en* las sociedades sino *entre* ellas, a partir de una dialéctica integradora. En cualquier caso, tanto el análisis de las inadecuaciones del neoliberalismo como categoría explicativa de los dramas regionales como la propuesta de reconceptualización y de ampliación de la democracia, son temas para un próximo volumen. Lo que aquí pretendo demostrar es que resulta saludable prescindir de ambos términos –en sus acepciones actuales– para prosperar con un objetivo central del libro, que es el ofrecimiento de las bases de un nuevo marco para el estudio de los procesos políticos en América Latina, con énfasis en la actuación de las fuerzas de derecha, y de como tales movimientos se imbrican con las dinámicas de cambio estructural de nuestro continente.

Finalmente, en las conclusiones del libro aparece lo que el lector y la lectora seguramente están esperando luego de haber seguido un análisis sociológico de los problemas

latinoamericanos. La respuesta a la pregunta ¿qué hacer? Como se presupone en cada una de las cinco tesis desarrolladas, no hay derecha sin izquierda y sin la tarea imprescindible de imaginar caminos posibles para superar los problemas acuciantes de nuestro continente. Por lo tanto, antes que un cierre convencional, el libro concluye ofreciendo un punto de partida para imaginar un curso de acción realista y ambicioso orientado a edificar aquella sociedad futura en la cual la derecha autóctona tendría pocas posibilidades de sobrevivir, o al menos de dominar la política contemporánea.

Nota del autor: Para adaptar mi estudio al formato sintético de la Colección “Masa Crítica”, no tuve más remedio que concentrarme en la presentación de los argumentos generales, desprendiéndome de las extremidades más concretas e ilustrativas del cuerpo de la investigación. La política de ajuste que instrumenté me obligó a omitir la información, las estadísticas y los estudios comparativos que sustentan cada una de las tesis, y me llevó a suprimir las referencias más precisas al campo de debates en el cual mi perspectiva busca hacerse un lugar. Finalmente,

tuve que reducir a una mínima expresión la bibliografía y las fuentes documentales empleadas, así como las historias social e intelectual que mis estudios reelaboran continuamente. Los recortes mencionados también me obligaron a concentrarme exclusivamente en los rasgos comunes a los países y gobiernos de la región, desestimando las diferencias arraigadas en cada trayectoria nacional. Al priorizar tal criterio, que preserva lo esencial del estudio, los nombres propios son relegados y se puede apreciar como América Latina cobra existencia real como unidad sociológica y de comportamiento social. Será el lector y la lectora quienes decidirán si las maniobras adaptativas que realicé resultaron acertadas.

Tesis I.
El vasallaje como
identidad

El vasallaje en relación con las potencias del Norte Global configuró la identidad de las derechas en América Latina a partir del siglo XIX, dado que fue el entramado de poder mundial y no el nacional el que delimitó el campo para los antagonismos políticos más determinantes en cada país de la región.

Izquierda y derecha, en su sentido más elemental, constituyen dos puntos de referencia que dependen uno del otro. Si bien su función primaria es la de organizar el espacio y aquello que en él se ubica, trasladado a la historia política de los últimos siglos estos identificadores fueron empleados para delimitar un escenario de antagonismo entre fuerzas basadas en identidades interconectadas. Y estas identidades políticas, definidas como una izquierda y una derecha enfrentadas, fueron portadoras de sendos programas de cambio social. El relato dominante sostiene que fue a partir de la Revolución Francesa que comenzaron a emplearse los términos “izquierda” y “derecha” para trazar la divisoria política determinante del futuro colectivo que estaba en disputa. Esta experiencia inaugural se acotó a la trayectoria doméstica y al juego

político interno de una sociedad imperial como era la francesa de aquellos tiempos. Los principios de libertad, igualdad y fraternidad, que enarbolaron los izquierdistas contra el Antiguo Régimen, atendían exclusivamente a las exigencias de cambios radicales de su entramado interno de poder, pese a que se proclamaron como consignas universales. Cuando Rousseau advertía en *El contrato social* que “el hombre nace libre, pero en todos lados está encadenado” (Rousseau, 2003, p. 43), ese mundo totalizado aludía, antes que nada, a la realidad doméstica francesa. La gesta revolucionaria no puso en cuestión la empresa imperial de Francia, no al menos como un problema que debía considerarse en la agenda política (Arendt, 1963; Aron, 2018). Por otro carril transitó la historia de cómo los ideales de la Revolución Francesa se diseminaron por el Sur Global.

Mientras aquellos valores subversivos que inspiraron la oposición entre izquierda y derecha, como el de la igualdad, se ajustaron a las luchas de poder domésticas de las potencias del Norte Global, resultaba bastante sencillo detectar qué tipo de igualdad concreta era la que se buscaba, y también se podía discernir

con relativa facilidad cuáles eran los actores políticos que promocionaban el cambio social igualitario y cuáles se oponían férreamente a él. Aquí la realización de la igualdad se entendía como un proceso orientado a liquidar las desigualdades existentes entre las diferentes clases de individuos que poblaban cada sociedad nacional, sea la francesa, la alemana, la española o la norteamericana. Los problemas severos de identidad y de orientación política recién aparecieron cuando los valores en pugna de la modernidad europea se globalizaron. El marco nacionalista y eurocéntrico que determinó la identificación originaria entre derecha e izquierda fue asimilado por algunas fuerzas políticas y por el grueso de los intelectuales en América Latina para moldear sus propios imaginarios de emancipación social, o bien para oponerse a un enemigo a veces inexistente. El resultado de esta penetración simbólica fue una tremenda confusión, a partir de la cual entraron en competencia principios de igualdad y de libertad que en la práctica se oponían entre sí, multiplicándose los enfrentamientos entre actores políticos que, al menos en el papel, guardaban férreos compromisos igualitarios. Como

suele suceder en todo combate de esta naturaleza, la inocencia se reducía a cero. Lo que allí se combinaba era la alienación del dominado con la miseria humana y la cruda realidad del cálculo en las luchas de poder. La situación de mezcolanza dio rienda suelta a un profundo desacuerdo respecto de las identidades políticas que debían ser consideradas de izquierda y de derecha en una sociedad poscolonial que no se terminaba de asumir como tal. Uno de los rasgos recurrentes que presentaba este escenario revuelto es que aquellos sectores que defendían a pies juntillas, en suelo latinoamericano, las doctrinas igualitaristas de la izquierda europea, recibían instrucciones –por lo general desconcertantes– de las organizaciones políticas del viejo continente, a veces eran financiados por éstas, o bien se identificaban por cuenta propia con la Europa moderna y su cultura ilustrada antes que con el acervo autóctono o híbrido de la sociedad histórica que habitaban, quedando sobre todo postergado el reconocimiento de las tradiciones del campo popular de su propia comunidad territorial. Hasta principios del siglo XX, el estado de confusión identitaria en América Latina, provocado por la globalización de

la modernidad europea, se saldó a favor de los grupos políticos e intelectuales dependientes de la Europa imperial. En Colombia, José María Samper sostenía que “imitar a Europa en sus leyes, costumbres y doctrinas es la única forma de evitar la barbarie en nuestra América” (Samper, 1969, p. 65). En Chile, por esos mismos años, José Victorino Lastarria profesaba un desprecio similar por la cultura popular de la región: “Europa es la razón encarnada; América, la pasión bruta. Debemos sujetarnos a ella como el discípulo al maestro” (Lastarria, 1905, p. 114). Pero esta situación de sometimiento voluntario de larga data estaba a punto de experimentar su primer punto de quiebre estructural. Aunque suene extraño, o algo exagerado, el acontecimiento principal que trastoca la cultura política de los países latinoamericanos y del conjunto del Sur Global fue la emergencia de una sociedad mundial poscolonial, entendida como la primera sociedad verdaderamente mundial de la historia de la humanidad. Como todo proceso de transformación estructural a gran escala, esta mutación no ocurrió de un mes ni de un año para el otro. La sociedad mundial poscolonial se fue edificando desde mediados

del siglo XX a partir de la progresión de al menos tres procesos históricos de profundo calado, estrechamente articulados entre sí. El primero de ellos es el movimiento de descolonización en su fase avanzada, el cual involucró la trabajosa conquista de las independencias formales de los países africanos y asiáticos (Ribeiro, 1988; Balibar, 2024). El segundo, algo más acotado en el espacio, pero más extendido en el tiempo, se asoció a la emergencia y la progresión contestataria de los movimientos de liberación nacional del Sur Global, dotados de un poder singular de transformación estructural desde abajo. Y el tercero, que integra parcialmente a la vez que trasciende a los dos anteriores, remite al ascenso sostenido del bloque del Asia-Pacífico. Este movimiento ascensional tuvo su primer epicentro en Japón, luego en los llamados tigres asiáticos, y actualmente se concentra en una China globalizadora que no para de expandirse (Torres, 2023a; Torres, 2024). Más adelante avanzaré en la descripción de esta nueva sociedad multipolar, que descentró a Europa y reestructuró la realidad latinoamericana.

Una vez desatada la ola de liberación nacional del Sur Global a mediados del siglo pasado,

incluyendo en ella a los movimientos populares de América Latina, las globalizaciones del Norte se toparon con un contrapoder desconocido de alcance continental, que a partir de la diseminación de sus doctrinas soberanistas de carácter plebeyo, y sobre todo del apoyo masivo conquistado por sus políticas de empoderamiento popular, consiguió instalar en el imaginario social una nueva identidad de izquierda a la vez antiimperialista y antioligárquica. ¿Quiénes eran allí los principales actores que se oponían al avance de un proceso de liberación nacional destinado a incrementar el bienestar del conjunto de la sociedad y no de unos pocos? Pues la gran potencia imperial de turno y las élites “nacionales” supeditadas a la primera. Ambas veían con preocupación la posibilidad de perder una fracción de su poder, acumulado a partir de un modo de apropiación salvaje y excluyente de las riquezas nacionales, arraigado en la historia ignominiosa del saqueo colonial (Bagú, 1949; Bagú, 1952). De esta manera, si las izquierdas autóctonas, que comenzaron a ocupar el centro de las diferentes escenas políticas nacionales, se autodefinían en tales términos por la propia exigencia práctica de su programa de cambio

social igualitario, la derecha regional quedó redefinida a partir de una identidad proimperialista y pro-oligárquica. Esta nueva diada izquierda/derecha, que por primera vez se trasladada al núcleo de la confrontación política de las naciones periféricas durante los años de la Guerra Fría, nace en el Sur Global, pero lo hace con anterioridad al surgimiento de la sociedad mundial poscolonial. En el caso de América Latina, venía prosperando lentamente –y en otros términos– desde la ola de independencias políticas desatada a principios del siglo XIX, siendo eclipsada recién a fines del mismo siglo por aquel imaginario político moderno importado desde el Norte Global. En el plano ideológico, una de las transformaciones que provocó el avance de la sociedad mundial poscolonial fue la desmonopolización de la fórmula izquierda/derecha europea, provocada por el ingreso intempestivo del Sur Global, y en particular de sus gobiernos autonomistas, a los nuevos foros de discusión sobre aquellos asuntos internacionales que los involucraba directamente (Santa Cruz, 2024). Desde entonces, en vez de percibir de una forma distorsionada los enfrentamientos políticos nacionales en la periferia a partir de

un mapa diseñado en los países del Norte Global para sus propios combates internos, se multiplicaron en el Sur los proyectos autónomos de transformación social, cada uno de ellos identificando a sus propios enemigos vitales. Una novedad que trajo aparejada la conflictiva mundialización de la política iniciada a mediados del siglo XX, y asentada sobre un campo de interacción multipolar antes que bipolar, es que se universalizó el reconocimiento de un entramado de poder mundial, al interior del cual cada una de las sociedades descolonizadas se entrelazaba con muchas otras de una forma increíblemente estrecha y asimétrica. Aunque no se trataba de una interdependencia horizontal, involucraba acciones y reacciones en ambas direcciones. A partir de esta transformación mayúscula, la diada izquierda/derecha se libera parcialmente de la dictaminación europea universalista, democratizando la posibilidad de definir sus propios contenidos, al mismo tiempo que se unifica en el reconocimiento del nuevo tablero mundial poscolonial.

Las revoluciones del Tercer Mundo, que se hicieron para emancipar a los países de los sometimientos imperial y oligárquico, al poco

andar corroboraron que las potencias occidentales eran las opositoras más robustas a sus planes revolucionarios. Dado que los países dominantes competían entre sí y no siempre actuaban en bloque en relación con el Sur Global, la izquierda latinoamericana aprendió rápidamente que las estrechas posibilidades de emancipación nacional dependían de encontrar en cada momento el mejor socio en el Norte Global para conseguir limitar las embestidas de su opresor externo principal. Ahora bien, sobran ejemplos de los fracasos de este movimiento táctico. Los ingleses brindaron una colaboración decisiva a las fuerzas de izquierda para la independencia de América Latina de los españoles a principios del siglo XIX, para luego desempeñar ese mismo papel de dominador imperial en la región hasta la primera mitad del siglo XX (Ramos, 1975; Galasso, 2011). Finalizada la Segunda Guerra Mundial, el apoyo de Estados Unidos resultó determinante para las liberaciones de África y Asia de las garras europeas, pero al poco andar el nuevo Imperio consiguió someter estos continentes descolonizados, desestabilizando a sus gobiernos de izquierdas y asesinando a aquellos líderes independentistas

que no conseguía sobornar (Fanon, 1963; De Bragança y Wallerstein, 1982; Wallerstein, 2005). Ya se imaginarán lo poco sostenible que resultaba en estas situaciones de efervescencia popular a gran escala, y de contrapoder estatal plebeyo, la conservación de la fórmula europea de lucha ideológica como parámetro de aplicación universal. Los nuevos programas de cambio social de las izquierdas autonomistas del Sur Global pusieron en serios aprietos a todo el espectro de las izquierdas europea y norteamericana, en la medida en que éstas ya no podían legitimarse en el escenario internacional como actores igualitarios si no asumían un programa creíble de cambio social antiimperialista y con ello profundamente autocrítico. Varias décadas antes, a partir del VII Congreso de la Segunda Internacional, celebrado en Stuttgart en 1907, ya se había comenzado a plantear una defensa abierta de la política colonial, como las que ensayaron Hendrick van Kol, Eduard Bernstein y Eduard David (ver Machover, 2015). El problema que se presentaba era de difícil solución dado que las conquistas sociales de las izquierdas del Norte Global se sostenían en muchos casos a partir de una política de asalto imperial.

Por aquellos años, cuando se señalaba que los antagonismos que activaban las políticas de liberación nacional en América Latina no se regían por la oposición entre izquierda y derecha, lo que de verdad se estaba reconociendo es que no lo hacían según la fórmula europea. Esta última seguía orientando el comportamiento de algunos partidos comunistas y socialistas de la región, de los movimientos anarquistas, y sobre todo de la mayoría de los intelectuales radicados en las universidades y divorciados de una política de masas.

Desde mediados del siglo XX se generaliza una nueva “fórmula latinoamericana” para la diada izquierda/derecha, que madura producto de las trágicas enseñanzas que arrojaron las experiencias de liberación nacional. Poco tuvieron que ver aquí los debates suscitados en los recintos académicos. Al igual que sucedió con la “fórmula europea” inspirada en la revolución de 1789, los valores centrales que puso en juego la visión autóctona fueron la igualdad y la libertad. A ello se le agregó una idea novedosa de justicia, aunque esta última no se explicita como un principio aglutinador en los programas de cambio social de izquierdas de todos

los países de la región. Ahora bien, al tratarse de nociones abstractas, dejan inicialmente sin dilucidar de qué hablamos en concreto cuando hablamos de igualdad y de libertad. Si bien líneas arriba argumenté que para el caso francés la identificación del referente empírico de estos valores aflora a simple vista, lo cierto es que una vez concluida esa breve pero poderosa experiencia revolucionaria, el ideario francés flotó por el mundo, siendo sus apropiaciones posteriores más coherentes en el Norte Global que en el Sur. Al igual que sucede con la fórmula europea, en la versión latinoamericana resulta indistinto tomar a la igualdad o a la libertad como principio normativo principal desde el momento en que remite al mismo horizonte de expectativas transformadoras. Esta izquierda regional, “autonomista”, consideró a la igualdad entre países como el principio de igualdad rector, así como a la libertad nacional como la idea de libertad estructurante en primera instancia (Torres y Borrastero, 2020). Y priorizó estos valores desde el momento en que aprendió, en el barro de la práctica política, que la libertad nacional es una condición necesaria para la conquista sostenida de la libertad de los individuos

en los campos populares, y que la igualdad entre países es el punto óptimo de llegada para conseguir reducir la desigualdad entre las personas a los niveles alcanzados por las naciones más desarrolladas. Como solía repetir un gran presidente argentino: “No puede haber un pueblo ni un hombre libre en una nación esclava”. Del mismo modo, la derecha regional se configuró primeramente a partir de un régimen de vasallaje respecto de las potencias imperiales, que acentuó la desigualdad entre clases de países, para a partir de allí establecer un régimen de dominación interna del campo popular. Este último adoptó su forma más tenebrosa en las décadas del 60 y 70 del siglo XX.

Más exactamente, la izquierda autonomista combinó dos ideas de igualdad: una que apuntaba a la igualdad entre clases de países y regiones, y otra a la igualdad entre clases de individuos al interior de una determinada esfera nacional. Esta segunda acepción es heredera de la Revolución Francesa. Ambas entidades, la sociedad y el individuo, también perforan el principio de libertad. Es por ello que el autonomismo como expresión histórica adoptó una identidad y luego una política del cambio social

a la vez antiimperialista y antioligárquica. Una no se puede realizar sin la otra si de lo que se trata es de propiciar el avance de un proceso de liberación nacional (Torres, 2025b). El componente antioligárquico se podría traducir hoy, igualmente, como una nítida disposición antieelitista. Llegado el caso, el ideario del autonomismo también podría encarnarse en un principio de justicia, en la medida en que este último contemple los principios de igualdad y de libertad comentados líneas arriba. Si la izquierda antiimperialista del Norte Global enarboló la consigna existencial “imperialismo o revolución”, siendo allí la revolución la cumbre de un cambio social anticapitalista (Sztompka, 2002), la izquierda antiimperialista del Sur Global –de extracción popular– sintetizaba el drama nacional a partir de las consignas “colonía o liberación” y “patria o colonia”, siendo la conquista de un cuerpo nacional autónomo un proceso considerado revolucionario.

De cualquier manera, aquí tiene poca importancia el nombre que le asignemos a la identidad de izquierda, si autonomismo, si socialismo nacional, si socialismo a secas, si comunismo o si democracia. Lo que sin dudas

resulta decisivo son los principios rectores que deberían conformar un movimiento de izquierdas cuyo programa de cambio social se enfrentará inexorablemente en nuestra región, en los tiempos venideros, a una derecha nuevamente dispuesta a la aniquilación física de sus oponentes. Visto desde la izquierda autóctona, el problema a partir del cual se comienza a explicar la mayoría de las tragedias sociales de América Latina a lo largo de su historia es el vasallaje de la derecha, existiendo también un vasallaje propio de la izquierda europeizante. La archicitada frase del ex presidente argentino Arturo Illia, “No les tengo miedo a los de afuera que nos quieren comprar, sino a los de adentro que nos quieren vender” (Illia, en Rovelli, 2020), registra a la perfección el peso decisivo que adquiere el comportamiento entreguista de las élites latinoamericanas. Uno de los aspectos que diferencia a la izquierda regional de la versión europea que predomina hasta hoy es que la primera consiguió reconocer la existencia de dos derechas diametralmente opuestas en sus formas de construcción de poder, que se someten alegremente entre sí, para luego instrumentar un programa conjunto de transformación

regresiva que recae con mayor dureza sobre los pueblos oprimidos de la periferia mundial (González Casanova, 2006; Stavenhagen, 1981). De este modo, producto de sus urgencias políticas, la izquierda latinoamericana logró distinguir entre una derecha supremacista, que por lo general habita los estratos cimeros de los países dominantes, y una versión regional, que se somete gustosamente a la primera a cambio de recibir algunas migajas del pastel usurpado (Zaffaroni, 2025). Me refiero a la identificación de una derecha globalizadora y de otra plenamente globalizada por la primera. Lo que hoy se denomina “extrema derecha”, de resultar válida como categoría para América Latina, debería aludir antes que nada a un tipo de vasallaje extremo. El gobierno de Milei en Argentina es el mejor ejemplo de este tipo de servilismo radicalizado. En cualquier caso, no hay que menospreciar el papel político que desempeñan las derechas regionales. La concreción del saqueo imperial de nuestros territorios siempre dependió de la instalación de un régimen efectivo de dominación interna por parte de aquellas. Las derechas criollas deben encontrar el mejor modo de trasladar un proyecto de dominación

externa a su propia comunidad nacional a partir del manejo de la dinámica política local, y del clima social interno, sin contar con el mejor escenario para hacerlo. Su situación nunca es la mejor porque la derecha autóctona renuncia desde el primer momento a la representación de los intereses populares.

Tesis II.
La raíz de la
radicalización

Lo que provoca la radicalización de las derechas en América Latina, antes que nada, es la mayor intensidad de su vasallaje político en relación con las potencias globalizadoras, y en particular con Estados Unidos desde mediados del siglo XX, y no el mayor autoritarismo ejercido hacia el interior de sus respectivas sociedades históricas. La radicalización del vasallaje, a su vez, es producto del mayor poder de las élites globalizadoras.

Toda derecha latinoamericana ha sido y es una derecha vasalla. Esta premisa se puede corroborar sin excepciones en todos los países de la región en los últimos siglos. Dentro de la familia terminológica del vasallaje habitan nociones como las de servilismo, sumisión, servidumbre, acatamiento, obediencia, subordinación, entreguismo y adulación. Si la disposición al vasallaje se asocia o no a personalidades miedosas, inseguras y de baja autoestima, como algunos observadores sostienen, es una elucubración psicológica que excede mi análisis. La existencia de un gobierno de derecha que basa su dominación en una forma de servidumbre voluntaria es un fenómeno

prácticamente excluido de la teoría política moderna. En el imaginario noreuropeo, al menos desde el siglo XVI, el problema político de la sumisión se asoció al comportamiento pasivo de los individuos del campo popular respecto de la máxima autoridad de su comunidad territorial. Esta última podría personificarse en un señor feudal, un monarca o en el presidente de un Estado moderno secularizado. El libro hasta hoy más célebre que se concentró en este tipo singular de obediencia se titula *La servidumbre voluntaria*, fue escrito por Étienne de La Boétie en 1548 y publicado por primera vez en 1572 (La Boétie, 2020). Allí La Boétie desarrolla una crítica al fenómeno de la autoridad inmediatamente superior, muy alejado de las relaciones de poder que Europa establecía con el resto del mundo. Para el autor francés, quien optaba por no ser libre era un individuo plebeyo, sin ninguna oportunidad para erigirse como gobernante, y menos aún de un pueblo entero. Desde el texto de La Boétie en adelante, pasando por las críticas penetrantes de la Escuela de Frankfurt en el siglo XX (Marcuse, 1968; Fromm, 1941), la literatura que se ocupó de problematizar esta forma de

inclinación psicosocial se enfocó en el mismo plano intranacional. El problema del comportamiento vasallo de las élites latinoamericanas tampoco ha sido tratado como un asunto de primer orden por la teoría social regional.¹ El fenómeno sí se presentó como un problema determinante para los intelectuales orgánicos de los gobiernos de izquierda de América Latina. Pero dadas las urgencias políticas que acompañaban sus quehaceres, no alcanzaron a convertir el asunto de la servidumbre voluntaria en un objeto de estudio.

En las formas de gobierno de las derechas latinoamericanas se imbrican dos tipos de vasallaje: uno externo y otro interno. El primero conlleva la sumisión a determinados países dominantes y sus élites globalizadoras, y el segundo a una fracción de las élites de poder “nacionales”, francamente disminuida por sus condiciones periférica y globalizada. La distinción entre ambos tipos suele desdibujarse

1 El problema se aborda muy indirectamente a partir de la crítica al consumo suntuoso de las élites de la región, entendido como una forma de imitación alienada de los estilos de vida de las élites de los países centrales (Prebisch, 1981; Furtado, 2020; Ramos, 1975).

desde el momento en que las élites centrales, extranjerías, tienden a subsumir a sus pares periféricas dentro de un campo en el cual ambas interactúan de una forma asimétrica. Esta relación histórica entre las altas esferas convierte en los hechos a la derecha latinoamericana en un apéndice del campo de élite global. Dicho en otros términos, en América Latina el tipo de vasallaje decisivo es el “externo”, aunque la modalidad “interna” no debe subestimarse. Del mismo modo en que a mediados del siglo XX se mundializa el sistema interestatal, trascendiendo el circuito noratlántico (Tilly, 1990), también se reproduce un sistema de relaciones ampliadas entre élites, un *sistema interélite*, que pone en relación a los estratos cimeros del Norte y del Sur globales. Este sistema escapa por completo al control de los pueblos de toda nación (Torres, 2023a). Al señalar en el punto anterior que la derecha regional es a la vez oligárquica y proimperialista estaba reconociendo la existencia de una dinámica de acoplamiento estructural entre ambos campos de élite, el nacional y el global, siendo este último el espacio ampliado en el cual el primero adquiere su forma dependiente.

Aquí presentaré dos axiomas en relación con el vasallaje de la derecha latinoamericana. El primero es que este tipo de servidumbre voluntaria, que involucra a todo un gobierno nacional antes que a un individuo aislado, suele ser tan vergonzoso para los propios actores que rara vez lo asumen abiertamente. A lo largo de la historia regional, la enorme mayoría de los gobiernos vasallos se autodefinieron como patrióticos, para así tratar de ocultar frente al pueblo su opción degradante por la sumisión política. Las proclamas nacionalistas de las dictaduras militares de la década del 70 del siglo XX resultaron emblemáticas al respecto (Pinochet, 1973; Skidmore, 1988). Junto a ello, las potencias imperiales suelen ofrecer a los gobiernos serviles de la periferia un tipo de trato diplomático especial, que busca camuflar el modo en que operan los regímenes de dominación externa. Los discursos frecuentes centrados en la cooperación y en la amistad entre naciones igualmente soberanas son un ejemplo de ello. El ocultamiento del vasallaje de la derecha periférica por parte de los actores que lucran con dicha forma de obediencia es un acontecimiento relevante que permite observar la manera

en que funcionan las relaciones de poder entre el Norte y el Sur globales.² Luego se presentan algunos casos excepcionales, como el del presidente argentino Javier Milei, quien, en vez de ocultar su política de servidumbre hacia Estados Unidos, la publicita hasta convertirla en una estética pública.

El segundo axioma, ya mencionado, es que la máxima radicalidad de la derecha se asocia al máximo nivel de vasallaje que ésta alcanza en una situación determinada. De este modo, su mayor radicalismo no tiene que ver en primer lugar con el incremento del autoritarismo en el ejercicio de la dominación interna, sino con la forma y la dinámica que adquiere su régimen de sumisión. Y estas últimas dependen a su vez de la asimetría de poder existente en cada momento entre las derechas y los regímenes de dominación externos. A mayor poder relativo de las élites globalizadoras, mayor es su poder de imposición sobre el campo político de los países y regiones, y por lo tanto mayor es el seguidismo

2 Los teóricos de la derecha latinoamericana son los primeros en promover una identidad patriótica ficticia para intentar ocultar el componente vasallo de sus gobiernos afines (ver Laje, 2022 y 2024).

que asumen las derechas criollas. A su vez, la mayor desigualdad de poder dentro del campo global de élite entre las élites globalizadoras y las élites globalizadas impacta en la relación que establecen las élites con el campo popular en cada uno de los países. En la actualidad, el tobogán dentro de los campos de élite tiende a inclinarse, y más aún entre estos últimos y los campos populares de cada esfera social. El incremento acelerado de la concentración de riquezas en el mundo en los últimos años, con epicentro en las empresas líderes de los países dominantes (Oxfam, 2024b; 2025; TNI, 2025), guarda relación con las formas más radicalizadas que asumen las fuerzas de derecha en América Latina. No se pueden explicar las segundas sin la primera, aunque el vínculo entre ambas no se rige por un proceso de determinación directa. Como vengo insistiendo, los regímenes de dominación externa no determinan la política de derechas en América Latina, pero sí moldean sus regímenes de sumisión.

Empleando con laxitud los dualismos de la teoría del conocimiento materialista, diría que la esencia de la derecha latinoamericana se condensa en su comportamiento vasallo, mientras

que su expresión fenoménica se asocia a la violencia política que aquella ejerce sobre su pueblo cuando necesita sostener el régimen de dominación interno. Los ajustes en el régimen de sumisión de la derecha terminan siendo la causa que explica la mayor o menor virulencia que adquiere el ataque frontal a su población. No hay que perder de vista que la sociedad nacional no representa la base del poder real de la derecha latinoamericana, respecto de la cual tienen que legitimarse, sino tan sólo la masa electoral y el tejido político que cíclicamente le permite ganar las elecciones, siempre y cuando estemos hablando de un movimiento de derecha votado por las mayorías sociales. Si la derecha latinoamericana suele aterrorizar y reprimir salvajemente a su población, es porque no gobierna para esta última sino para los campos de élite. Y es en relación con estos estratos cimeros que la derecha debe rendir cuentas y legitimarse en primera instancia (Torres, 2020a).

En síntesis, la derecha latinoamericana se convierte circunstancialmente en una extrema derecha cuando instaura un *régimen de sumisión extremo*. El ejemplo más reciente de esta forma de obediencia radicalizada fue la red de

gobiernos militares conformada en el Cono Sur en la década del 70 del siglo XX, cuya política de exterminio fue comandada desde Estados Unidos en el marco del llamado “Plan Cóndor” (Calloni, 1999; Cadahia, 2025). Es a partir del establecimiento de un régimen de sumisión extrema, con un tipo de mediación política desvertebrado, que se instala un régimen de dominación interno basado en el terrorismo de Estado. No siempre se señala que los terroristas estatales son siervos ejemplares del poder imperial. Y luego tiendo a suponer que los gobiernos de derecha pierden radicalidad en la región cuando prevalece la búsqueda de consensos internos para conseguir sostener su régimen de dominación doméstico. Ello suele ocurrir, sobre todo, cuando se aproximan las elecciones. Al presentarse esta última circunstancia, en la cual la derecha gira sobre sí misma para priorizar el plano político interno, por lo general se multiplican las presiones y las inquietudes externas para avanzar con el programa de cambio estructural pactado en el campo de élite global (ver Georgieva, en *Página/12*, 2025). Queda por analizar si, para todos los gobiernos latinoamericanos de derecha, la mayor radicalización

de su régimen de sumisión provoca una mayor debilidad política interna. Lo que sí resulta corroborable es que la lógica de poder no se precipita en la dirección inversa: no es la debilidad política interna de las derechas regionales, cuyo ámbito se priorizaría en la construcción de poder, la que las empuja a la búsqueda de firmes apoyos políticos externos para su preservación como fuerzas soberanas.

El axioma de la radicalización, tal como lo he presentado, pretende interpelar a los estudios actuales sobre las derechas contemporáneas, que vienen proliferando a un ritmo similar al del avance del propio fenómeno político. Las investigaciones disponibles dan cuenta del incremento del nivel de violencia de las derechas, lo cual para algunos analistas directamente convierte a esta fracción beligerante en una “nueva derecha”. Y los estudios más citados, tanto en el Norte como en el Sur Global, se ocupan del asunto a partir del empleo de lógicas añejas de conceptualización, en la medida en que pretenden revivir las pretensiones universalistas de la vieja fórmula europea (ver tesis I). Según la literatura dominante, las derechas crecientemente autoritarias estarían avanzando desde

el Norte Global, con epicentro en los Estados Unidos de Trump, hacia la totalidad del hemisferio occidental, siguiendo un mismo patrón de desarrollo. Se las define como “ultraderecha”, “extrema derecha”, “extrema derecha 2.0”, “fascismo”, “posfascismo”, “derechas autoritarias”, “populistas”, “neopatriotas”, “alternativas”, “trumpismo”, entre otras denominaciones.³ Un aspecto común a estas nociones es que se proyectan desde el viejo paradigma moderno de las ciencias sociales, rebotante de nacionalismo y norcentrismo, para el cual los determinantes de las vidas política y social se desenvuelven en el plano interno de los países, para luego globalizarse (Torres, 2023b). Ello presupone que todo gobierno está dotado, en los papeles, de un grado de autonomía similar para decidir su política nacional. De este modo, la forma y la dinámica de los gobiernos de derecha estarían determinadas por su régimen de dominación interna, lo cual coloca por defecto a los directivos políticos

3 Para interiorizarse de estas diferentes nociones, consultar Traverso, 2018; Mudde, 2007, 2021; Forti, 2021, 2024; Teitelbaum, 2020; Applebaum, 2021; Collotti, 1989; Finchelstein, 2010, 2019; Sanahuja y López Burian, 2020b; Stefanoni, 2021; Sanahuja y Stefanoni, 2023.

de cualquier país periférico en la cúspide de un poder inexistente. ¿Quién ha sido el presidente más poderoso de América Latina en el último siglo? ¿Y cuáles fueron los indicadores concretos de su poder? Para todas estas categorías, la radicalización de la derecha es un proceso que se institucionaliza en el gobierno y en el sistema de partidos políticos a partir de una decisión más bien autónoma, erosionando o liquidando en el camino a la democracia. O mejor dicho, a una idea de “democracia”, de “sistema democrático”, de “sistema democrático liberal” o de “sistema democrático republicano” que, al igual que la derecha aludida, se determinaría a partir de las relaciones y los procesos internos de una sociedad nacional. Las nociones mencionadas no extienden el campo de la democratización deseada a las relaciones de poder entre los países del centro y de la periferia del mundo. Para esta literatura dominante, mientras más radical es la derecha, más antidemocrático resulta su accionar, siendo aquí el componente antidemocrático una manifestación de autoritarismo político interno. Desde mi punto de vista, esta premisa no resulta sostenible para analizar la realidad de cualquier región subalterna de la

sociedad mundial. Y no lo es, en primer lugar, porque contempla el proceso de radicalización política de la derecha sin tomar en cuenta el poder que emana de su régimen de sumisión. Las diferencias de interpretación resultan cruciales cuando el problema del autoritarismo de las derechas se enlaza con el interrogante por los efectos económicos que producen estas fuerzas políticas en sus respectivas sociedades. Cuando se compara exclusivamente la dimensión política de un régimen de dominación interna con otro, es sencillo corroborar estrechas similitudes entre la dictadura de Hitler y la de Videla en Argentina. Ambas aniquilaron y desaparecieron a miles de personas, y se ocuparon de suprimir las libertades de expresión del conjunto de la sociedad. Sin dudas se trata de un plano de análisis fundamental. Ahora bien, si observamos la faceta económica de dichos regímenes, allí las dictaduras de Hitler y de Videla difieren considerablemente. Si bien la forma que adquirió la economía alemana durante el nazismo aún hoy es motivo de discusión, allí el Estado se fortaleció, aumentó la inversión en infraestructura pública, se propició una industrialización reorientada hacia el sector militar, y sobre todo

se redujo el desempleo y se mantuvieron los niveles salariales de la clase trabajadora (Overy, 1994; Turner, 1985; Lee y Shuter, 1985). En cambio, durante la dictadura de Videla, esos mismos indicadores se comportaron en un sentido opuesto: se debilitó el Estado, se redujo la inversión pública en infraestructura, se avanzó en la desindustrialización nacional, el desempleo se incrementó y los salarios se desplomaron (Basualdo y Arceo, 2006; Basualdo, 2006; Rapoport, 2000). Una similitud económica entre ambos regímenes es que promovieron la privatización de empresas públicas, pero Hitler lo hizo en el marco de una dinámica de fortalecimiento estatal y Videla a partir de un proceso de extranjerización radical. Y luego, si observamos los regímenes que configuraron ambas dictaduras en el plano internacional, allí los gobiernos de Hitler y de Videla se oponen absolutamente. La primera instauró un régimen de dominación externo y la segunda un régimen de sumisión. De este modo, al integrar un registro holístico, que contempla los tres tipos de regímenes, es posible observar cómo la dictadura alemana llevó adelante un gobierno de aniquilación política selectiva, con desarrollo económico y expansión

internacional, mientras que la argentina puso en marcha un gobierno de aniquilación popular –tanto política como económica– y de pleno sometimiento internacional. Está fuera de discusión que ambas merecen una sanción moral similar, por sus crímenes de lesa humanidad, pero la variación estructural entre ellas es la que termina explicando su relación con el campo popular, así como el piso a partir del cual los gobiernos subsiguientes iniciaron la transición a la democracia formal.

En resumidas cuentas, lo primero que debemos considerar al ocuparnos de las fuerzas de derecha en América Latina es que se constituyen como actores dependientes de un campo de poder global que moldea desde “afuera” la evolución de los procesos políticos regionales. Y el núcleo del poder de la derecha regional, como vengo indicando, reside en su régimen de sumisión y no en su régimen de dominación interna. Las derechas latinoamericanas, como toda derecha del Sur Global periférico, despliegan una lógica de acumulación de poder de carácter contradictorio, en tanto consiguen afianzarse como opción política a partir de arrodillarse frente a los actores dominantes que las patrocinan y que

las sostienen durante el tiempo que les resulta conveniente. Esta forma de inferiorización convierte a la derecha regional en una alternativa política relativamente descartable, de corta vida útil, que se reinventa permanentemente, cambiando de figuras y de sellos. Y ello ocurre porque su desgaste político interno suele ser mayor que el de la izquierda. Dado que el imperativo de reproducción estructural de la derecha se asocia a un proceso de legitimación hacia arriba y no hacia abajo, y por lo tanto sus bases de poder no residen en el campo popular, siempre aparecerá la necesidad de un nuevo ropaje para garantizar la continuidad del régimen de sumisión, y a la vez para optimizar un régimen de dominación interno a partir de la captura circunstancial de una legitimidad popular cuya forma alienada se disipa más temprano que tarde. Y al menos desde mediados del siglo XX, el patrocinador central de las derechas latinoamericanas ha sido el gobierno de turno de los Estados Unidos. Este aspecto no está presente –o suficientemente considerado– en la copiosa literatura actual que analiza el avance de estas fuerzas políticas radicalizadas en el mundo. Es difícil imaginar cómo los conceptos de “fascismo” o “neofascismo”,

que vuelven a ser empleados en el contexto actual, podrían dar cuenta de un gobierno basado en un régimen de servidumbre voluntaria. Se trata de categorías que, al referirse a las formas políticas, presuponen una marcada concentración de poder en el actor político así denominado. El fascismo como forma de gobierno se basa en el ejercicio violento y segregacionista de la autoridad política, que presupone una relación de mando/obediencia, siendo allí quien manda el actor fascista. Desde su origen, es una manifestación de soberanía política y económica, no de la ausencia de ellas (Neumann, 1943; Kirchheimer, 1941; Pollock, 1941). De haber algún “fascismo” directamente relacionado con la realidad latinoamericana sería el de las derechas dominantes de las potencias centrales. En ese caso, habría que admitir la existencia de un proceso de imposición fascista sobre los gobiernos del Sur Global. Pero ello tampoco resulta convincente, desde el momento en que tal escenario de dominación global no involucra de forma directa a los campos populares de cada sociedad. Un término como el de fascismo, y con ello la oposición fascismo/antifascismo, puede resultar pertinente para volver a analizar hoy el

régimen de dominación interna de las fuerzas de derecha de las regiones y de los países dominantes, o de posición intermedia como Europa. Además, se trata de una semántica política profundamente arraigada en las experiencias más dramáticas de sus historias nacionales.

En cualquier caso, no debemos limitar el espacio de demarcación de las derechas a un único tipo de campo nacional y/o regional. Más bien debemos reconstruir las especificidades identitaria y funcional de estas fracciones políticas a partir de su localización posicional y de las interacciones que mantienen a lo largo del tiempo con el conjunto de las fuerzas sociales que las moldean (Torres, 2023b; 2024). Como vimos, este plexo de fuerzas intervinientes se desenvuelve desde el siglo pasado en una sociedad mundial poscolonial ocultada por la teoría social dominante. Ahora bien, el hecho de reconocer que al momento de explicar el accionar de la derecha en América Latina tiene primacía su régimen de sumisión, de ningún modo significa que el régimen de dominación interna que instaure no adquiera relevancia. Dado que las luchas políticas en la región se anclan en los tableros políticos nacionales, suele

resultar necesario distinguir entre diferentes tipos de derecha en función de la singularidad que adquiere su régimen de dominación interna (Ramírez y Guijarro, 2025). En estos casos no hay que perder de vista que las derechas se desdiferencian al momento de reconocer que son portadoras de un determinado régimen de vasallaje, que procesa uno o varios regímenes de dominación externa. Se trata de derechas globalizadas y no globalizadoras. Este registro unificador no simplifica la explicación del fenómeno, barriendo con las diferencias producidas por la política en cada país. Más bien coloca a las constelaciones de derecha latinoamericanas en un escenario de tres dimensiones, tal como vengo indicando y como analizaré con mayor detalle al momento de abordar la quinta tesis.

Por momentos también se hace posible y pertinente hablar de la existencia de una derecha latinoamericana en singular, dado que cada uno de los gobiernos de esta orientación no adopta un programa de cambio estructural propio sino uno diseñado por los centros de poder mundiales para su aplicación en los diferentes países del continente. El programa de reformas del llamado “Consenso de Washington” en la

década del 90 del siglo XX es un buen ejemplo de ello (Williamson, 1990; 2004). Lo que sí se observa en cada gobierno de derechas es un trabajo activo de mediación, orientado a la instrumentación concreta de los programas regionales en cada tablero nacional. Hay que tener en cuenta que Estados Unidos define su régimen de dominación para la región como un todo antes que para cada uno de los países que la componen.⁴ Aunque nos duela reconocerlo, las élites norteamericanas son las primeras diseñadoras de América Latina como bloque regional (no las únicas), desde la década del 70 del siglo XX.

4 Los informes regulares del Atlantic Council ofrecen una buena muestra de la estrategia norteamericana de regionalización de cada uno de los países de América Latina (ver Marczak, Bozmoski and Kroenig, 2024).

Tesis III.
Las derechas y la
sociedad mundial
poscolonial

A partir de mediados del siglo XX, las derechas latinoamericanas evolucionan en las esferas periféricas de una sociedad mundial poscolonial crecientemente verticalizada, y no al interior de una sociedad total o parcialmente modernizada, o bien de una modernidad o un capitalismo global de carácter único.

Líneas arriba mencioné que desde mediados del siglo XX todos los habitantes del planeta vivimos en una nueva formación social: la sociedad mundial poscolonial. Y también indiqué que esta nueva sociedad se fue conformando a partir de tres macroprocesos históricos, estrechamente articulados entre sí: el movimiento de descolonización en su fase avanzada, la emergencia y la progresión de los movimientos de liberación nacional del Sur Global, y el ascenso del bloque de poder del Asia-Pacífico, actualmente con epicentro en China. Es en el marco de las profundas transformaciones estructurales provocadas por esta nueva sociedad que las derechas del mundo, también las derechas latinoamericanas, avanzan y retroceden en estos tiempos. Tener presente este hecho resulta determinante para poder entender qué son

exactamente las derechas hoy en la región, cuál ha sido su evolución histórica, y finalmente cómo y hacia dónde pueden proyectarse a futuro, asumiendo que las ciencias sociales hasta hoy carecen de herramientas efectivas para establecer predicciones veraces.

La concatenación de los tres procesos mencionados desató una ola de democratización mundial sin precedentes, convirtiendo la histórica resistencia de las naciones oprimidas del Sur Global en una sublevación masiva que transformó estructuralmente, aunque de diferentes maneras, a las sociedades históricas de los cinco continentes (Said, 1993; Nieuwenhuijze, 1988; Emerson, 1960; Jansen y Osterhammel, 2017). Este movimiento plebeyo también trajo consigo la mundialización de la democracia como idea, como forma y como horizonte de expectativas. La historia de la sociedad mundial es la historia de la mundialización de todos aquellos componentes decisivos que, en el período inmediatamente anterior, el de la globalización, se propulsaban exclusivamente desde los campos de élite y popular de las potencias occidentales. La sociedad mundial poscolonial estrechó el vínculo entre los movimientos políticos del Sur Global,

consiguiendo con ello incrementar la presión desde abajo para ampliar y democratizar en lo inmediato el sistema interestatal. Este impulso insurgente de la política mundializada se cristalizó, por ejemplo, en la creación del Movimiento de Países No Alineados en 1961, y luego del Grupo de los 77 (G-77) en 1964. Desde entonces ambos espacios son protagonistas de las diferentes agendas propulsadas por las Naciones Unidas (Torres, 2024; Naciones Unidas, 1972). Visto desde el Sur, la historia de la sociedad mundial podría entenderse como la historia de la negación del derecho a la autodeterminación de los pueblos por parte de las potencias occidentales (cfr. Hobsbawm, 2002). No caben dudas que la sociedad mundial poscolonial crea el primer sistema interestatal que acopla al Norte y al Sur Global. Con la descolonización del siglo XX se multiplicaron los países formalmente soberanos y se integraron en su gran mayoría en un nuevo sistema (Tilly, 1990). Fueron cerca de 100 países del Sur los que consiguieron desembarazarse de su estatus colonial a partir de 1945. La mundialización de la política, o bien la política de la sociedad mundial, apoyada en una demanda de democratización entre clases de países,

tuvo su correlato en una densa mundialización de las agendas políticas. Y en el epicentro de estas agendas estuvo en todo momento el reclamo de un nuevo orden económico internacional, con un primer capítulo orientado a revisar las reglas desiguales del comercio internacional (Prebisch, 1981; Love, 1980; G77+China, 2014). A ello se sumó el reclamo de reformas mundiales en otros ámbitos, como el de los medios de comunicación y de información (The MacBride Commission, 1980; Torres, 2023c).

El inicio del llamado “período neoliberal”, en la década del 70 del siglo XX, a partir de la aniquilación del gobierno de Salvador Allende, comenzó a desdibujar la fisonomía que adquirió la sociedad mundial en su momento instituyente. Visto desde el hemisferio occidental, la historia del último cuarto del siglo XX es la historia de la negación de la sociedad mundial, pero no de su desaparición (Hungtington, 2015; cfr. Fukuyama, 1992; Therborn, 2007). Para las imaginaciones imperialistas, la implosión de la URSS fue el acontecimiento que terminó de liquidar todo contrapoder a los Estados Unidos, y por extrapolación al conjunto de las democracias liberales noroccidentales. Ahora bien, es la

materialidad histórica de la estructura mundial poscolonial la que creó las condiciones para el enfrentamiento actual entre Estados Unidos y China, que está arrastrando al planeta hacia una multipolaridad de alta intensidad (Merino, 2025; Xing y Vadell, 2024; Roy, 2025). Este nuevo escenario de antagonismos no sólo enfrentará a un Occidente dominante amenazado con un Oriente expansivo, sino también al Norte con el Sur Global, y a los países del Sur Global entre ellos. La aparición de la sociedad mundial coincidió con el declive lento pero sostenido de Europa, el ascenso de Estados Unidos como superimperio y la creación del atlantismo como una nueva comunidad imaginaria que enmascaró la dependencia estructural contraída por el viejo continente con la potencia americana. Esta demarcación política intercontinental hoy se pone seriamente en entredicho por primera vez con la política que está ensayando Donald Trump para intervenir en la guerra en Ucrania. Que la sociedad mundial exista por supuesto no significa que promueva una igualación creciente entre los países centrales, y mucho menos entre ellos y todas las regiones y países del Sur Global.

En relación con el escenario histórico esbozado, la derecha latinoamericana representa, antes que nada, un movimiento de reacción a la democratización de la sociedad mundial poscolonial, y más exactamente al modo en que los gobiernos de izquierdas de los países de la región se involucraron en ella, atendiendo en primer lugar a las urgencias de sus propias comunidades nacionales. Y las derechas regionales se ocuparon de desplegar esa función de ataque, tal como vengo analizando, porque desde mediados del siglo XX se convirtieron en los cuerpos vasallos por excelencia de los Estados Unidos, su gobierno y sus vigorosas empresas multinacionales. ¿Cómo explicar sino que el antagonista central de las derechas latinoamericanas coincida desde entonces con el enemigo principal de Estados Unidos en la región? El resultado de la asimilación del enemigo del Imperio como enemigo propio por parte de la derecha regional se suele camuflar de múltiples formas. Una de las formas más burdas que adopta la subordinación a los Estados Unidos se asocia desde mediados del siglo XX a la participación de los gobiernos derechistas en enfrentamientos bélicos ajenos, siguiendo las instrucciones

del gigante norteamericano y empleando armamentos adquiridos a este último.

Lo que describí hasta aquí se corresponde con el proceso de *ampliación horizontal* que trajo consigo el advenimiento de la sociedad mundial poscolonial. Ahora bien, al poco andar, a partir de la década del 70 del siglo XX, tal macroproceso histórico se desarrolló conjuntamente con un movimiento de *verticalización* de los sistemas económicos capitalistas de esta nueva formación social multirregional. Este segundo proceso fue –y es– propulsado por el agigantamiento de las principales empresas capitalistas globalizadoras, principalmente privadas, con epicentro en Estados Unidos hasta la primera década del siglo XXI, y desde entonces también en China. El monumental crecimiento del volumen de negocio, de la capitalización bursátil y de los beneficios de estas gigaempresas, ligadas principalmente con los sectores financiero, tecnológico y de comunicación, ha provocado un estiramiento hacia arriba de los viejos campos de élite de los países centrales y periféricos, apareciendo con ello un nuevo estrato cimero en los países centrales: la supraélite. Este último agrupamiento está compuesto por los pocos individuos más ricos

y poderosos del mundo, cuyas fortunas exorbitantes no paran de crecer. Esta fracción superior de las élites no solo tiende a someter –directa o indirectamente– a los campos populares de la enorme mayoría de los países del mundo, sino que también lo hace con la fracción inferior del campo de élite (la “infraélite”). Son múltiples las nociones que actualmente se emplean para aludir a este fracción superpoderosa, cuya concentración de poder parece ilimitada. Ahora bien, llama la atención que este fenómeno tan desfavorable para los pueblos apenas despierte la crítica de los líderes políticos del mundo. Una de las excepciones actuales la constituye el presidente de Colombia, Gustavo Petro. En su intervención ante la 79ª Asamblea General de la ONU en Nueva York, el 24 de septiembre de 2024, advertía que “la oligarquía global está llevando a la humanidad a su propia extinción, y la política le rinde pleitesía, abandonando por completo la idea de la libertad y del poder de los pueblos, la idea de la democracia” (Petro, 2024). Algunos años antes, en el Parlamento Europeo, Cristina Fernandez de Kirchner denunciaba el avance del poder de los organismos multilaterales internacionales, de las finanzas internacionales, de las

grandes multinacionales y de los grandes medios de comunicación, liberados todos ellos del control y de la regulación de los Estados del Sur Global (Fernández de Kirchner, 2019, p. 279).

La derecha latinoamericana no es ni se propone ser un gran poder mundial. Más bien se ocupa de combatir a las fuerzas políticas regionales que propician la democratización mundial siguiendo los planes diseñados en un campo de poder comandado por la supraélite ya mencionada. En resumen, si la partera de la nueva sociedad mundial fueron las fuerzas autonomistas del Sur Global, que propiciaron la expansión del sistema interestatal y su mayor multipolarismo, quienes fijaron la tendencia de desarrollo económico de esta sociedad emergente fueron las élites occidentales, traccionadas por los actores superiores del Imperio norteamericano. Los dos procesos, al entrelazarse, conformaron una dinámica contradictoria: mientras que el primero propició una lenta democratización del poder político estatal, el segundo aceleró la concentración del poder económico en unos pocos actores. Como ya mencioné, el primero viene prosperando desde el fin de la Segunda Guerra mundial, con avances y retrocesos palpables,

mientras que el segundo lo hace desde la década del 70 del siglo XX a partir de un curso evolutivo lineal. El título del informe 2024 de OXFAM, “Multilateralismo en una era de oligarquía global”, sintetiza bien estos dos movimientos en pugna, otorgándole primacía a la elitización de la sociedad mundial (Oxfam, 2024a). Respecto del primer proceso, las izquierdas autóctonas del Sur Global buscaron universalizar el derecho de soberanía nacional conquistado por Europa en el siglo XVII a partir de la firma del Tratado de Westfalia (Munck, 1994; Schmidt, 2012). Este aspecto resulta determinante, dado que el avance de cualquier programa de cambio social emancipatorio desde la periferia mundial depende del reconocimiento de un Estado con capacidad política para revertir el saqueo imperial. Por lo tanto, visto desde América Latina, no corresponde declarar obsoleto dicho Tratado –centrado en los derechos de los Estados– en nombre de la defensa de los derechos humanos universales consagrados por las Naciones Unidas a mediados del siglo XX. La promoción del paso del Estado al individuo como agente normativo, tal como propone la agenda liberal progresista, considera una historia reduccionista

del Norte occidental y no un relato integral sobre los problemas del conjunto de la sociedad mundial poscolonial. Dicha historia tampoco da cuenta de la infinidad de iniciativas promovidas por el Sur Global al interior de las Naciones Unidas, la gran mayoría de ellas bloqueadas por las naciones dominantes. Es importante no perder de vista que, desde un primer momento, el único bloque nítidamente proactivo de la ONU fue el del Sur Global, sobre todo en lo que atañe a las iniciativas más sensibles de democratización económica. En el seno de la ONU el antagonismo principal no se presentó, como sugiere David Held, entre los actores que promovían los derechos humanos universales contra los derechos estatales, y aquellos que demandaban derechos de autodeterminación nacional en detrimento de los derechos individuales (Held, 1997). La divisoria central se estableció más bien entre los actores que circunscribían el campo moral a un derecho público occidentalista y aquellos que buscaban expandirlo a un derecho público de carácter universal, orientado a reconocer tanto los derechos de los nuevos Estados poscoloniales como los derechos humanos universales.

Tesis IV.
Las sociedades de
consumo tardío
como incubadoras

Las derechas latinoamericanas son una manifestación plena de las sociedades de consumo tardío, cuyas formas de reconocimiento social dependen más del mercado capitalista que del Estado –y su batería de bienes y servicios públicos–, y cuyas realizaciones promueven el desacople estructural entre el consumo real y el consumo deseado.

En el punto anterior señalé que, desde mediados del siglo XX hasta hoy, las derechas regionales se enfrentan sin descanso con las fuerzas de izquierdas al interior de una sociedad mundial poscolonial. Desde mi perspectiva, y en un plano abstracto, la sociedad mundial poscolonial es una unidad superior que se realiza a partir del entrelazamiento de tres planos: i) el de las interacciones en y entre esferas nacionales, regionales y globales; ii) el de un entramado de poder que integra en su núcleo diferentes interacciones centro/periferia, y iii) el de las interacciones entre modernidades, flujos modernizadores y arreglos no-modernos (Torres, 2021a; 2021b; 2023a; 2023b). Así como resulta imprescindible descubrir cómo se generan las diferencias estructurales existentes entre las

sociedades históricas –o esferas sociales– en la sociedad mundial poscolonial, es igualmente importante poder discernir sus rasgos comunes más significativos. Y, desde mi punto de vista, el principal atributo estructural que comparten las sociedades del centro y de la periferia del mundo es que todas ellas se han ido convirtiendo en “sociedades de consumo capitalista”. Se trata de sociedades cuyas dinámicas nucleares de integración y de reconocimiento social se basan en una variedad de prácticas de consumo capitalista, siendo el consumo de realización el más determinante para la conquista del status social. El centro de gravitación de esta sociedad se sitúa en el ámbito de los ingresos desiguales y del consumo. Aquí distingo tres tipos de consumo: de supervivencia, de bienestar y de realización.⁵ A su vez, la totalidad de las sociedades de consumo capitalista se conforman

5 Los tipos de consumo mencionados se precisan del siguiente modo: i) consumo de supervivencia (alimentación, medicamentos, vivienda, vestimenta), ii) consumo de bienestar (educación, seguridad, comodidad, descanso, recreación cultural, integración social básica, etc.), y iii) consumo de realización (obtención de *status* y de reconocimiento social, siendo los rubros de referencia el entretenimiento, el esparcimiento y los gastos suntuosos) (Torres, 2022).

materialmente a partir de lo que llamo una *estructura de clases moleculares*, la cual se define a partir de las fuentes de ingreso de los individuos (Torres, 2022).

Ahora bien, si todas las sociedades contemporáneas se nucleen en torno al consumo, no todas adoptan la misma forma estructural. Y sin poder distinguir al interior de qué tipo de sociedades concretas de consumo actúan las derechas latinoamericanas en la actualidad es imposible identificar el encadenamiento de causas y efectos que las constituye y que posibilita sus actuaciones. Es posible reconocer la existencia de dos tipos de sociedades de consumo: uno avanzado y otro tardío. El primero, localizado en el Norte Global –sobre todo en Europa–, se caracteriza por la masificación de las prácticas de consumo de realización y de bienestar. En cambio, en las sociedades de consumo tardío, localizadas mayoritariamente en el Sur Global, el primer tipo de consumo se restringe a los estratos de clase acomodados. Lo que predomina en esta última formación social es el consumo de supervivencia, o directamente la posibilidad de no acceder a él. Ahora bien, lo que resulta verdaderamente significativo es que en ambas

sociedades de consumo el sustrato más profundo de la cultura social se asocia a una cultura de consumo de realización (CCR) y no a una determinada cultura política. Ningún programa de cambio social puede desconocer este hecho. Las culturas políticas se edifican en toda esfera de la sociedad mundial poscolonial sobre la base de una cultura económica dominante entendida como CCR, y la peculiar combinación de estas culturas en cada esfera, en un determinado momento, es la que expresa el imaginario social imperante. La CCR es dominante porque tiene la capacidad de producir efectos sociales generales más allá de la esfera económica. La lógica del consumo de realización se extiende a cada vez más ámbitos no directamente económicos, como son los de la política, la familia, la religión, el sindicalismo, la escuela, la procreación, la ética, etc. (Lipovetsky, 2004). Esta constelación simbólica también es dominante porque tiende a dismantelar y a desplazar otras culturas generales preexistentes, y con ello a las formas de socialización que históricamente orientaban la actuación de los individuos (Lipovetsky, 2004). Mientras que las culturas políticas generan divisiones entre grupos al interior

de cada sociedad, así como entre sociedades, la cultura de consumo tiende a unificarlos con una efectividad inquietante.

En cualquier caso, la cultura hegemónica de las sociedades contemporáneas no se agota en una cultura de consumo. También incorpora ingredientes políticos y de otros tipos que, en su enorme mayoría, se entremezclan con el componente mercantil. Es esta argamasa cultural multidimensional, que se torna hegemónica de una manera específica, la que configura la modernidad de todo país y región en cada momento (Torres, 2024). Lo que está prosperando en cada esfera social es una única cultura económica general, junto con diferentes culturas políticas que se asientan y luego se entremezclan con la primera. Esta forma de superposición jerarquizada, en la cual la cultura económica de la sociedad es más densa, más profunda y más estable que las culturas políticas, tira por la borda todo determinismo político de la cultura social. *Ningún gobierno, sea de derechas o de izquierdas, puede definir el rumbo cultural de un país que se asienta sobre una sociedad de consumo tardío.* Lo que sí puede hacer es incidir en algún grado en la cultura política, que es la capa

más superficial, más dinámica y más imprevisible del entramado simbólico de las sociedades. De este modo, cuando las fuerzas de derecha y de izquierdas ponen en marcha un proyecto cultural, pedagógico y comunicacional, lo hacen en la actualidad sobre un piso arraigado de despolitización y deshistorización que desvanece los lazos de pertenencia a una comunidad nacional. Cuando se alude por estos tiempos a la “batalla cultural” se pierde de vista la superficialidad de la capa social en la cual operan las ideologías políticas y cualquier mensaje mediatizado. Este hecho implica que el poder que podría tener un gobierno para movilizar o inmovilizar políticamente a los individuos a partir de su accionar es reducido, y más reducida aún es la posibilidad de sostener en el tiempo la iniciativa política. La sensación de fracaso económico que puede experimentar un individuo es un sentimiento moldeado por la CCR y que un gobierno de derecha puede reforzar. La cultura de consumo de realización se resiste o se opone a cualquier cultura política colectivista porque en su centro sólo está el individuo. Una fuerza central que moldea la cultura individualista de la sociedad de consumo son las tecnologías

de la comunicación y la información (TIC's), con epicentro en la telefonía celular y las redes sociales. Estas fueron definidas con exactitud por Manuel Castells como "tecnologías del Yo" (Castells, 1996). Se trata de dispositivos tecnológicos que individualizan las subjetividades antes que colectivizarlas, pese a que pueden generar nuevas dinámicas de socialización. El proceso de individuación que avanza en las sociedades no está determinado por estas tecnologías, pero al parecer es su factor más influyente. Desde el enfoque que propongo, también hay que descartar la idea de que la CCR es una expresión del entramado cultural en su conjunto, así como de lo que podríamos llamar la cultura de un individuo. Esto último es lo que sostienen los teóricos de la sociedad de consumo. A ello hay que añadir que hay una sola –y no dos o más– cultura de consumo capitalista que moldea las máximas aspiraciones de un individuo cualquiera. Lo que sí se observan son diferentes culturas económicas, ligadas a los tipos de consumo mencionados –supervivencia, bienestar y realización–, y configuradas desde y para cada estrato de clase. Son estas variaciones

mercantilizadas del imaginario social las que definen las aspiraciones inmediatas de cada individuo.

Llegado a este punto, podría definir a la sociedad de consumo tardío como una formación social desigual hacia su interior, en la cual el consumo de realización se concentra en los estratos de élite y cuasi monopoliza las expectativas de desarrollo social, y en la cual se revolucionan los modos de organización del consumo de supervivencia. El conjunto de las formaciones nacionales de América Latina se ajusta a este tipo de sociedad desequilibrada. Las sociedades periféricas se convirtieron en sociedades de consumo sin haber experimentado el desarrollo de un capitalismo industrial, en el cual los ingresos de las mayorías sociales dependían del trabajo asalariado en la industria. En las antípodas del Norte Global, las sociedades de consumo en nuestro continente se fueron creando a partir de los capitalismos de commodities (agricultura, minería, ganadería y/o pesca) y sus impulsos centrífugos. Y es precisamente la minusvalía económica que genera este tipo de sistema periférico dependiente la que limita estructuralmente la posibilidad de

desarrollar una sociedad de consumo avanzada. En cualquier caso, como vengo señalando, todos los capitalismos de la sociedad mundial que interaccionan y compiten entre sí, el informacional, el industrial y el de commodities, se vienen conformando como sociedades de consumo, traccionados por una CCR. Y esta cultura omnipresente se va definiendo, principalmente, a partir de dos procesos en expansión: la mercantilización capitalista de las esferas sociales y la segmentación del mercado de consumo. El primer proceso adopta como imperativo el de la comercialización de todas las experiencias en todo lugar, momento y generación (Lipovetsky, 2006), aunque corresponde relativizar tal premisa al momento de referirnos a la evolución de los capitalismos de commodities. Estos últimos, en sus momentos de mayor retracción, provocan una desmercantilización material forzosa de los estratos sumergidos de la población, los cuales no tienen más remedio que reorganizar sus formas de supervivencia en circuitos marginales (Klein, 2004; Torres, 2022b).

La CCR se desenvuelve en la actualidad a partir de la relación entre una *cultura hegemónica* y un *proceso de estratificación cultural*,

asentado sobre la estructura de clases mencionada. Si la cultura hegemónica ofrece el cemento común para los procesos de integración simbólica general de las sociedades de consumo tardío, las culturas de estratos activan los procesos centrales de exclusión simbólica en las esferas sociales. De este modo, si por un lado se observa un proceso de creciente homogeneización cultural, en la medida en que todas las culturas de estrato de clase recrean una cultura de consumo capitalista, por el otro se constata el avance de un proceso de estratificación, dado que toda cultura de consumo se somete a un proceso de segmentación ajustado a un movimiento de estiramiento vertical de la estructura social. Hay de mínima tantas culturas de consumo capitalista como estratos de clase se pueden identificar. El proceso de estratificación cultural reconoce como uno de sus puntos de activación las estrategias de segmentación de las empresas en el mercado de consumo. Las culturas de estrato se conforman igualmente a partir de una corriente de identificación y desidentificación entre estratos de clase. El supuesto que sostengo es que las culturas de élite tienden mayoritariamente a la identificación con su propio

estrato y a la desidentificación respecto de los estratos de abajo. Por su parte, las culturas de estrato medio tienden hacia la identificación con los estratos de élite y a la desidentificación con los estratos bajo e inferior. Es por ello que cuando los estratos bajos reducen su distancia con los estratos medios del campo popular durante los gobiernos de izquierdas, se acentúa en estos últimos lo que García Linera denomina “el resentimiento de los igualados” (García Linera, 2024). Finalmente, las culturas de estrato bajo e inferior tienden a identificarse con los estratos de arriba, así como a desidentificarse respecto a su propio estrato (Torres, 2022). La colorida afirmación de que “el peor enemigo de un pobre es otro pobre que se cree rico y defiende a los que los hacen pobres a ambos”, adjudicada a José “Pepe” Mujica, ilustra con elocuencia la dinámica de estratificación cultural mencionada.

Los individuos definen sus procesos singulares de identificación y de reconocimiento a partir de la dialéctica entre las dos dimensiones culturales mencionadas. Las culturas de estrato, con sus mecanismos y flujos de identificación, constituyen la dimensión disgregadora de una CCR traccionada por una dinámica intersticial

de integración simbólica. De un modo aún más acentuado que cuando Baudrillard desarrolla su tesis rupturista de la sociedad de consumo en la década del 70 del siglo XX, es posible reconocer que hay una concentración monopolista de la producción simbólica de las diferencias (Baudrillard, 1970). Si como cultura dominante la CCR tiene la capacidad de crear significados compartidos y de conectar a las personas (Kurtenlahti y Salonen, 2018), no hay que perder de vista que su recreación general es impuesta en gran medida desde el campo de élite, y más exactamente por los grandes actores que producen y difunden los símbolos y las tecnologías de la comunicación. Es el carácter crecientemente concentrado de la producción tecno-simbólica el que permite la fijación social de un código común que subyace a todas las diferencias simbólicamente creadas, tanto las de estrato como las estrictamente individuales. La cultura del consumo, y más en general, la sociedad de consumo tardío, no solo convierten a los individuos en consumidores que buscan apropiarse de objetos y servicios, sino también en objetos reales y potenciales de consumo para los demás individuos. Como señala Bauman,

“son simultáneamente los promotores del producto y el producto que promueven” (Bauman, 2007, p. 11). De este modo, en la recreación de la CCR resulta tan gravitante el poder adquisitivo del individuo como su capacidad para convertirse en un producto deseable y deseado por los demás individuos, comenzando por aquellos situados en su propio estrato de clase. La CCR se proyecta como una ideología del éxito individual, centrado en el individuo, y no de la conquista colectiva de una determinada comunidad.

Tomando como referencia el cuadro cultural esbozado, asumo que el accionar de las derechas latinoamericanas tiende a incrementar las desigualdades de ingreso y de consumo entre clases de individuos al interior de la sociedad histórica, robusteciendo las culturas de élite, y con ello acentuando el distanciamiento y la desconexión respecto del resto de las culturas de estrato. El mayor distanciamiento y la mayor desconexión que aquellas generan acrecienta la desidentificación, el desapego y desprecio respecto del campo popular (Cortés, 2022; Torres, 2022). Las élites consiguen generar mayores distancias sociales desde el momento en que la CCR está sujeta

por cadenas invisibles al estiramiento vertical de la estructura de clases moleculares. Cuando señalo que las fuerzas políticas de derecha exacerban las sociedades de consumo tardío, lo que estoy indicando en primer lugar es que amplían la brecha existente entre el consumo real y el consumo deseado de los campos populares. Ello ocurre para cada tipo de consumo, convirtiendo al consumo de realización en una utopía, incluso para una fracción de la “clase media”, que es un estrato materialmente localizado en el campo popular. Lo que generan los gobiernos de derecha en la región es la reducción de los tres tipos de consumo mencionados, mientras exacerban una CCR que hace décadas tiene un arraigo sistémico en la sociedad, penetrando cada vez más la totalidad de los entramados sociales. Junto a ello, provocan el incremento del consumo de bienes de lujo importados en el campo de élite, propiciado por las políticas de apertura comercial y de reducción de impuestos a las importaciones de bienes suntuosos. La elitización social que acentúan los gobiernos de derecha exagera el choque entre las fuerzas de integración simbólica de la CCR, que permea todos los estratos de clase, y los impulsos de desintegración

material y simbólica de los individuos, en particular de los individuos de los estratos bajos y medios. Aquí toda actividad laboral degradada en términos de ingreso se desvaloriza socialmente. En algunos casos, se genera una nítida contradicción entre el menor consumo de los estratos bajos y medios, en particular de aquellos asociados al bienestar y la realización, y la identificación igual o mayor de dichos estratos con una cultura del consumo de realización. La lógica de estratificación de la sociedad de consumo termina formando a los individuos pobres como consumidores frustrados (Towsend, 1993). En los términos de Bauman, “la sociedad de consumo educa a sus miembros, precisamente, para vivir esa incapacidad de acceder a los estilos de vida ideales como la más dolorosa de sus privaciones” (Bauman, 2000, p. 98). El profundo malestar que provoca el desencuentro entre el consumo efectivo y el consumo deseado tiende a agudizarse actualmente en la mayoría de los países de la región, pero esta irritación social se está resolviendo a favor del avance de la CCR como fuerza de integración simbólica de la sociedad.

Los gobiernos de derecha dinamitan la integración material del campo popular en la sociedad de consumo tardío, pero no así su impulso de integración simbólica, al cual le es inherente la identificación con el mundo de vida de las élites consumistas. Las formas de consumo de los individuos del campo popular dan cuenta de ello: estos suelen priorizar las prácticas accesibles de consumo de realización, como la adquisición de teléfonos celulares y calzados de gama alta, sin tener garantizado el consumo de bienestar, como por ejemplo el acceso a un seguro de salud. Se trata de prácticas activadas por necesidades existenciales y no funcionales. Mientras que las exclusiones materiales de los mercados segmentados del consumo capitalista se pueden detectar con facilidad, no sucede lo mismo con las exclusiones simbólicas e imaginarias. Se impone un efecto generalizado de integración simbólica cuando se consigue reemplazar la ausencia de consumo efectivo por la expectativa de su realización a futuro. En América Latina, el acceso al consumo de bienestar y de realización se convierten en una promesa antes que en una realidad concreta para las mayorías sociales. A diferencia de lo que sostenía Lechner,

aquí afirmaré que los *imaginarios concretos* de la sociedad de consumo tardío son centralmente productos de las culturas de estrato y no de una cultura general de consumo (Lechner, 2002). De igual manera, es en la intersección entre la cultura de consumo dominante y una cultura de estrato que los individuos definen para sí mismos qué es ser pobre y qué no. Si bien es cierto que consumir significa invertir en la propia pertenencia a la sociedad (Bauman, 2007, p. 50), esa sociedad se concreta en lo inmediato como un plexo de estratos de clase. De este modo, el universo total de los individuos no se divide en términos absolutos entre “los que tienen” y “los que no tienen” (Belk, 2004). Las privaciones se procesan en todos los casos desde una cultura de estrato determinada que reconfigura las expectativas de consumo de realización de los individuos. Para las personas que viven en barrios privados, en los llamados “countries” o “urbanizaciones cerradas”, su autopercepción como rico o pobre suele dirimirse antes que nada en la comparación con los vecinos del mismo barrio y con los individuos de otros barrios privados de mayor exclusividad. Aquí me estoy refiriendo a la percepción social de la pobreza y no

a la pobreza objetiva, siendo esta última la que determina la pertenencia de los individuos a un determinado estrato de clase. En cualquier caso, todo proceso de reestratificación económica de los individuos, sea descendente o ascendente, modifica también sus expectativas de consumo de realización, así como sus umbrales de frustración adquisitiva, siendo rápida la adaptación a una situación mejor, y más resistido el descenso a un estrato inferior.

Un aspecto clave que acompaña el proceso de estratificación cultural en las sociedades de consumo tardío en América Latina tiene que ver con los grados de apertura y de clausura de cada estrato en relación con los demás, asociados a determinados impulsos de distanciamiento y de aproximación. Para explorar esta dimensión ofrezco dos hipótesis. La primera es que mientras más elevado es el estrato de clase, mayor es su nivel de clausura y su búsqueda de distanciamiento. Y la segunda es que resulta mayor la clausura y el distanciamiento de los individuos de un determinado estrato social respecto de los estratos inferiores que de los superiores. Al reforzar el campo de élite en detrimento del campo popular, las derechas criollas acentúan

la dinámica de clausura de las élites y sus distanciamientos material, cultural, identitario y emocional respecto de los individuos del campo popular. De este modo, las culturas de estrato de élite, que las derechas robustecen, funcionan centralmente hacia abajo como un dispositivo de segregación (Papcke, 2001; Maihold, 2007). En su forma prototípica, las culturas elitistas se conforman a partir del desconocimiento, el desapego y el desprecio al conjunto de los estratos inferiores de clase. Por lo tanto, lo que siempre se incrementa con los gobiernos de derechas es el nivel de rechazo social a los estratos más bajos, lo cual colisiona con la lógica de identificación ascendente de estos últimos, ya comentada. La estima social se orienta mayoritariamente hacia los máximos detentadores del poder de consumo de realización y no hacia los individuos semejantes. Si el menosprecio como impulso baja desde arriba, la valoración positiva sube desde abajo y se metamorfosea al estrellarse con la denigración del superior.

No hay que perder de vista que la gran mayoría de las protestas populares masivas en América Latina desde la década del 80 del siglo XX hasta hoy distaron de ser contraculturales,

en el sentido de oponerse a la CCR. Aquellas que tuvieron un trasfondo económico –la mayoría–, fueron portadoras de demandas nítidas de acceso a los tres tipos de consumos mencionados, enarbolando para ello diferentes discursos políticos y valores colectivos. Y las protestas sociales se escalaron cuando se toparon con la reacción violenta de los gobiernos de derecha. En estudios previos arribé a la conclusión de que las explosiones sociales ocurridas en América del Sur en los últimos tiempos, con epicentro en 2019, se activaron como rechazo a la irradiación de las culturas de élite sobre los restantes estratos culturales de la sociedad (Torres, 2022). Sin la exposición permanente a las operaciones desapegadas y despreciativas del bloque de individuos elitizados, difícilmente las explosiones sociales de 2019, ocurridas primero en Ecuador y luego replicadas en Chile, Bolivia y Colombia, habrían contado con la participación directa o con la adhesión de los estratos medios. En estos escenarios convulsionados, el activador central de la indignación masiva se asocia menos a las distancias sociales percibidas y más a la forma violenta en que la derecha reacciona a las expectativas de realización de los individuos del

campo popular como consumidores. Es difícil no concluir que el ejercicio activo de la ciudadanía popular se viene mercantilizando de forma creciente. Pero de la realización de esta tendencia no debemos extraer conclusiones equivocadas. La distinción cultural entre consumidores y ciudadanos (García Canclini, 1995) no desaparece a favor del advenimiento de una psiquis mercantilizada al extremo. Lo que sucede, más bien, es que el imaginario de consumo capitalista de los individuos moldea sus visiones de la política en mayor medida que antes. Ello no necesariamente conlleva una mayor despolitización. El fenómeno actual de “derechización de las sociedades” no expresa *strictu sensu* un proceso de despolitización, sino un tipo de politización basado en una mayor incidencia de la CCR. La violencia política que la derecha vuelca sin miramientos contra los sectores populares movilizadas en las calles y en las redes sociales, contando para ello con una adhesión considerable de la sociedad, no se puede entender sin el avance de la lógica disgregadora contenida en la dialéctica de la CCR que vengo comentando.

Ahora bien, si la derecha exagera, intensifica o extrema a las sociedades de consumo

tardío, en los términos ya comentados, los gobiernos de izquierda, por su parte, no se oponen a la lógica de consumo capitalista de esa misma sociedad. Hacerlo implicaría, en lo inmediato, renunciar a la conquista de un mayor bienestar material y simbólico para los individuos del campo popular. Tengamos en cuenta que es en la malla jerárquica de la CCR que el pueblo encuentra su lugar en la sociedad. De este modo, a lo que se opone la izquierda regional es a la elitización de los consumos de bienestar y de realización. Los programas de cambio social de los gobiernos de izquierdas latinoamericanos apuntan a la realización de una sociedad de consumo avanzada, dotada, eso sí, de una batería de bienes y servicios públicos desmercantilizados, tal como aún se encuentra en el Norte de Europa. Pero los proyectos de izquierda realistas no se orientan a la construcción de una sociedad desmercantilizada en su ideal de futuro individual y colectivo. El combate contra el subdesarrollo, el atraso y la pobreza se realiza a partir de políticas que necesariamente deben promover un mercado interno dinámico y competitivo, el cual alimenta una CCR. Frente a la cultura mercantil de cada sociedad nacional,

la derecha corre definitivamente con ventajas, porque su identidad se estructura a partir de la búsqueda del máximo poder adquisitivo para un individuo considerado superior. Es la fuerza política que representa con más coherencia la construcción de un orden social en el cual se valoriza y se recompensa la conquista del máximo poder de consumo de realización. Por lo tanto, la paradoja número uno de la izquierda es que la transformación estructural que promueve refuerza expectativas individuales que, para poder avanzar en su realización, necesita destruir ese mismo proyecto que fija un límite objetivo al ascenso económico del campo popular. Del mismo modo, la dificultad para sostener en el tiempo y robustecer la movilización social opositora a los gobiernos de derecha, o bien la dificultad para construir una nueva mayoría desde la izquierda, se vincula con el efecto de individuación que provoca la dependencia de esta última respecto de la CCR y las tecnologías del Yo (ver Durand, 2025). De este modo, en la práctica, la política de los gobiernos vasallos en la región comprime los mercados capitalistas internos, y con ello la base material de la mercantilización social, a la vez que exagera los

valores de la CCR. Por el contrario, la política de la izquierda expande los mercados internos, potenciando con ello la mercantilización social, aunque apelando a un conjunto de principios colectivos igualitarios que no solo no se opone a la CCR sino que la alimenta indirectamente. Quienes hablan con vehemencia de igualdad social, de justicia social y/o de futuros anticapitalistas en América Latina igualmente luchan con ahínco por conquistar un lugar respetable en la sociedad de consumo tardío. Aquí se puede ver con claridad como las culturas políticas de la derecha y de la izquierda, opuestas en términos de principios, se asientan ambas sobre una cultura económica mercantil que la derecha promociona como futuro ideal pero que por momentos la izquierda consigue materializar en mayor medida.

La premisa central que orienta el desarrollo de todas las sociedades de consumo capitalista es que para ser alguien valorado en tu propia comunidad se puede ser cualquier cosa menos pobre. Y tanto los movimientos de derecha como los de izquierda se orientan en la práctica por esta premisa porque, por motivos distintos, ninguno puede renunciar al reconocimiento de

su propia sociedad. La CCR determina que la dignidad humana se conquista a partir del consumo de realización. Ello es así para los campos populares y para los campos de élites de cada sociedad histórica occidental, sin excepción. Nada resulta más humillante que ser pobre y no poder consumir en una sociedad de consumo. Antes que nada, lo que dignifica al individuo a la vista de los demás es el consumo, no el trabajo, ni su actitud solidaria en relación con el prójimo. El problema de la estigmatización del trabajador desocupado en las sociedades del Sur Global es reemplazado por el de la pobreza relativa. Si se desprecia lo primero es porque se considera que el trabajo es un medio para acceder a los recursos económicos que permiten garantizar un determinado poder de consumo públicamente exhibido. Abandonar la pobreza como condición objetiva, pero sobre todo como realidad intersubjetiva, es la condición más elemental para poder garantizar un piso de autoestima en la sociedad y para conseguir pellizcar unas migajas de reconocimiento en el estrato de clase que habitamos como individuos. Prácticamente nadie desea ser señalado como pobre, recibir ayuda del Estado por su condición

económica sumergida, ni reconocerse como deudor permanente de un proyecto político que dignifica a la pobreza en vez de a la riqueza. Parte del campo popular se desconecta libidinalmente de un gobierno que cuando consigue sacar de la pobreza a los individuos no lo hace para llevarlos al nivel de consumo que resulta necesario para que estos puedan acceder a los circuitos de mayor reconocimiento social. No por el hecho de ser pobre y ser reconocido por un gobierno de izquierdas en esa condición desventajosa, un individuo renunciará al reconocimiento social que se obtiene cada vez más a partir de realizarse en la sociedad de consumo tardío. No puede haber fidelidad duradera del universo de individuos pobres a un espacio político que, pese a haber colaborado activamente en el mejoramiento de su ingreso y su poder de consumo, apuesta por el desarrollo de un tipo de sociedad popular que reprime las expectativas de elevación económica de las mayorías sociales. Este divorcio se acentúa cuando los individuos otrora pobres, luego amesetados, corroboran que no rigen las mismas reglas de contención para ellos que para los miembros de los gobiernos populares. Las desigualdades son

inocultables y esta falta de coherencia irrita a la mayoría del campo popular cuando se instala en la agenda pública. El avance de la mercantilización de las fuerzas de izquierda y de sus horizontes de expectativas es una manifestación de integración social a la vez que de capitulación de todo programa alternativo de cambio social. En las redes sociales, algunos personajes de izquierda exhiben sin pudor su poder adquisitivo y sus vidas de consumo, siendo recompensados –o no sancionados– por su propia comunidad política. Cada vez se observa con mayor frecuencia como las agrupaciones de izquierda en la región buscan imitar el tipo de consumo de realización de los estratos acomodados de su sociedad, mudándose a barrios privados, viajando a lugares exóticos, así como comprando y ostentando vehículos de alta gama cuya posesión antes era considerada impensable por que simbolizaban una opción elitista vergonzante. Lo cierto es que la izquierda partidaria no escapa a la realidad que envuelve a los restantes individuos y grupos sociales, en la medida en que vive y busca acrecentar su autoestima en una sociedad de consumo. Los conflictos sociales, los estallidos y los ciclos de movilización

popular que prosperan en la región desde 2019 se estructuran a partir de demandas de supervivencia, de integración o bien de realización en la sociedad de consumo tardío y no a partir de imaginarios societales alternativos (Torres, 2022a). Los estallidos sociales de la historia reciente de Chile estuvieron lejos de crear aquel “pueblo nuevo” que imaginó Carlos Ruiz (2020). Es la gravitación del sustrato mercantilizado de las luchas sociales el que explica su corto ciclo de vida. De este modo, la desactivación de la “lucha de clases” de ningún modo se asocia al desvanecimiento o la desaparición de los espacios sociales industriales como núcleos de los antagonismos, sino con la conexión íntima de cada individuo o grupo estratificado con la cultura de consumo capitalista de realización. Hasta el momento en ninguna ciudad de América Latina y el mundo se observa un tipo de oposición social considerable a la sociedad de consumo capitalista, y por lo tanto a los valores que promueve.

Uno de los efectos más perniciosos del avance de la sociedad de consumo tardío, que los gobiernos de derecha en América Latina aceleran y profundizan, es la creciente naturalización

social de la corrupción (entre otros delitos). Si la cultura CCR se extiende, y a su vez se generaliza la inseguridad económica de las diferentes clases de individuos, es esperable que la sanción moral a la corrupción decrezca. Y mi hipótesis es que la corrupción se refuerza en la sociedad de consumo tardío en la medida en que aparece el temor a la desestratificación, al desbarrancamiento del campo de élite o de los estratos medios del campo popular, y a la imposibilidad de sostener los niveles habituales de consumo de bienestar y de realización. A ello hay que sumar el terror a la exclusión simbólica, la cual convierte a los individuos en seres invisibles para los demás. A modo de ejemplo, ante la incertidumbre económica que experimenta la fracción del estamento político que depende de sus ingresos como funcionarios públicos, la corrupción asoma como una vía para el reaseguro patrimonial, y con ello para la estabilidad económica o la mayor acumulación hacia el futuro. La naturalización de la corrupción se asienta igualmente –como vengo señalando– sobre la doble sedimentación de las culturas sociales: una profunda y unificada, asociada a la CCR, y una más superficial y múltiple, ligada

a las culturas políticas. En la medida en que se ensanche la CCR como constelación mercantilizada y se adelgacen las culturas políticas y sus ingredientes morales, lo que tendremos como resultado es un incremento de las prácticas de corrupción y una creciente aceptación social de tales hechos delictivos. Es por ello que la magnificación mediática de los actos de corrupción política se convierte cada vez menos en un “escándalo”, con potencialidad para lesionar severamente o cancelar una carrera política, y cada vez más en un evento que alimenta el paisaje desmoralizado de las sociedades de consumo contemporáneas. La corrupción escandaliza cada vez menos. Este comportamiento social, que conforma el lado oscuro de la sociedad de consumo, también se extiende de forma creciente a los espacios progresistas, aunque sus proyectos morales la rechacen. Ahora bien, los delitos no se detienen en la corrupción. En los estratos bajos, el asesinato de personas para quitarles su teléfono celular o sus zapatillas de marca es la manifestación marginal de una necesidad que suele ser existencial antes que de supervivencia material. Representa un tipo de conducta delictiva cuya existencia no se puede

explicar sin considerar la enorme presión que ejerce la cultura de consumo capitalista sobre los sectores sumergidos de los campos populares de las urbes de la región. De este modo, no hay que perder de vista que los individuos del estrato inferior no solo son víctimas de la derecha política, sino de una dinámica sistémica y con ello del entramado de actores que componen la sociedad de consumo tardía en su integralidad periférica (Torres, 2022b). Pero son los gobiernos de derecha los que provocan el deterioro económico del campo popular, y con ello profundizan las desigualdades de ingreso y de consumo de la sociedad como un todo, arrojando a buena parte de la población a la miseria, al hambre y a la muerte.

Tesis V.
Del régimen de
dominación al
régimen de sumisión

Desde principios del siglo XIX, los gobiernos de derechas en América Latina se constituyeron a partir de un régimen de sumisión a las élites de las potencias mundiales, así como a partir de un régimen de dominación interna sobre los campos populares de sus respectivas sociedades territoriales, siendo el primer tipo de régimen el que determinó –y determina– la forma y el contenido que adopta el segundo.

En las tesis anteriores señalé que desde mediados del siglo XX hasta hoy las derechas regionales se enfrentan sin descanso con las fuerzas de izquierdas al interior de una sociedad mundial poscolonial. Y al comienzo de la tesis IV afirmé que a esta formación social la concibo como una unidad superior que se realiza a partir del entrelazamiento de tres planos: i) el de las interacciones en y entre esferas nacionales, regionales y globales; ii) el de un entramado de poder que integra en su núcleo diferentes interacciones centro/periferia, y iii) el de las interacciones entre modernidades, flujos modernizadores y arreglos no-modernos. La tesis V atraviesa estos tres planos interactivos desde una localización regional periférica como es

América Latina, moldeada por su trayectoria histórica singular. Y lo hace para intentar responder a las preguntas por el modo en que la derecha latinoamericana maximiza su potencia, por la manera en que se definen sus fuentes de poder, y por la capacidad de agencia y de autonomía que puede conquistar en cada situación que se presenta.

Para poder explicar el comportamiento y la dinámica de todos los gobiernos de derecha en la región es necesario distinguir tres tipos de regímenes: *el régimen de sumisión, el de dominación interna y el de dominación externa*.⁶ Los dos regímenes que se entrelazan en la práctica para conformar los gobiernos de derecha son el primero y el segundo. Y luego el o los regímenes de dominación externa son procesados por los gobiernos de derecha a través de su régimen de sumisión. A su vez, estos tres tipos de regímenes se edifican a partir de dos formas generales de poder: un *poder de sometimiento* y un *poder vasallo*. Si la lógica del primero es la imposición –más o menos coercitiva–, la

⁶ La clasificación ofrecida de regímenes de dominación se ajusta a los principios metodológicos del “paradigma mundialista” que vengo desarrollando (Torres, 2023b).

del poder vasallo es la servidumbre voluntaria y, más exactamente, una modalidad de servidumbre voluntaria socialmente autodestructiva, en la medida en que para realizarse debe destruir las bases de su propia sociedad nacional (Torres, 2025b). Ahora bien, el poder de sometimiento de los regímenes de dominación externa e interna difieren entre sí en su forma de realización concreta: el que corresponde a los regímenes externos se basa en una fuerza injerencista, mientras que el poder de sometimiento de los regímenes internos se realiza como fuerza antipopular. Si el primero busca someter a países completos, a partir de una mezcla gramsciana de coerción y consenso, el segundo pretende hacerlo con el campo popular de su sociedad, así como con la fracción del campo de élite nacional –minoritaria– que apuesta por desarrollar iniciativas de representación popular. Entre ambos hay una diferencia sustantiva de volumen y de fuerza: mientras el primero es un poder globalizador, el segundo es un poder raquítrico. Se trata de un poder disminuido porque para realizarse como potencia vasalla necesita minar su propia infraestructura estatal.

La novedad central radica aquí en el reconocimiento de la existencia de un régimen de sumisión como forma de acumulación de poder de los gobiernos nacionales de derecha. Y una de las características de ese régimen singular, empleando una jerga conocida en las relaciones internacionales, es el del “alineamiento” con una determinada potencia. Otra de sus características principales deriva de la anterior y tiene que ver con la minimización del Estado. Lo primero que se achica o directamente se sacrifica cuando se minimiza el Estado son sus funciones. Las funciones que el régimen de sumisión de la derecha liquida en primera instancia para poder desenvolverse son las “funciones de desarrollo” de los Estados latinoamericanos. La primera función de desarrollo que ataca es la económica, pero también lo hace con otras del mismo tipo, como la científica, la educativa, la cultural, la de inclusión social, etc. De este modo, una condición *sine qua non* para la instauración de un régimen de sumisión es el relegamiento, el descentramiento o la directa liquidación de las funciones de desarrollo del Estado, siempre entendido este último para América Latina como un Estado periférico. No

es el régimen de dominación interna de la derecha el que destruye las funciones de desarrollo del Estado, ni tampoco ello se produce desde los regímenes externos a los que la primera se somete. En un sentido exacto, las funciones mencionadas se desactivan a partir del avance del régimen de sumisión. La instauración de este régimen, constitutivo de la derecha latinoamericana, produce como primer efecto estructural la conversión del Estado periférico en una forma vasalla. Este Estado vasallo representa una forma estatal superdebilitada, en tanto se erige sobre la infraestructura periférica del sistema interestatal. Hablo de un superdebilitamiento porque es una forma estatal doblemente débil. Se encuentra disminuida, primero, porque se materializa en un Estado periférico, no central, montado sobre una infraestructura sujeta a la superestructura de los Estados dominantes (Torres, 2020b). Esta realidad de supeditación corre para todos los Estados latinoamericanos, tanto aquellos relativamente robustecidos por los gobiernos de izquierda como las versiones pírricas que recrea la derecha. Esta posición periférica del Estado latinoamericano resulta inamovible en el futuro mediato. Y luego el Estado vasallo

es débil porque es una forma mínima de ese Estado subalterno, producida –como vengo insistiendo– a partir de su desguace funcional.

A partir de lo dicho se pueden reconocer *dos capas estructurales del Estado*: una que remite a su posición en el sistema interestatal y otra que se asocia a su matriz nacional. La primera es más profunda y menos dinámica que la segunda. La posición estatal puede ser periférica o central, mientras que la segunda puede ser vasalla o autonomista para los Estados periféricos. El régimen de sumisión de la derecha, al convertir la matriz estatal en una forma vasalla, refuerza la posición periférica de los Estados y de los capitalismos regionales. La forma estatal vasalla, como Estado mínimo, se encuentra prácticamente desprovista de capacidades. No se trata de capacidades en estado ocioso, desaprovechadas, sino de capacidades estatales destruidas. Las únicas funciones que se ven reforzadas a partir del régimen de sumisión que instrumenta la derecha son algunas “funciones de violencia”. Estas últimas distan de ser secundarias. Más bien son nucleares a todas las formas de Estado desde su génesis como forma de organización social (Elias, 2011). Pero las

funciones de violencia estatal que robustece la derecha regional son exclusivamente las de represión interna, excluyendo aquellas asociadas a la defensa nacional. ¿Qué recursos propios habría que defender desde un gobierno de derecha que se moviliza a partir de una política de entrega nacional? Las funciones de violencia intranacional sí que resultan de segundo orden. Se trata de funciones de represión y de vigilancia sobre el pueblo que son constitutivas del régimen de dominación interna de las derechas, no de su régimen de sumisión. De este modo, la jerarquización de la función represiva del régimen de dominación interna de las derechas latinoamericanas es prácticamente una consecuencia del modo en que su régimen de sumisión ignora los intereses y las expectativas de realización del campo popular, a partir de desgazar las funciones estratégicas del Estado. Mientras que la función de represión interna del Estado es de naturaleza táctica, las funciones de desarrollo, así como aquellas funciones de violencia orientadas a resguardar la seguridad nacional, son estratégicas. A diferencia de lo que ocurre con las derechas supremacistas de los países centrales, los gobiernos de derecha en América

Latina supeditan el régimen de dominación interna a su régimen de sumisión. Es la fijación de tal orden jerárquico el que les permite configurar al Estado vasallo como un Estado mínimo. La maximización de las funciones de violencia interna contribuye a debilitar aún más al Estado, en la medida en que la represión desatada sobre el pueblo erosiona la base comunitaria de la política nacional. El recurso a la violencia es una manifestación de debilidad política interna, no de fortaleza. La minimización del Estado que acometen las derechas regionales, producto de las exigencias que genera su alineamiento con las potencias imperiales, se suele instrumentar a partir de lo que los economistas denominan “reducción del gasto público”.

Desde el esquema que propongo, sería un error de sentido común suponer que la servidumbre voluntaria de las derechas representa tan solo una forma de debilidad. Sin dudas lo es –y de una forma en extremo acentuada– en relación con el régimen de dominación externa de las élites de las potencias mundiales que intervienen en el escenario regional, pero no necesariamente en relación con el régimen de dominación interna que instauran las derechas

vasallas en las sociedades territoriales bajo su órbita. No se invierte la tesis de La Boétie, para quien la servidumbre voluntaria es exclusivamente una expresión de impotencia social. El núcleo del vasallaje se traslada desde el comportamiento de los individuos del campo popular a la acción práctica de un tipo de gobierno de un país periférico de la sociedad mundial. A partir de este desplazamiento, la problemática planteada por La Boétie no se anula, sino que se extiende, se rejerarquiza y por supuesto se reorganiza en un nuevo conjunto ampliado. El régimen de sumisión media de una forma adaptativa, sin generar resistencias significativa, entre el régimen de dominación externo y el interno. Pero tal mediación resulta decisiva en tanto alimenta un dispositivo que bloquea los procesos de movilización política del campo popular, y al mismo tiempo traslada de una forma activa la agenda de reformas que exigen los Imperios. Empleando viejos términos, es posible sostener que el vasallaje es la condición de posibilidad de la reproducción del imperialismo. Esta visión subvierte todas las lógicas del poder del paradigma moderno de las ciencias sociales, las críticas y las que no lo son, en la medida

en que el conjunto de las fuerzas determinantes de cualquier sociedad nacional, se relocaliza al interior de un campo de interacción en y entre sociedades.

En base a esta primera novedad, asumo como hipótesis que es el régimen de sumisión –y no los de dominación interna y externa– el que define en mayor medida la política de la derecha. Tal como ya señalé, la derecha regional se realiza primeramente a partir de un régimen de vasallaje respecto de las potencias imperiales, para a partir de allí establecer un régimen de dominación interna del campo popular de su propia sociedad territorial. También indiqué que el régimen de sumisión de la derecha latinoamericana es la causa que explica en mayor medida el conjunto de su accionar, comenzando por sus políticas económicas. Lo primero que necesitamos contemplar cuando nos ocupamos de las fuerzas de derecha en América Latina es que se constituyen como una manifestación vasalla al interior de un entramado de poder mundial que involucra la interacción en y entre esferas nacionales, regionales y globales. Lo que pretendo mostrar con la tesis del vasallaje, y con la categoría del régimen de sumisión,

es que el despojo de la autonomía de los países latinoamericanos se inicia con la renuncia a la libertad por parte de las élites políticas. Esta forma de autosupresión de la libertad trae como recompensa su integración marginal a los circuitos sociales de las élites de las potencias mundiales. Antes que ser el régimen de dominación externa de los Imperios el que suprime la autonomía integral de los países latinoamericanos, lo que se produce es un despojo de autonomía en varios planos y direcciones, siendo el más determinante para las políticas de cambio social el que se autoaplican los gobiernos regionales, convirtiéndose así en gobiernos de derecha. No hay derecha regional sin vasallaje. No perdamos de vista que los regímenes de sumisión de los gobiernos de los países latinoamericanos, y de la región como un todo, se realizan enteramente en una sociedad mundial que tiene una estructura social poscolonial desde mediados del siglo pasado. Esto último implica, entre otras cosas, que el régimen de vasallaje de la derecha no solo procesa uno o varios regímenes de dominación externos precipitados desde el Norte Global, sino también desde el Sur, y más exactamente desde China en la actualidad. Los

primeros actores que reconocen la gravitación del régimen de vasallaje de los gobiernos de derecha en América Latina, como dispositivo de mediación clave para la política nacional, son las grandes potencias injerencistas. Un ejemplo de ello son las pequeñas acciones de seducción destinadas a fidelizar a las derechas criollas y a revestirlas de legitimidad, como pueden ser la entrega de premios y reconocimientos a veces prestigiosos.

El arte de la política de las potencias se convierte así, en primera instancia, en el arte de gobernar a los gobernantes de la periferia (Torres, 2024). Para que las formas de imposición externa de las potencias resulten efectivas necesitan activar una dinámica de integración de los gobiernos vasallos a los circuitos de poder internos de las sociedades dominantes. Ahora bien, mientras se garantice la reproducción de un vasallaje político con capacidad de instrumentar políticas económicas alineadas con los intereses imperiales, a las potencias mundiales les resulta accesorio si el régimen de dominación interna de la derecha latinoamericana adopta una forma civil o militar, democrática o autoritaria. Un ejemplo perfecto de esta variación formal

lo ofrece el caso colombiano en las décadas del 60 y del 70, en el marco de la instrumentación del Plan Condor. En Colombia no fue necesario concretar un golpe de Estado y establecer un régimen militar para poder implementar el modelo de la economía vasalla (Cadahia, 2025; Gutiérrez Sanín, 2007). Otro indicador del modo en que se diluyen las diferencias internas al pasar de gobierno vasallo democrático a uno de tipo militar es la continuidad de los mismos individuos en cargos ejecutivos decisivos, en representación del mismo campo de intereses (Calcagno y Calcagno, 1999; Rapoport, 2000). Las fuerzas que buscan garantizar la continuidad de un gobierno vasallo en los países imperializados son las mismas que convierten a la democracia formal interna de tales países en una forma de organización inestable dispuesta a ser revocada. Cuando los sistemas formalmente democráticos no garantizan la gobernabilidad para reproducir la dependencia económica y la mecánica política del endeudamiento, los Imperios retoman sus planes militaristas. Hasta aquí argumenté que, a los fines del régimen de dominación externa, la democracia formal interna y la dictadura militar son formas intercambiables

en América Latina. Ahora bien, algo marcadamente distinto ocurre con la multitud de individuos que componen el campo popular de cada país. Para ella, las variaciones internas resultan significativas porque afectan directamente al devenir de su vida de una forma u otra.

Cuando se señala que América Latina fue obligada por la vía del terrorismo de Estado a identificarse con el atraso y a desintegrar cualquier iniciativa que forjase una experiencia alternativa, no hay que perder de vista la gravitación de los regímenes de vasallaje, que hicieron posible la violencia estatal. Tampoco hay que olvidarse que las élites nacionales no son un bloque homogéneo y forman parte de esa misma región en disputa. El foco debería estar puesto en el modo en que se articulan los tres regímenes comentados, bajo el supuesto de que no cualquier gobierno se deja doblegar por los grandes poderes mundiales. Lo mismo sucede cuando se reconoce la imposición de una lógica imperial de despojo, violencia y desarticulación social planificada sobre la región. Esta afirmación resulta verosímil en la medida en que se reconozca que no hay un solo agente planificador, imperial, aunque sí un planificador dominante.

Dicho con mayor exactitud, se constata la existencia de un planificador de planificadores que no suplanta a estos últimos. La importancia que cobran los regímenes de sumisión de las derechas regionales se puede constatar, por ejemplo, en el modo en que consiguen sostener la estabilidad macroeconómica de sus sociedades nacionales, pese a las políticas profundamente antipopulares que ponen en marcha. Y ello se hace posible a partir del apoyo decisivo que reciben de las potencias mundiales y de los grandes pulpos financieros extranjeros.

En cambio, los regímenes autonomistas de los gobiernos de izquierdas son boicoteados simultáneamente por las élites globales y las fuerzas de oposición internas, desde el momento en que intentan aplicar programas económicos de orientación popular. En las reuniones celebradas entre los gobiernos de izquierda de América Latina y las oposiciones políticas internas, el verdadero interlocutor de los primeros suele ser Estados Unidos (Monedero, 2025). El régimen de vasallaje de la derecha latinoamericana también consigue desactivar las principales fuerzas de desestabilización externas, como son los boicots económicos, y toda la gama de prácticas de

sabotaje de las potencias mundiales (Perkins, 2004). Los bloqueos económicos afloran cuando los gobiernos de izquierda interrumpen los procesos de entrega patrimonial. De este modo, la principal fuente de erosión social de las derechas definitivamente es interna, en la medida en que instrumentan un régimen de dominación doméstico que atenta contra los intereses económicos de las mayorías sociales. Ello tiende a desgastar su legitimación popular, aunque la erosión no es instantánea. Mientras mayor es la pérdida de legitimidad popular, mayor es la necesidad de apuntalar la legitimidad de élite, hacia arriba, o directamente de mendigar el respaldo de las élites globalizadoras, lo cual a su vez profundiza el vasallaje de la derecha. Esta selectividad antipopular se traslada al sistema de comunicación de la sociedad (Torres, 2023b). El proceso de destrucción interna mencionado no se conecta automáticamente a los estados de ánimos colectivos, dado que no ataca el ideario de realización social mercantil de la sociedad de consumo. Pero cuando la vía de la legitimidad popular se agota, el recurso de ordenamiento social que ocupa su lugar es la violencia estatal, que rara vez es la opción ideal de la derecha

vasalla y de los Estados Unidos, dado el grado de inestabilidad social que produce. Pero suele ser el correlato necesario de la instauración de un *régimen de sumisión extrema*. El régimen de sumisión de la derecha se torna extremo cuando su fuente de legitimación y de poder se traslada casi exclusivamente a la esfera global de la sociedad territorial. Y ese extremismo es precisamente el que acelera la pérdida de legitimidad popular y la consiguiente generalización de la violencia.

Señalo que es importante distinguir el régimen de sumisión de la derecha de su régimen de dominación interna porque el primero se orienta hacia afuera y hacia arriba en primera instancia. No hacia abajo. Y lo hace sin equipararse ni subsumirse completamente al régimen de dominación externa. Esta dinámica centrífuga es la misma que adoptan las economías latinoamericanas, en tanto capitalismos de commodities succionados por exportaciones sin valor agregado (Prebisch, 1981; Cardoso y Faletto, 1977; Marini, 1991). Así como los actores centrales de los capitalismos periféricos de la región no toman la decisión de orientarse hacia la exportación de materias primas luego de constatar la

falla de su apuesta por el mercado interno, sino que lo hacen desde un primer momento, la derecha tampoco se configura hacia afuera, ligándose al poder de los Imperios, cuando fracasa su apuesta por el robustecimiento de sus bases de poder internas. Lo hace también desde un primer momento, como su impulso inicial. Esta dinámica en la cual cuajan los impulsos internos y externos nada tiene que ver con una resolución abstracta, ni tampoco con una forma de concreción predeterminada. Pero dado que aún estamos lidiando en las ciencias sociales con paradigmas modernos que proponen cerrar los procesos de explicación del cambio social sobre las ideas restrictivas de sociedad nacional creadas en la Europa Imperial (Torres, 2023b), poner el foco en el modo en que progresa la dinámica entre lo “interno” y lo “externo” de las sociedades latinoamericanas resulta determinante.

La derecha latinoamericana construye su poder limitado a partir de un régimen de sumisión, activo y no pasivo, que conduce el proceso de legitimación social hacia arriba (y hacia “afuera”) y no hacia el campo popular de su sociedad nacional, fortaleciendo el primero y erosionando el segundo. Pero ese “afuera” de

la esfera nacional de la sociedad histórica es parte constitutiva de su esfera global, al mismo tiempo que un espacio interno de la sociedad mundial poscolonial. No hay que caer en el error de considerar que la legitimación social y política de un determinado gobierno es un proceso que comienza y termina en la esfera nacional, en la interacción del gobierno con los actores internos, pese a que es allí donde se decide su suerte electoral. Una vez superado el nacionalismo metodológico de la teoría social moderna podemos vislumbrar que no es el avance de la deslegitimación popular la que lleva a la derecha latinoamericana a la búsqueda de apoyos en Estados Unidos, sino que la identidad constitutiva de la derecha regional es su disposición vasalla, la cual busca anclar su legitimación social desde un primer momento en los regímenes de dominación externos (Torres, 2020a). De este modo, al quitar del medio a la vieja teoría moderna de la sociedad, nos encontramos con que el avance de las derechas no termina produciendo una crisis de legitimación integral. Más bien consolida un proceso de legitimación ascendente, hacia arriba, el cual, hasta el momento, trae como consecuencia un

proceso de deslegitimación popular parcial. Se sigue la secuencia recién indicada. Y creo que este asunto es de vital importancia porque no se puede escindir la evaluación de la eficacia social de los gobiernos de derechas, su éxito o su fracaso, de las metas centrales que éstas se proponen alcanzar. No creo que sea correcto señalar que la derecha fracasa porque no consigue retener el apoyo popular, y por supuesto más inadecuado sería tildarla de fallida porque no consigue desarrollar el país. Estas últimas apreciaciones suelen ser usuales en los estudios sobre América Latina y sus dinámicas políticas. La derecha definitivamente es exitosa si consigue llevar adelante los planes más ambiciosos de los actores del campo de élite que representa en primera instancia. Dicho en otros términos: la derecha regional no fracasa cuando pierde legitimidad popular, sino cuando no puede avanzar lo suficiente con los planes de negocio de las grandes empresas y con las expectativas anxionistas y de dominación política de los Estados dominantes. Fracasa, por lo tanto, cuando no consigue realizar los intereses de sus promotores. La conservación de la legitimidad popular es un objetivo funcional de segundo orden. En

una situación de *democracia formal interna*, tal legitimidad se convierte en el medio principal para conservar el apoyo doméstico que facilita el cumplimiento de los intereses de apropiación del campo de élite.

Sin representar un juego de suma cero, desde el momento en que no se pueden satisfacer los intereses de todos, es igualmente imposible alimentar en simultáneo un proceso de legitimación popular y otro elitista, no al menos en un mediano o largo plazo. La legitimidad popular que cosecha la derecha latinoamericana es una *legitimidad alienada*, sin perder de vista que estos gobiernos muchas veces satisfacen los deseos destructivos de los diferentes estratos de clase. El deseo de destrucción del Otro igual o inferior anida en los mecanismos de estratificación de la cultura de consumo capitalista. Considero que es recién a partir de reconocer al régimen de sumisión como núcleo constitutivo de la derecha regional que podemos entender cómo funcionan las relaciones de poder en América Latina. No se trata solamente de que los Estados Unidos no puede prescindir de las derechas latinoamericanas, ni éstas del primero. El aspecto decisivo es que las relaciones

de poder de primer orden de las derechas son aquellas que establecen con los Imperios, no con su sociedad territorial. La fuente de legitimación esencial de las derechas latinoamericanas desde mediados del siglo XX, dada su naturaleza vasalla, es el propio gobierno de los Estados Unidos.⁷ Y es por eso que todo lo que acontece en relación con el régimen de dominación interna de las derechas les resulta secundario. Si la derecha necesita fortalecer su política interna es porque busca ponerla al servicio de los campos de élites. No solamente de las élites globalizadoras, sino también de una fracción de las élites nacionales. La perversión mayúscula que se presenta aquí, y que siempre juega a favor de las derechas, es que a medida que los regímenes de sumisión profundizan la dependencia estructural de los países periféricos respecto de las potencias imperiales, todo gobierno latinoamericano –sea de izquierda o de derecha– que inicia su gestión *a posteriori*, resulta en lo inmediato más dependiente del proceso de legitimación social externa que el anterior.

7 Para una revisión crítica y una reconceptualización preliminar de la teoría moderna de la legitimación social, ver Torres, 2020a

En cualquier caso, lo que permiten observar los regímenes de sumisión de las derechas latinoamericanas es la existencia y el desenvolvimiento de un *modo de acumulación vasallo*. Se trata de una dinámica de poder periférica imposible de ser contemplada en toda su magnitud desde el paradigma moderno de las ciencias sociales (Torres, 2023b, 2025). La inferiorización social, y su reverso, la autodenigración nacional, son los ingredientes psicosociales que permiten la construcción de este tipo de poder que deriva de otro poder superior, y que exhibe su principal debilidad en el plano internacional. Si bien no pretendo sesgar el análisis de la derecha regional hacia el caso argentino, la radicalidad inédita del régimen de sumisión del gobierno de Javier Milei a los Estados Unidos vuelve a ofrecer el ejemplo más ilustrativo. El presidente se ha convertido en un denigrador serial de su propio país, asumiendo como propios los estereotipos estigmatizadores de la sociedad argentina que las élites norteamericanas reproducen en sus círculos de poder (Milei, en *Clarín*, 2025; *LPO*, 2025; Milei, en *IP Noticias*, 2023; Reidel, en *El Destape*, 2025a). Este rasgo de vasallaje, antes que un exabrupto ocasional, es una condición

de posibilidad para la construcción de un poder a la vez propio y sujeto a los Imperios. Es interesante observar como la derecha vasalla se convierte en la vocera de una forma de denigración nacional que las élites extranjeras suelen reproducir con mayor sigilo. La publicitación de los prejuicios imperiales bajo una modalidad autodespreciativa es inherente al régimen de sumisión de las derechas latinoamericanas, no a su régimen de dominación interna, pese a que todos los argentinos atentos pueden ver, oír y leer los exabruptos del presidente. Y los diferentes gobiernos de Estados Unidos prefieren tercerizar estos discursos políticos vasallos porque, por lo general, suelen cosechar más rechazos que aceptaciones, aunque el efecto que producen en la opinión pública sin dudas varía según la cultura política de cada país latinoamericano y según las condiciones de recepción de cada momento (Verón, 1996). Por lo general, los gobernantes imperiales suelen hablar positivamente de las sociedades que pretenden dominar cuando gobiernan las derechas regionales, dejando los discursos públicos de desvalorización nacional (la autohumillación) a estas últimas. Es más efectivo que cualquier presidente

latinoamericano hable pestes de su propia comunidad, buscando erosionar la autoestima colectiva para así debilitar o barrer la reacción antiimperialista, a que lo haga el presidente de Estados Unidos o sus embajadores en la región. Estas tácticas forman parte del arte de gobernar a los gobernantes de América Latina. Ahora bien, la principal novedad que traen consigo las derechas actuales en la región es que mantienen altos niveles de adhesión popular durante un tiempo más duradero, para programas de gobierno nítidamente antipopulares. Y la política antipopular es aceptada, en parte, porque crece el universo poblacional que no se identifica con una entidad colectiva, y menos aún con los estratos que componen el campo popular, tan disminuidos a la hora de realizarse en la sociedad de consumo tardío.

El efecto de poder más determinante del restablecimiento de los regímenes de sujeción de la derecha es el incremento de la extranjerización de los capitalismos de commodities. A decir verdad, lo que se reproduce es un proceso combinado de privatización, extranjerización y concentración, en el cual crece la participación extranjera en el proceso de apropiación del

patrimonio nacional y del excedente (Arceo y Basualdo, 2006; Belloni y Wainer, 2014). Si aumenta la concentración económica de aquellos negocios bajo control extranjero es porque la derecha participa del *big business* de la enajenación. No crece exclusivamente la participación de mercado de las empresas extranjeras, sino también la de una fracción de las grandes empresas nacionales, que en su mayoría están articuladas a las primeras. Es importante dejar en claro que el proceso de elitización mencionado no sólo prospera con los gobiernos de derecha, pero es durante sus administraciones que se acelera y profundiza en mayor medida. Este proceso de extractivismo de las élites acentúa la dependencia de las economías periféricas de la exportación de materias primas, al mismo tiempo que incrementa el poder de las élites centrales para determinar las funciones económicas de los países periféricos en la división mundial del trabajo. Ello trae consigo la pérdida de autonomía de las economías de América Latina en el concierto mundial, sus disminuciones como mercados capitalistas, así como la profundización de las asimetrías estructurales entre clases de países en la sociedad mundial

poscolonial. Un efecto inmediato que produce todo gobierno de derecha, el cual combina su régimen de sumisión y uno de dominación interna, es la alteración de la distribución funcional del ingreso, reduciendo la participación de la clase dependiente del trabajo en el Producto Bruto Interno. Esta retracción profundiza las desigualdades económicas entre clases de individuos al interior de cada esfera nacional. Y el incremento de las desigualdades económicas a partir del estiramiento vertical de la estructura de clases moleculares, a su vez, altera el modo en que se combina en los gobiernos de derecha el régimen de sumisión con el régimen de dominación interna, favoreciendo el fortalecimiento del primero. De este modo, esta elitización de la estructura de clases no concentra cualquier tipo de poder en los estratos cimeros de las sociedades latinoamericanas sino un poder que, en sus resortes más elementales, se eleva como una fuerza de servidumbre voluntaria. De este modo, el poder de las élites latinoamericanas dominantes, que los gobiernos de derechas acentúan más que las izquierdas, se convierte en el poder del no poder. Un poder de la impotencia, que, como tal, marca la identidad de

su régimen de dominación. Por supuesto que las profundas desigualdades producidas en los países de América Latina y el Caribe por los regímenes serviles son de larga data.

De este modo, si la fuente de las turbulencias de los gobiernos de derecha es antes interna que externa, en los gobiernos de izquierdas suele ocurrir lo contrario. Allí los regímenes autonomistas directamente antagonizan con aquellos regímenes de dominación externos que pretenden seguir controlando la política latinoamericana a partir de los agentes vasallos. Los primeros cuentan casi exclusivamente con el apoyo popular para sostenerse en el gobierno y avanzar con una agenda de cambio social. El recurso permanente de los gobiernos de izquierdas de la región a las consultas populares, los referendos y los plebiscitos como lógica de construcción de poder político es un buen ejemplo de ello. Aquí el plebiscito no suele ser la primera opción, y a veces es directamente la última. Las consultas populares sobre aspectos de trascendencia nacional realizadas durante los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela, de Rafael Correa en Ecuador y de Gustavo Petro en Colombia –entre otros– permiten observar

como la izquierda busca consolidar las bases de su poder hacia y desde abajo (Loaiza, 2023; Wallace, 2016). En algunos casos, como el colombiano, Gustavo Petro recién recurre a la consulta popular luego de haber experimentado sucesivos bloqueos en el espacio parlamentario a un programa de reforma social integral, enfocado en los ámbitos laboral, de salud y educación (Pascual, 2025; Redondo, 2025).

Lo que comúnmente sucede es que las sanciones de las potencias occidentales recaen sobre los gobiernos que se resisten a ser sometidos por ellas y que reclaman abiertamente, en cada espacio disponible, una mayor y mejor democracia global. No resulta exagerado señalar que detrás de cada gobierno de izquierda en la región hay un movimiento destituyente en marcha, apoyado directa o indirectamente por Estados Unidos (Chomsky, 2016; Perkins, 2004). Si bien no es un indicador concluyente, el llamado “riesgo país” que elabora el banco norteamericano JP Morgan, castiga sin excepción a las políticas de los gobiernos populares en América Latina, necesariamente enfrentados al régimen de dominación externa de los Estados Unidos, a la vez que favorece las medidas que adoptan los

gobiernos vasallos (Bloomberg, 2025; Prashad, 2025). Todo indica que, a mayor autonomía, orientación popular y gravitación internacional de la política económica de un determinado país, mayor resulta su índice de riesgo país (Cotización.ar, 2025; Trading Economics, 2023).

Los gobiernos vasallos no sólo desarrollan cierta capacidad de estabilización financiera, sino también un poder suficiente para establecer un determinado orden social a partir de su régimen de dominación interna. Y para comprender esta fuerza peculiar hay que tomar en cuenta cómo el avance de las sociedades de consumo tardío está actualizando la relación entre los tres regímenes que conforma a las fuerzas de derecha, porque el núcleo central de atracción de la cultura de consumo de realización (CCR) son las sociedades de consumo avanzadas de las potencias mundiales. Es hacia allí que se desplaza la constelación periférica de este imaginario materialista. A su vez, los gobiernos de derecha latinoamericanos a partir de la década del 60 del siglo XX, cuando estuvieron nítidamente alineados con los Estados Unidos, contaron con la protección política de este último en el plano

internacional, para así disminuir el impacto negativo de sus atropellos internos.

Es interesante observar la forma en que los regímenes de dominación externa de los gobiernos más poderosos del mundo se rigen por una dinámica expansionista que prácticamente no experimenta modificaciones significativas con la rotación de presidentes y partidos. Los cambios de orientación normativa pueden producirse hacia al interior de sus sociedades nacionales, pero no hacia su esfera global. Hacia “afuera” pueden presentarse cambios de estilo entre un determinado gobierno y otro, pero no de lógica de relacionamiento, ni tampoco –por lo general– de objetivos estratégicos. Lo que sí fluctúa es el nivel de prioridad que le adjudica Estados Unidos a nuestra región en cada momento, siendo tal variación el resultado de los cambios que se producen en la esfera global norteamericana. Dicho de otro modo, así como resulta prácticamente indistinto para los gobiernos estadounidenses si sus pares del Sur instrumentan un régimen de dominación interna más democrático o más autoritario, los cambios políticos internos en los Estados Unidos prácticamente no generan variaciones en el régimen de dominación

orientado al Sur Global. Lo que básicamente importa es la expansión imperial, y para ello es necesario que los gobiernos latinoamericanos se pongan al servicio de los planes de apropiación económica de las grandes empresas norteamericanas que operan en la región –o pretenden hacerlo–, y de la estrategia geopolítica del gobierno norteamericano. Como ya señalé, este ímpetu expansionista se asocia con una lógica de imposición. Observado desde América Latina, o desde cualquier otra región subalterna de la sociedad mundial, la lógica de imposición del régimen de dominación externa se concreta como una forma de injerencia externa. Y la potencia injerencista contenida en los regímenes de dominación externas busca expandirse por las buenas o por las malas. La realización de la primera opción depende de los servicios prestados por los gobiernos de derecha latinoamericanos, siempre dispuestos a representar los intereses externos a partir de un régimen de sumisión actualizado, mientras que la alternativa más adversa es la que involucra los intentos de doblegar a los gobiernos de izquierdas. Cuando la injerencia se produce por las buenas, que siempre es la primera y mejor opción

para el dominador, el régimen de sumisión de las derechas regionales se suele anticipar a las propias exigencias del Imperio. Es esta marcada facilidad para someter a los países latinoamericanos de la mano de sus derechas la que llevó a Alvin Hosley, el actual jefe del Comando Sur de los Estados Unidos, a sostener en su Congreso nacional que “en esta región [América Latina], con poco se puede lograr mucho” (Hosley, en *El Destape*, 2025b). Ahora bien, cuando el avance sobre el subcontinente se termina realizando por las malas, allí aparece una gradación de la acción injerencista que combina el *soft* con el *hard power* (Nye, 2011), para terminar, en los escenarios más críticos, con una opción militar golpista. La intervención militar directa de las potencias imperiales es una acción *ultima ratio* para intentar dominar a los países latinoamericanos. Esta alternativa se suele contemplar como una posibilidad cuando fracasan los sucesivos intentos de empoderar a las fuerzas de derecha opositoras. Y por supuesto, como señalaba, la predisposición a consumir la dominación por las malas depende de la importancia que la potencia imperial le adjudique a determinado país y región en cada momento.

Conclusiones.
¡A desmercantilizar y
recolectivizar!

La izquierda y la derecha, observadas como una unidad relacional, seguirán vivas y dispuestas a ser actualizadas en la medida en que las luchas políticas desatadas en cada localización de la sociedad mundial se desenvuelvan a partir del enfrentamiento entre modelos de sociedad y no entre personas o grupos que convierten su paso por la política en un proyecto cosmético, cambiando de identidad cada vez que su *community manager* sugiere un nuevo reciclaje. O dicho de otro modo: la díada conservará su vigencia en la medida en que exista la necesidad de identificar con claridad a aquellos actores que pretenden aniquilar determinado programa de cambio social por estar en las antípodas de los suyos. No hay que perder de vista que el clivaje izquierda/derecha no alude exclusivamente a dos identidades plenas, atornilladas a los extremos, sino más bien a una gradación de alternativas que se van acomodando a lo largo de una serie que termina en ambas puntas, y que por diferentes motivos suelen variar su ubicación. Por lo tanto, sea cual sea el contenido que asume la díada en una situación social determinada, en la práctica podemos ser de izquierdas de una forma más acentuada o más moderada, aunque en

muchas ocasiones la polarización que imprime la lucha política empuje estas diferencias hacia su disolución por un tiempo indeterminado. Ello tiende a ocurrir más en la práctica que en el plano de una ideología o de una doctrina, la cual usualmente se resiste a cambiar. Y, junto a ello, dejamos de ser de izquierdas cuando a la vista de la mayoría resultamos funcionales a la acción política de las derechas, aunque sigamos convencidos de que somos los verdaderos izquierdistas. A riesgo de resultar redundante, conviene tener presente que la izquierda y la derecha como detectores de fuerzas opuestas de carácter trascendental pueden perder validez (y sobre todo gravitación) en un determinado lugar y momento si en la lucha política concreta no se enfrentan programas de cambio social sino tan sólo grupos afines en términos ideológicos. Y finalmente la díada puede dejar de mencionarse, o puede ser reemplazada por otro dualismo igualmente fértil que ocupe su lugar para intentar dar cuenta de la misma situación de antagonismo que vengo comentando. Pero a partir de esta última situación, que suele ser habitual, lo que desaparece no es la derecha, la izquierda y su arena de batalla integral sino tan

sólo esta expresión topológica universal que empleamos a menudo para referirnos a los idearios de cambio social.

A lo largo del libro me ocupé de analizar diferentes aspectos que atañen al desenvolvimiento de las derechas en América Latina. A diferencia de las versiones de los países dominantes, las derechas regionales están desprovistas de un proyecto de futuro para el campo popular de su sociedad territorial. Esta desconexión respecto del destino del cuerpo nacional es producto de la alienación programática que le imprime su vasallaje. No buscan conquistar el mundo. Las derechas criollas apuestan por una forma de lucro minimalista, cómoda y adaptativa. Prefieren recoger los restos que dejan los grandes negocios de las empresas extranjeras que intentar monopolizar las riquezas nacionales. Ello no quita que las porciones que acaparan puedan resultar sustantivas. Caracterizar a estas fuerzas políticas como fascistas cuando la agenda de cambio social que instrumentan la deciden las élites de las potencias imperiales no parece ser lo más adecuado. La principal novedad que observamos en el siglo XXI es que algunos gobiernos de derecha en América Latina, pese a la

destructividad social de sus políticas, conservan cierto apoyo popular durante su mandato. A los casos recientes de Jair Bolsonaro, Nayib Bukele y Javier Milei, se suman los de Alberto Fujimori y Álvaro Uribe Vélez, entre otros. El ex presidente de Colombia cerró su gobierno de ocho años en 2010 con un 70 por ciento de imagen positiva (Salazar, 2010). Esta situación sociopolítica no abarca a todas las experiencias en la región, pero la tendencia que parece imponerse es la postergación de la deslegitimación popular de las derechas al gobierno. Lo que avanza es un fenómeno de creciente autodestructividad social, sostenido a partir de una *legitimidad popular alienada*. Se trata de una legitimidad alienada porque los sectores populares apoyan a gobiernos que adoptan medidas que atentan contra los intereses económicos plebeyos. Más exactamente, a lo largo de un tiempo llamativamente duradero, el pueblo acompaña gobiernos que lo eligen como su blanco de destrucción principal. A la legitimidad popular alienada de las derechas vasallas, que les aporta un capital político novedoso, se suma el apoyo fervoroso que reciben históricamente de las élites globalizadoras de las potencias mundiales. Estas

élites centrales son cada vez más poderosas, dado el volumen de riquezas y de poder político que concentran. Al acaparar un mayor poder, tienen una mayor capacidad para moldear los regímenes de sumisión de las derechas criollas. Ello significa que pueden imponerles a estas últimas, en mayor medida que en el pasado, sus tiempos y sus formas ideales de apropiación de las riquezas.

La mayor radicalidad de la derecha regional, que incrementa la violencia de su régimen de dominación interna, es producto del menor margen de maniobra que tiene para intentar manejar la política nacional. El empleo permanente de las violencias física y simbólica es una manifestación de debilidad, no de fortaleza. Las élites globales pretenden quedarse con todos los recursos nacionales lo antes posible y no están interesadas en establecer relaciones duraderas y de cuidado con ningún actor político criollo. La derecha latinoamericana no reniega de su servilismo, todo lo contrario, pero busca tener una presencia activa en ese vínculo asimétrico. Su futuro como grupo de poder al servicio de las élites depende de la iniciativa política que demuestre en la baldosa de libertad a disposición,

lo cual remite a su posicionamiento en el juego de poder doméstico. Es un error suponer que no existe una relación social friccionada entre las élites foráneas y las derechas autóctonas. Es por ello que, en parte, sitúo el núcleo del poder de la derecha criolla en su régimen de sumisión –invisibilizado en la teoría crítica– y no en los regímenes de dominación externa. El primero es el que decide la suerte de la derecha. Más exactamente, el modo en que se imbrican los regímenes de sumisión y de dominación interna de un determinado gobierno de derecha regional en una situación dada es el que determina la forma, el contenido y la potencia que adquiere dicha fuerza política. Ahora bien, la radicalización de la derecha latinoamericana no hay que observarla en primera instancia a partir de enfocar un actor político en particular sino el subcampo de la derecha en cada país y en el tablero regional. Es el centro de gravitación del bloque de derecha el que se radicaliza antes que un determinado partido político. Y en la actualidad ello sucede por dos motivos concatenados: (i) porque se acentúa la dependencia de la derecha regional respecto de las élites globalizadoras, dada la mayor concentración de poder de estas

últimas, y (ii) porque crece el apoyo popular a las derechas en la forma ya mencionada de una legitimidad popular alienada. Pero el factor decisivo es el primero. A su vez, son los grandes poderes los que entregan el grueso del dinero para las campañas electorales de los partidos políticos de derecha. Este hecho económico les otorga una ventaja considerable frente a los candidatos de izquierda, porque el piso financiero para garantizar la competitividad de un candidato en cualquiera elección nacional es cada vez más alto. El dinero sella el destino de la política como nunca antes. Y la legitimidad que el pueblo le regala impulsivamente a la derecha se convierte para ésta en un capital político secundario, que sacrifica ante la primera presión ejercida por las élites globalizadoras. Cuando hoy se señala que las derechas políticas radicales o extremas derechas en América Latina están desplazando a las derechas tradicionales, tal como se observa en Argentina, Brasil y Chile, lo que hay que observar en primer lugar son las transformaciones estructurales del bloque de derecha en su integralidad, en tanto bloque de poder vasallo. Y recién luego corresponde

enfocarse en la incidencia más o menos disruptiva de cada uno de los actores allí localizados.

Llegado a este punto aclararé cuál es el núcleo del problema que debemos considerar a la hora de analizar el avance de las derechas en América Latina. Hemos visto que si el flujo de legitimación popular de los gobiernos de derecha regional, proveniente de abajo y de “adentro” de la sociedad territorial, adopta una forma alienada, el flujo de legitimación elitista, activado desde arriba y desde “afuera”, adquiere una forma más esclarecida. Mientras los pueblos están crecientemente extraviados a la hora de defender sus intereses materiales, a las élites les sucede lo contrario: promocionan con mucho cuidado al partido político de derecha que mejor responde a sus intereses en cada momento, lo cual convierte a cada uno de estos actores en una opción descartable. Esta situación tan dispar, en la cual la acción racional y la planificación estratégica les pertenece casi exclusivamente a los actores poderosos del mundo, evidencia que el gran problema a dilucidar es el proceso de formación y expansión de la legitimidad popular alienada. ¿Cómo explicar la persistencia de este apoyo autodestructivo de

los pueblos? Creo que el libro ofrece pistas sólidas para ensayar una primera respuesta. Desde mi punto de vista, la profundización de la sociedad de consumo tardío, traccionada por una cultura de consumo de realización (CCR), junto con el uso masivo de las tecnologías del Yo, son los dos hechos centrales que están alienando la débil cultura política del campo popular. En el libro analicé el modo en que la CCR mercantiliza la subjetividad de los individuos de todos los estratos de clase, mientras que el uso intensivo de las tecnologías del Yo acentúa la individualización de esas mismas subjetividades colonizadas. El impulso de identificación ascendente de los individuos, que consolida las culturas de estrato de clase en cada esfera nacional, empuja a la enorme mayoría de la sociedad a desear con fruición el mundo de vida que exhiben los ricos y famosos (“influencers”).

La principal utopía colectiva que se expande por el mundo hoy, enamorando a los individuos de todo estrato y procedencia, es la que invita a conquistar la cima de la sociedad de consumo. No es el anhelo de todo individuo, claro está, pero sí el que tracciona con el deseo de las mayorías sociales en el planeta. Y los dispositivos

que hoy procesan, comunican y magnifican este horizonte de expectativas son las tecnologías del Yo. La promesa central que orienta el uso masivo de la telefonía celular y de las redes sociales en la sociedad de consumo tardío es la realización del individuo mercantilizado como sujeto inmensamente feliz. Ello está produciendo el crecimiento geométrico de la frustración de las mayorías sociales conectadas. Los individuos del campo popular que se identifican con las políticas de la derecha lo hacen porque no desean ser lo que son, sino más bien lo que representan aquellos otros a quienes consideran superiores por su poder de consumo. El laburante sueña con ingresar al mundo del vecino rico, pero sobre todo a la comunidad de las élites, que es el espacio de pertenencia que acapara el reconocimiento y la estima de la sociedad. Nada más encantador que ser deseado por las enormes mayorías. Y una multitud de individuos comparten los valores que promueve la derecha porque remiten a un proyecto de plena realización capitalista para unos pocos individuos diferentes. ¿Por qué no podría ser yo uno de ellos? Los individuos de los estratos medios suelen adherir a los valores y a las políticas de

la derecha, aunque para ello tengan que negar su propia existencia social como individuos del campo popular, y por lo tanto como víctimas directas de la derecha. No se trata de una operación psicológica tan rebuscada. A decir verdad, es un mecanismo habitual que se pone en marcha todos los días cuando la gente decide sostener como anhelo la posibilidad de realizarse en la sociedad de consumo tardío. Si apoyan a un gobierno de derecha que los oprime es porque el deseo es más fuerte que la realidad y porque les garantiza a los sectores medios el hundimiento de los estratos más bajos de la sociedad. Juan Grabois, siguiendo a Raúl Scalabrini Ortiz, nombra a este mundo postergado “el subsuelo de la patria” (Grabois, 2022). Caer en el bajo fondo de la pobreza acentuada y de la indigencia es la peor de las pesadillas para los estratos medios de los países de América Latina y del conjunto de la sociedad mundial.

El cuadro que acabo de esbozar es real antes que pesimista. Lo peor que puede pasarles a las izquierdas es tener un diagnóstico equivocado sobre las sociedades que desean transformar. ¿Qué hacer entonces? Lo primero es tener en claro una cuestión elemental. Todo programa de

transformación estructural duradera, con capacidad para arraigarse en las sociedades históricas, necesita asentarse hoy sobre dos procesos de base: la desmercantilización y la recolectivización social. No se podrá expandir ni sostener en el tiempo un proyecto de igualación y de justicia social si no se consigue desarticular el denso núcleo que actualmente entrelaza la mercantilización social, concretizada como una sociedad de consumo tardío traccionada por una CCR, y la individualización social, magnificada por la proliferación de las tecnologías del Yo. No se trata de un núcleo cualquiera, sino del que hoy define a mi entender la dinámica de socialización interna de los países latinoamericanos. El enorme obstáculo al que nos enfrentamos aquí es que tanto la mercantilización como la individualización no sólo están en plena expansión desde hace décadas, sino que su expansividad se viene acelerando. En ningún lugar de nuestra región hay contradicciones ni oposiciones sociales a la vista con la envergadura suficiente como para subvertir estos procesos de hondo calado. Como señalo en la tesis IV, el avance de las derechas es a la vez producto y productor de este núcleo en crecimiento. Ellas son la

expresión política más auténtica y acabada del proceso de evolución social capitalista que vengo indicando.

Visto desde las izquierdas, desde principios del siglo XXI se arrastran dos problemas centrales en América Latina. El primero es que los gobiernos con estas banderas acentúan la mercantilización social de cada esfera nacional a partir de un proceso de integración popular acrítica en el mercado. Y el segundo es que las izquierdas no reconocen como un problema decisivo la expansión de la infraestructura tecnológica que excita el proceso de individualización social. Ahora bien, si crece la cultura y la ideología del individuo, la base social de la izquierda retrocede. Y si aquella se ensancha a partir de una subjetividad que apunta a su máxima realización como consumidora, la izquierda pierde por partida doble. La idea de una libertad individual ilimitada por el poder de consumo, de convertirse en el anhelo rector del campo popular, conllevaría el fin de toda existencia comunitaria en un futuro próximo. El escritor griego Theodor Kallifatides lo expresa en clave durkheimniana: “Toda sociedad necesita tener sus límites, que la caracterizan tanto como sus libertades. La gran

utopía de nuestro tiempo es que la libertad es más valiosa que sus límites. Es como si en un coche valoráramos más el acelerador que los frenos” (Kallifatides, 2023, p. 58). No siempre resulta sencillo culpabilizar a los individuos de su individualismo y de su desafección respecto del prójimo si las reglas de funcionamiento de sociedad y de la cultura recompensan con generosidad ese tipo de comportamiento, a la vez que sancionan las prácticas de solidaridad social, e incluso aquellas más modestas de naturaleza interpersonal.

En resumidas cuentas, ¿por qué resulta prioritario retraer los procesos de mercantilización social capitalista y de individuación social? La respuesta inmediata ya se la imaginan: para frenar el avance de las derechas. Si ambos procesos continúan progresando, las derechas políticas serán imbatibles. Y lo serán porque cuando las izquierdas ganen futuras elecciones, de seguir con los mismos programas de cambio social, las fuentes de su propia destrucción serán mas gravitantes que en el presente. Aquí no estoy criticando las políticas de los gobiernos de izquierdas en América Latina sino simplemente señalando un efecto no deseado que resulta

determinante de su propio devenir como fuerza política junto con el de sus sociedades territoriales. No se trata de una crítica porque *hoy* toda política económica de izquierda necesita ser capitalista –digámoslo de una vez– y apostar por el dificultoso desarrollo de una matriz industrial. Si el gobierno representa cabalmente a su pueblo debe hacerlo porque está obligado a generar riquezas y empleos dignos que permitan combatir los problemas sociales más urgentes. Ahora bien, si la derecha regional pierde las elecciones porque no gobierna para su población, la izquierda lo hace porque termina consolidando aquello que la derecha representa mejor como horizonte de expectativas. Y entre una rotación y otra, de la derecha a la izquierda y viceversa, los que van ganando la pulseada por el futuro de las sociedades son las fuerzas de derecha. Y van triunfando, como decía, porque son la expresión más acabada de una sociedad de consumo tardío que se viene profundizando con cada gobierno, sea de izquierda o de derecha, desde la década del 80 del siglo XX. Con los gobiernos de izquierdas exitosos se expande la base material de las sociedades latinoamericanas, porque logran fortalecer el mercado

interno y su dinámica centrípeta, mientras que con la derecha se refuerza la dimensión cultural de aquellas, al mismo tiempo que se profundizan las desigualdades al interior de la sociedad y entre ellas. Hasta aquí llega mi contestación más inmediata a la pregunta que formulé arriba.

La respuesta esencial, en cambio, debe explicitarse del siguiente modo: o desde la izquierda se consigue retraer la mercantilización capitalista de las sociedades y sus procesos de individualización creciente, o tenemos que prepararnos para presenciar en un futuro no tan lejano el fin de las culturas políticas basadas en valores colectivos, ya sea el de la igualdad, el de la justicia social o el de libertad nacional. Ello implicaría el fin de toda oposición a la cultura vasalla de la derecha y de las élites criollas, lo cual dejaría a América Latina en el umbral de una aculturación popular quizás definitiva. Se trataría del peor de los mundos posibles porque liquidaría todos los gérmenes e impulsos que desde hace dos siglos vienen propiciando la reemergencia de una modernidad contestataria en la región. Una vez desaparecidas las aspiraciones de soberanía nacional de los países de América Latina y el Caribe, el paso siguiente

podría ser sus absorciones por cualquier potencia. Algo similar a lo que ocurrió con República Dominicana en 1861, cuando el presidente de esta isla caribeña independizada de España en 1844, reclamó y consiguió su reanexión por el Imperio español. La diferencia con esta pequeña experiencia del siglo XIX es que, de realizarse pronto esta distopía en la región, estaríamos presenciando una regresión de más de dos siglos, cualitativamente más negativa que aquella por la ausencia de dinámicas de colectivización social. La necesidad de recuperar una moral colectiva centrada en los valores mencionados, en condiciones de reglamentar las conductas entre individuos y entre países, implica asumir que junto con los derechos también existen los deberes. Y este último principio, el de la obligación moral, está en crisis en nuestra región y en la sociedad mundial como un todo. Como señaló el Papa Francisco, estamos experimentando una “atrofia moral” (2021). Si actualmente se profundiza el deterioro de los vínculos de proximidad en las sociedades locales, ya se imaginarán el estado humano que atraviesa la llamada “cooperación internacional”. La multiplicación de las guerras y los genocidios en el

planeta por estos tiempos no sólo se explica por los intereses económicos, los cálculos geopolíticos y la reacción occidental al ascenso de China y el bloque del Asia-Pacífico. O, mejor dicho, no termina de explicarse sin tomar en cuenta el relajamiento moral creciente que invade el comportamiento social mundial.

El advenimiento de la sociedad mundial poscolonial, que hoy alberga a las diferentes sociedades de consumo en los cinco continentes, disparó setenta años atrás una subversión inédita de los valores colectivos de la modernidad europea. Ese trastocamiento mundial mayúsculo liberó las energías históricas para alimentar las corrientes de emancipación nacional en América Latina a partir de la segunda mitad del siglo XX. A grandes rasgos, hasta la década del 80 de siglo XX, las ideologías colectivas consiguieron traccionar con las culturas políticas de las sociedades latinoamericanas, incluso con sus culturas sociales (algo más extendidas). A partir de la década del 90 la situación cambió: la ideologización colectivista del entramado cultural comenzó a erosionarse al ritmo que se expandían y profundizaban las sociedades de consumo tardío. El último ciclo de izquierdas

en América Latina (2003-2015) no solo no revirtió este proceso, sino que lo acentuó. Arribamos así a la tercera década del siglo XXI sin haber resuelto una contradicción monumental: si la mercantilización capitalista integradora es imprescindible para garantizar la vida de los campos populares –el desarrollo económico con inclusión social–, su avance termina erosionando las bases que permiten la edificación de una sociedad basada en valores colectivos. Y lo hace porque consolida una sociedad de consumo tardío traccionada por una CCR. Si se continúa degradando hacia el futuro la acción colectiva orientada por valores como los de la igualdad y la justicia social, los gobiernos de izquierdas venideros serán testigos de cómo los efectos de la integración mercantil que promueven bajo una ideología colectivista desplazarán de forma creciente ese mismo ideario izquierdista en el seno de sus bases sociales de apoyo. Luego de un balance del ciclo mencionado, es factible concluir que la igualdad social que deseaban para sí las mayorías oprimidas en la región era, mayoritariamente, una igualdad para ingresar en el circuito del consumo capitalista de realización y no para propulsar una futura

sociedad igualitaria. Las frustraciones que experimentan los sectores populares parecen asociarse en primera instancia con la imposibilidad de consumir aquellos bienes y servicios dadores de *status*. El ciclo de izquierdas ya concluido, al promover un proceso de integración social centrado en la expansión del consumo capitalista, no consiguió restituir la cultura política anti-imperialista que aniquilaron las dictaduras militares de las décadas del 60 y del 70 del siglo XX. ¿Acaso hubo falta de voluntad política? Probablemente no. Pero sin ese ingrediente, que define la identidad de los actuales líderes de izquierdas latinoamericanos, no habrá en el futuro ningún tipo de acompañamiento a los gobiernos populares. Puesto en otros términos: los gobiernos de izquierdas no lograron socializar la llamada “conciencia nacional”. Los nuevos derechos conquistados no siempre tuvieron su correlato en la conciencia respecto de su valor y de la necesidad de prepararse para defenderlos en el futuro. Las mejoras más bien se naturalizaron y los individuos en proceso de ascenso social optaron una vez más por desconocer la deuda que habían contraído con los gobiernos populares, y por anteponer el deseo de seguir

trepando por la escalera del poder adquisitivo a la necesidad de conservar las condiciones de vida alcanzadas hasta ese momento. En cualquier caso, sería un error circunscribir el abordaje de esta situación problemática a una crítica a los gobiernos de izquierda de la llamada “década ganada”, culpándolos así de todos los males no erradicados en la región durante esos años. La tesis IV deja en claro que hoy las culturas políticas se edifican y se enfrentan entre sí sobre la base de una cultura capitalista única, profunda y consolidada, y que la gravitación de este sustrato mercantil reduce el margen para la politización colectivista de los campos populares en América Latina, disminuyendo con ello el poder de conducción de cualquier gobierno de izquierda. Este supuesto de la superposición de culturas es un elemento novedoso que exige revisar las interpretaciones del ciclo que germinó con el primer triunfo de Hugo Chávez.

En resumidas cuentas, propiciar un proceso de cambio estructural en una dirección igualitaria, que consolide la justicia social, exige desandar los caminos de la mercantilización capitalista y la individualización social. Este salto transformador tiene que efectuarse hacia adelante y

no hacia atrás, y su instrumentación no puede centrarse en una táctica coercitiva, por más iluminadas que resulten las intuiciones jacobinas que afloren. La batería de acciones que promuevan la desmercantilización y la recolectivización social tiene que producir más temprano que tarde un bienestar palpable para la mayoría de los individuos. La certeza que encierra este curso de acción está muy lejos de señalar un camino concreto para una política de izquierda. Algo similar ocurre con las alternativas que buscan complementar el desarrollo económico nacional con la imprescindible conservación del medio ambiente. Los sistemas capitalistas y los sistemas naturales se oponen en sus modos típicos de reproducción, pese a que a veces se exagera la incompatibilidad entre ambos. Lo primero que hay que considerar es que los dos procesos mencionados arriba tienen una densidad estructural diferente. La mercantilización capitalista es más profunda que el proceso de individualización social. En el pasado, la primera generó dinámicas nítidas de colectivización en los sistemas industriales (Marx, 1867). Es más profunda porque los sistemas capitalistas desde el siglo XIX se conforman a partir de tres capas

estructurales: la de la lógica de maximización del beneficio y las formas de propiedad, la de la posición estructural en el sistema mundial y la de la matriz nacional (Torres, 2024). El proceso de individualización, en cambio, se ancla en la capa más superficial de los sistemas capitalistas del centro y de la periferia, correspondiente a las matrices nacionales. Y las matrices específicas que impulsan el proceso de individualización social son las de los capitalismoes industriales e informacionales, localizados en el centro del sistema mundial. Desde allí se vuelcan sobre los capitalismoes periféricos de América Latina. Se difunden desde esos sistemas capitalistas y no desde otros porque es allí donde se producen las tecnologías del Yo que luego emplea con avidez la sociedad mundial en su conjunto, comenzando por las juventudes de los países menos desarrollados. Son estas últimas las que batan todos los récords de tiempo de exposición a las redes sociales, y también son los sectores juveniles crecientemente abducidos por las tecnologías del Yo la principal base de apoyo electoral de los gobiernos de derecha en América Latina.

En lo inmediato, revertir el proceso de individualización social implica regular el uso de

las tecnologías del Yo y los contenidos que allí circulan. También demanda la prohibición de su empleo en los ámbitos más sensibles. El paso siguiente consiste en producir tecnologías del Nosotros que desplacen en las preferencias de uso a las tecnologías del Yo. Esto es, fabricar TIC's colectivizantes que incrementen la proximidad entre los individuos en vez de su distanciamiento, y que instalen reglas de interacción que reduzcan la competencia interpersonal e inciten a la cooperación social. Aquí se corrobora el axioma de Marshall McLuhan: "el medio es el mensaje" (McLuhan, 1985). Para poder desatar esta revolución tecnológica el Estado resulta fundamental. Sólo los gobiernos de izquierda pueden enfrentar en un primer momento a las gigasempresas privadas que lucran con las tecnologías del Yo y con las crecientes adicciones de las sociedades hiperconectadas. El intento de colectivizar el uso de los artefactos no es nuevo: las bicicletas de dos y tres asientos, que quedaron en el olvido, se fabricaron con el propósito de combatir el individualismo. Pero las inversiones en investigación y desarrollo (I+D) que hacen falta para edificar una alternativa hasta hoy desconocida a las tecnologías del Yo son inmensas

y sólo las arcas de los Estados pueden llegar a solventarlas. Los procesos de mercantilización cultural no se debilitarán si no se minimizan los impulsos de individualización, y esto último no ocurrirá si no se descentran a las tecnologías del Yo como el teléfono celular y las redes sociales.

Respecto de la mercantilización social, resulta imprescindible desincronizar al máximo nivel posible la dimensión material de la dimensión simbólica del consumo, para así poder generar gérmenes e impulsos contraculturales desde las entrañas de una formación capitalista periférica que necesita transitar –en el corto y mediano plazo– por un sendero industrializador expansivo y fuertemente distributivo. En América Latina, desde la década del 40 del siglo XX, la izquierda autóctona viene trabajando con muchas dificultades para dejar atrás los capitalismo de commodities que mantienen hundidos a los campos populares de la región desde el siglo XIX. El bienestar material de nuestros pueblos depende de la transformación de la matriz de los capitalismos de la región, para así poder socializar la riqueza antes que la pobreza. Cualquier proyecto político de izquierdas que desde el derrumbe de la URSS en 1991 desconozca este

hecho, definitivamente no está anclado en la realidad continental. Ahora bien, hasta hoy los capitalismos industriales o semi-industriales no avanzaron sin la proliferación de una cultura del consumo capitalista lubricada por una industria publicitaria basada en el engaño que fue privatizando el deseo de las masas. Y esa cultura mercantilizada tiende a descomponer el núcleo vital del universo simbólico de las izquierdas. Lo que necesitamos es mejorar la vida material de los campos populares, al mismo tiempo que hacer germinar una cultura política popular que niegue el consumismo sin destrozar la salud de la economía nacional, y que además encuentre en esa negación decisiva el punto de arranque para una nueva experiencia de solidaridad colectiva y de reafirmación nacional. Esta última vivencia sólo conseguirá expandirse si resulta atractiva para las mayorías sociales. Dicho de otra manera, tenemos que sentar las bases para desatar una nueva contradicción estructural que permita trascender los sistemas capitalistas. Las contradicciones sociales no están predeterminadas por ningún sistema opresivo. Y para intentar ensanchar la brecha entre la economía y la cultura de consumo capitalistas, generando

disonancias sociales conscientes de la complejidad de la situación, hace falta un proyecto pedagógico realmente innovador, implementado a gran escala y suficientemente financiado. Y aquí de nuevo el Estado deviene en el actor central. El aparato estatal se convierte en el dispositivo revolucionario por excelencia porque es el único que puede desplegar un programa educativo anticonsumista a nivel nacional, ofreciendo los recursos materiales y preparando los recursos humanos para activar esta empresa. La educación es una de las “funciones de desarrollo” del Estado que señalé en el libro. Aquí no me refiero a un Estado capturado por las élites sino por el pueblo, articulado a las organizaciones y los movimientos contraculturales del campo popular. Si Gramsci abogaba por la construcción del Estado obrero en la Europa de la primera mitad del siglo XX hoy debemos edificar un nuevo Estado nacional y popular en América Latina. Y la gesta pedagógica mencionada solo avanzará si los procesos de individualización social y las tecnologías del Yo son relegados a un segundo plano. La realización exitosa de esta revolución educativa también depende de una reforma estructural del sistema de medios de comunicación, que

desplace la conducción del ecosistema mediático desde las grandes empresas privadas hacia el Estado y el llamado “sector comunitario”. Me refiero al advenimiento de un sistema de comunicación social que reduzca el poder que actualmente detentan las grandes empresas privadas para definir los temas de conversación pública e imponer su relato. Las sociedades más igualitarias que hemos conocido en el siglo XX, comenzando por la Suecia de Olof Palme, contaron con un subsistema vigoroso de medios públicos de comunicación no determinado por la maximización de las ganancias sino por un principio de servicio público. Insisto una vez más en que no estoy proponiendo un programa concreto de acción. Más bien estoy señalando cuáles son los procesos rectores en América Latina que las izquierdas del siglo XXI no pueden obviar si pretenden sobrevivir como alternativas de cambio social, y luego cuál es el artefacto político que debe prevalecer y que resulta imprescindible reconstruir a la hora de emprender tamaño esfuerzo de emancipación social, nacional y popular.

Llegado a este punto sospecho que se aclararon las principales diferencias existentes entre la izquierda latinoamericana, la derecha regional

y la extrema izquierda. De las tres, la única que considera que el Estado debe conducir el programa de cambio estructural es la primera. Las derechas criollas son antiestatales desde el siglo XX. La reafirmación de su régimen de sumisión demanda la aniquilación de las “funciones de desarrollo” estatal analizadas en la tesis VI. La obsesión de la derecha latinoamericana con la destrucción de las funciones estratégicas del Estado, comenzando por el desarrollo científico, es parte del mandato que reciben de las potencias industriales desde mediados del siglo XX. Estas últimas no desean alimentar competidores que en el futuro puedan arrebatárles su posición de privilegio. Y luego las izquierdas extremas, que solo son influyentes en la academia, también son abiertamente antiestatales. Ellas tienen por delante la tarea de recapacitar. Solo un proceso de desmercantilización y recolectivización social traccionado por un Estado popular puede dar lugar a una nueva cultura política que permita superar la modernidad vasalla en América Latina.⁸ Y sin poder trascender la cultura del va-

8 Para un desarrollo del concepto de “modernidad vasalla”, ver Torres, 2024.

sallaje regional, que desde principios del siglo XIX tiene a las derechas como sus promotoras centrales, y que a partir de la década del 80 del siglo XX se actualiza en una sociedad de consumo tardío, no habrá posibilidades objetivas de desafiar el sistema de poder que hoy está explotando y descartando a nuestros pueblos con una violencia bestial. Es hora de idear programas que permitan desmercantilizar y recolectivizar a las sociedades del continente, y así poder encender con fuerza renovada el fuego emancipador de la Patria Grande. ¡No son tiempos de moderación, sino de coraje político!

Bibliografía

- Applebaum, Anne (2021). *El ocaso de la democracia y la seducción del autoritarismo*. NY: Editorial Debate.
- Arceo, Enrique y Basualdo, Eduardo (2006). Los cambios en los sectores dominantes en América Latina bajo el neoliberalismo. En Enrique Arceo y Eduardo Basualdo (eds.), *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales* (pp. 23-46). Buenos Aires: CLACSO.
- Arendt, Hannah (1963). *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza.
- Aron, Raymond (2018). *El opio de los intelectuales*. Barcelona: Página Indómita.
- Bagú, Sergio (1949). *Economía de la sociedad colonial*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Bagú, Sergio (1952). *Estructura social de la colonia. Ensayo de historia comparada de América Latina*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Balibar, Etienne (2024). Geometrías del imperialismo en el siglo XXI. Edward Said Memorial Lecture 2024, American University, El Cairo, 2 de noviembre de 2024. <https://www.diario-red.com/articulo/armas-para-pensar/geometrias-imperialismo-siglo-xxi/20250101225503040584.html>

- Basualdo, Eduardo (2006). *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Basualdo, Eduardo y Arceo, Enrique (2006). *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*. Buenos Aires: CLACSO.
- Baudrillard, Jean (1970). *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Zygmunt (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Zygmunt (2005). *La vida líquida*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Zygmunt (2007). *Vida de consumo*. México: FCE.
- Belk, Russell (2004). The human consequence of consumer culture. En Karin Ekstrom y Helen Brembeck (eds.), *Elusive consumption* (pp. 67-87). New York: Routledge.
- Belloni, Paula y Wainer, Andrés (2014). El rol del capital extranjero y su inserción en la América del Sur posneoliberal. *Problemas del Desarrollo*, 45(177), April-June, 87-112. [https://doi.org/10.1016/S0301-7036\(14\)70864-8](https://doi.org/10.1016/S0301-7036(14)70864-8)
- Cadahia, Luciana (2025). *La derecha colombiana como laboratorio posdemocrático regional*. En Esteban Torres y Pablo Vommaro, *Las derechas en*

América del Sur. Transformaciones contemporáneas.
México DF: COLMEX.

- Calcagno, Alfredo y Calcagno, Eric (1999). *La deuda externa explicada a todos*. Buenos Aires: Catálogo.
- Calloni, Stella (1999). *Los años del lobo. Operación Cóndor*. Buenos Aires: Continente.
- Cardoso, Fernando; Faletto, Enzo (1977). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castells, Manuel (1996). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 1. La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Chomsky, Noam (2016). *¿Quién domina el mundo?* Madrid: Ediciones B.
- Collotti, Enzo (1989). *Fascismo, fascismi*. Florencia: Sansoni.
- Cortés, Alexis (2022). *Chile fin del mito. Estallido, pandemia y ruptura constituyente*. Santiago de Chile: RIL.
- De Bragança, Aquino y Wallerstein, Immanuel (1982). *The African Liberation Reader: The national liberation movements*. London: Zed Press.
- Durand, Anahí (2025). De Fujimori a Boluarte: Derecha, neoliberalismo y democracia en Perú. En Esteban Torres y Pablo Vommaro, *Las derechas en América del Sur. Transformaciones contemporáneas*. México DF: COLMEX.

- Elias, Norbert (2011) [1977]. *El proceso de la civilización*. México DF: FCE.
- Emerson, Rupert (1960). *From Empire to Nation. The Rise of Self Assertion of Asian and African People*. Cambridge: Harvard University Press.
- Fanon, Franz (1963). *Los condenados de la tierra*. México DF: FCE.
- Fernández de Kirchner, Cristina (2019). *Una política exterior soberana*. Buenos Aires: Colihue.
- Finchelstein, Federico (2010). *Transatlantic Fascism. Ideology, Violence, and the Sacred in Argentina and Italy, 1919-1945*. Durham: Duke University Press.
- Finchelstein, Federico (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Madrid: Taurus.
- Forti, Steven (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI.
- Forti, Steven (2024). *Democracias en extinción*. Madrid: Akal.
- Fromm, Erich (1941). *Escape from Freedom*. New York: Farrar & Rinehart.
- Fukuyama, Francis (1992). *The End of History and the Last Man*. New York: Free Press.
- Furtado, Celso (1971). *Development and underdevelopment*. Berkeley: University of California Press.

- G77+CHINA (2014). Declaración de Santa Cruz. <https://www.iade.org.ar/noticias/g77-documento-final>
- Galasso, Norberto (2011). *América Latina: Unidos o dominados*. Buenos Aires: Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche.
- García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- García Linera, Álvaro (2024). *La democracia como agravio*. Buenos Aires: CLACSO.
- González Casanova, Pablo (2006). *Sociología de la explotación*. Buenos Aires: CLACSO.
- Grabois, Juan (2002). *Los peores. Vagos, chorros, okupas y violentos. Alegatos del humanismo cascodeado*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gutiérrez Sanín, F. (2007). *Lo que el viento se llevó: Los partidos políticos y la democracia en Colombia (1958-2002)*. Bogotá: Norma.
- Held, David (1997). *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*. Barcelona: Paidós.
- Hobsbawm, Eric (2002). *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*. NY: Warner Books.

- Huntington, Samuel (2015). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Huxley, Aldous (2013). *Un mundo feliz*. Madrid: Cátedra.
- Jansen, Jan y Osterhammel, Jürgen (2017). *Decolonization: A Short History*. Princeton University Press.
- Kallifatides, Theodor (2023). *Un nuevo país al otro lado de mi ventana*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Kirchheimer, Otto (1941). The legal order of National Socialism. *Studies in Philosophy and Social Science*, 9, 456-75.
- La Boétie, Étienne de (2020). *La servidumbre voluntaria*. Barcelona: Página Indómita.
- Laje, Agustín (2022). *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha*. México DF: HarperCollins.
- Laje, Agustín (2024). *Globalismo. Ingeniería social y control total en el siglo XXI*. México DF: HarperCollins.
- Lastarria, José Victorino (1905) [1850]. *Obras completas de don J.V. Lastarria. Vol.1. Estudios Políticos y Constitucionales*. Santiago de Chile: Imprenta Barcelona.
- Lechner, Norbert (2002). De la cultura del trabajo a la cultura del consumo. En Norbert Lechner, *Obras completas IV* (pp. 293-297). México: FCE.

- Lee, Stephen y Shuter, Paul (1996). *Weimar and Nazi Germany*. London: Heinemann.
- Lipovetsky, Gilles (2004). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, Gilles (2006). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.
- Love, Joseph (1980). Raúl Prebisch and the Origins of the Doctrine of Unequal Exchange. *Latin American Research Review*, 15(3), 45-72.
- Machover, Moshé (2015). Colonialism and the natives. *Weekly & Workers*, 17 de diciembre. <https://weeklyworker.co.uk/worker/1087/colonialism-and-the-natives/>
- Maihold, Günther (2007). La transnacionalización de las élites en las Américas. El ascenso de los tecnócratas en Chile y México. En P Birl, W Hofmeister, G Maihold y B Potthast (eds.), *Elites en América Latina*. Madrid-Berlín: Iberoamericana-Vervuert, 169-196.
- Marcuse, Herbert (1968). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona, Seix Barral.
- Marczak, Jason; Bozmoski, María Fernanda; Kroenig, Matthew (2024). *Redefining US strategy*

with Latin America and the Caribbean for a New Era.
Washington: Atlantic Council.

- Marini, Ruy Mauro (1991). *Dialéctica de la dependencia*. México DF: Era.
- Marx, Karl (1867). *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Buch 1. Der Produktionsprozess des Kapitals*. Hamburg: Otto Meissner. [En castellano: Marx, K. (1995). *El capital*. Tomo 1. México: FCE.]
- McLuhan, Marshall (1985). *La galaxia Gutemberg*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.
- Merino, Gabriel (2025). Estados Unidos-China-América Latina: Transición geopolítica y Guerra Mundial Híbrida. En G. Merino y L. Morgenfeld (coords.), *Nuestra América, Estados Unidos y China: transición geopolítica del sistema mundial* (pp. 25-61). Buenos Aires: CLACSO; La Plata: Batalla de Ideas.
- Monedero, Juan Carlos (2025). Cisnes negros en el fin de la historia: hipótesis sobre la derecha venezolana y la crisis del neoliberalismo. En Esteban Torres y Pablo Vommaro, *Las derechas en América del Sur. Transformaciones contemporáneas*. México DF: COLMEX.
- Mudde, Cas (2007). *Populist radical rights parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mudde, Cas (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós.

- Munck, Thomas (1994). *La Europa del siglo XVII, 1598-1700. Estados, conflictos y orden social en Europa*. Madrid: Akal.
- Naciones Unidas (1972). Comisión de Derechos Humanos: resolución 2002/72 sobre la promoción de un orden internacional democrático y equitativo, E/CN.4/RES/2002172. <https://www.ohchr.org/es/documents/thematic-reports/a78262-promotion-democratic-and-equitable-international-order>
- Neumann, Franz (1943). *Behemoth: La estructura y la práctica del Nacional Socialismo, 1933 - 1944*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Nieuwenhuijze, Christoffel (1988). Cultura y desarrollo: falsos dilemas y cuestiones prácticas. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, XL(4), 539-550.
- Nye, Joseph (2011). *The Future of Power*. New York: Public Affairs.
- Overy, Richard (1994). *War and Economy in the Third Reich*. Oxford: Clarendon Press.
- Overy, Richard (2009). *Atlas histórico del siglo XX*. Madrid: Akal.
- OXFAM (2024a). *Multilateralism in an era of Global Oligarchy. How Extreme Inequality Undermines International Cooperation*. <https://www.oxfam.org/en/research/multilateralism-era-global-oligarchy>

- OXFAM (2024b). *Desigualdad S.A. El poder empresarial y la fractura global: la urgencia de una acción pública transformadora*. UK: Oxfam internacional. <https://lac.oxfam.org/wp-content/uploads/2025/02/Davos-2024-Informe.pdf>
- OXFAM (2025). *El saqueo continúa. Pobreza y desigualdad extrema, la herencia del colonialismo*. UK: Oxfam internacional. <https://cdn2.hubspot.net/hubfs/426027/Oxfam-Website/oi-informes/informe-davos-2025-saqueo-continua-desigualdad-extrema.pdf>
- Papa Francisco (2021). *Tierra, techo y trabajo*. Madrid: Altamarea.
- Papcke, Sven (2001). *Gesellschaft der Eliten. Zur Reproduktion und Problematik sozialer Distanz*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Perkins, John (2004). *Confessions of an Economic Hit Man*. San Francisco: Berrett-Koehler.
- Petro, Gustavo (2024). Intervención ante la 79ª Asamblea General de la ONU. Nueva York, Estados Unidos, 24 de septiembre de 2024. <https://www.youtube.com/watch?v=kTuwa-0a8aw>
- Pinochet, Augusto (1973). Primer discurso como presidente de la Junta de Gobierno, 11 de octubre. <https://www.youtube.com/watch?v=LDzgBTUG7ws>

- Pollock, Friedrich (1941). State Capitalism: Its Possibilities and Limitations. *Studies in Philosophy and Social Science*, 9, 200-225.
- Prashad, Vijay (2025). "Hacer gritar la economía" de Venezuela. *The Tricontinental*, 1 de mayo. <https://thetricontinental.org/es/newsletterissue/boletin-eeuu-sanciones-venezuela-chile/>
- Prebisch, Raúl (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: FCE.
- Ramírez, René y Guijarro, Juan (2025). Pueblo contra pueblo: estado de guerra interna, polarización cultural y muerte de la democracia en Ecuador. En Esteban Torres y Pablo Vommaro, *Las derechas en América del Sur. Transformaciones contemporáneas*. México DF: COLMEX.
- Ramos, Jorge Abelardo (1975). *Historia de la Nación Latinoamericana*, 2 tomos. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Rapoport, Mario (2000). *Historia económica, política y social de la Argentina*. Buenos Aires: Machi.
- Ribeiro, Darcy (1971). *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*. México: Siglo XXI.
- Ribeiro, Darcy (1988). *Las Américas y la civilización: proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

- Rousseau, Jean-Jacques (2003). *El contrato social*. Madrid: Alianza.
- Rovelli, Horacio (2020). Un combate desigual. Por qué es imprescindible auditar la deuda cuyo pago se está renegociando. *El cohete a la luna*, 12 de julio. <https://www.elcohetéalaluna.com/un-combate-desigual/>
- Roy, Diana (2025). China's Growing Influence in Latin America. *Council on Foreign Relations*, 10 de enero. <https://www.cfr.org/backgrounder/china-influence-latin-america-argentina-brazil-venezuela-security-energy-bri>
- Ruiz, Carlos (2020). *Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*. Santiago de Chile: Taurus.
- Said, Edward (1993). *Culture and Imperialism*. Toronto: Penguin Random House.
- Salazar, Hernando (2010). Colombia: ¿más Uribe que uribismo? *BBC Mundo*, 23 de junio. https://www.bbc.com/mundo/america-latina/2010/05/100525_1034_uribe_uribismo_elecciones_cr
- Samper, José María (1969) [1861]. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Sanahuja, José Antonio y López Burian, Camilo (2020b). Las derechas neopatriotas en América Latina: contestación al Orden Liberal Internacional. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 126, 41-64.
- Sanahuja, José Antonio y Pablo Stefanoni (2023). *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*. Madrid: Fundación Carolina.
- Santa Cruz, Hernán (2024). *Cooperar o perecer: el dilema de la comunidad mundial. Tomos I, II y III*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Schmidt, Peer (2012). La paz de Westfalia. En Feliciano Novoa Portela y F. Javier Villalba Ruiz de Toledo (eds), *Historia de Europa a través de sus documentos*. Barcelona: Lunwerg.
- Skidmore, Th. (1988). *The politics of military rule in Brazil 1964-85*. Oxford University Press.
- Springer, Simon; Birch, Kean y MacLeavy, Julie (2019). *The Handbook of Neoliberalism*. New York: Routledge.
- Stavenhagen, Rodolfo (1981). *Sociología y subdesarrollo*. México: Nuestro Tiempo.
- Stefanoni, Pablo (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Sztompka, Piotr (2002). *Sociología del cambio social*. Madrid: Alianza.
- Teitelbaum, Benjamin. (2020). *War for Eternity. The rise of the far right and the return of Traditionalism*. Nueva York: Allen Lane.
- The Macbride Commission (1980). *Many Voices, One World. Towards a New, More Just and More Efficient World Information and Communication Order*. London: Rowman & Littlefield Publishers.
- Therborn, Göran (2007). After Dialectics. *New Left Review*, 43, Jan/Feb, <https://newleftreview.org/issues/ii43/articles/goran-therborn-after-dialectics>
- Tilly, Charles (1990). *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990*. Oxford: Basil Blackwell.
- Torres, Esteban (2020a). El nuevo estado protector y la legitimidad de excepción: una aproximación mundial. *Astrolabio. Nueva Época*, 25, 65-97. <https://doi.org/10.15665/encuent.v18i3.2331>
- Torres, Esteban (2020b). Hacia una nueva teoría del cambio social en américa latina: esquemas y elementos preliminares. En Esteban Torres (ed.), *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (pp. 23-55). Buenos Aires: CLACSO.
- Torres, Esteban (2021a). *La gran transformación de la sociología*. Córdoba-Buenos Aires: FCS-CLACSO.

- Torres, Esteban (2021b). World Paradigm. A proposal for Sociology. *Global Dialogue*, 11(1). <https://globaldialogue.isa-sociology.org/articles/the-world-paradigm-a-new-proposal-for-sociology>
- Torres, Esteban (2022a). Las explosiones sociales en América Latina: del orden neoliberal al mundo pos Covid-19. En Esteban Torres y Guilherme Leite Gonçalves, *Hacia una nueva sociología del capitalismo* (pp. 285-324). Buenos Aires-Jena: CLACSO-Friedrich Schiller Universität Jena.
- Torres, Esteban (2022b). La clase dependiente del delito: de los márgenes al epicentro de la sociedad mundial. En Esteban Torres y José Mauricio Domínguez (eds.), *Nuevos actores y cambio social en América Latina* (pp. 229-262). Buenos Aires: CLACSO.
- Torres, Esteban (2023a). *El cambio social: teoría, historia y política*. Buenos Aires: CLACSO.
- Torres, Esteban (2023b). El paradigma mundialista: una nueva propuesta para la sociología. *Estudios Sociológicos*, 42, 1-19. <https://doi.org/10.24201/es.2024v42.e2431>
- Torres, Esteban (2023c). El sistema intercomunicacional: de los medios al cambio social mundial. *Perspectivas de la comunicación*, 16(1), 1-39. <https://doi.org/10.56754/0718-4867.2023.3040>

- Torres, Esteban (2024). La sociedad mundial poscolonial: una aproximación. *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 10(20), 223-256. <https://doi.org/10.32776/arcsh.v10i20.479>
- Torres, Esteban (2025a). Las derechas en América Latina: el poder de la servidumbre voluntaria. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales*, 5(2), 1-28. <https://doi.org/10.48102/if.2025.v5.n2.422>
- Torres, Esteban (2025b). La fórmula latinoamericana (Izquierdas y derechas en el Sur Global). *Revista Anfibia*, 28 de junio. <https://www.revistaanfibia.com/la-formula-latinoamericana/>
- Torres, Esteban y Borrastero, Carina (2020). Capitalism and the State in Latin América: Concentration of Power, Social Inequality and Environmental Depletion. En Xóchitl Bada y Liliana Ribera Sanchez (eds.), *The Oxford Handbook of The Sociology of Latin America* (pp. 1-17). New York: Oxford University Press.
- Townsend, Peter (1993). Poverty in Europe. En Zsuzsa Ferge y Seymour M. Miller (comps.), *Dynamics of Deprivation*. Aldershot: Gower.
- Transnational Institute [TNI] (2025). *State of power 2024. Geopolitics of Capitalism*. Amsterdam: TNI.
- Traverso, Enzo (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Turner, Henry (1985). *German Big Business and the Rise of Hitler*. Oxford: Oxford University Press.
- Varoufakis, Yanis (2017). *Comportarse como adultos. Mi batalla contra el establishment europeo*. Barcelona: Deusto.
- Verón, Eliseo (1996). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.
- Wallerstein, Immanuel (2001). *Unthinking Social Science: The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*. Philadelphia, PA: Temple University Press.
- Wallerstein, Immanuel (2005). *Africa: The Politics of Independence and Unity*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Williamson, John (1990). What Washington Means by Policy Reform. En J. Williamson (ed.), *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?* Institute for International Economics.
- Williamson, John (2004). *The Washington Consensus as Policy Prescription for Development*. World Bank-Institute for International Economics.
- Xing, Li y Vadell, Javier (eds.) (2024). *China–US Rivalry and Regional Reordering in Latin America and the Caribbean*. New York: Routledge.
- Zaffaroni, Raúl (2025). ¿Las derechas son derechas? El caso argentino. En Esteban Torres y Pablo

Vommaro, *Las derechas en América del Sur. Transformaciones contemporáneas*. México DF: COLMEX.

Fuentes adicionales

- Bloomberg (2025). Así va el riesgo país en 2025 en Latinoamérica, con subidas drásticas en Argentina y Ecuador. <https://www.bloomberglinea.com/latinoamerica/asi-va-el-riesgo-pais-en-2025-en-latinoamerica-con-subidas-drasticas-en-argentina-y-ecuador/>
- Clarín (2025) (24 de abril). “Mandrilandia is over”: el video que compartió Javier Milei en redes sociales. https://www.clarin.com/videos/mandrilandia-is-over-video-compartio-javier-milei-redes-sociales_3_WY2Ff4odC9.html
- Cotización.ar (2025). Riesgo País en Argentina. <https://cotizacion.ar/riesgo-pais>
- El Destape (2025a) (22 de marzo). La repudiable frase de un asesor de Milei: “El problema de Argentina es que tiene argentinos”. <https://www.eldestapeweb.com/politica/gobierno/la-repudiable-frase-de-un-asesor-de-milei-el-problema-de-argentina-es-que-tiene-argentinos--2025322164532>
- El Destape (2025b) (30 de abril). Las tres exigencias del jefe del Comando Sur para que Milei se

aleje más de China. <https://www.eldestapeweb.com/politica/comando-sur/las-tres-exigencias-del-jefe-del-comando-sur-para-que-milei-se-aleje-mas-de-china-20254300536>

- IP Noticias (2023) (2 de octubre). Deuda externa, dolarización e inflación: qué dijeron sobre Economía los candidatos. <https://ipnoticias.ar/economia/20274-deuda-externa-dolarizacion-e-inflacion-que-dijeron-sobre-economia-los-candidatos>
- LPO (La política Online) (2025) (21 de febrero). Milei se brotó con el sonido de su celular y culpó a los argentinos: “Son cabezas de termo”. <https://www.lapoliticaonline.com/politica/milei-se-broto-con-el-sonido-de-su-celular-y-le-echo-la-culpa-a-los-argentinos-son-cabezas-de-termo/>
- *Página/12* (2024) (27 de mayo). Argentina, China y las obsesiones de la generala Richardson. <https://www.pagina12.com.ar/774678-argentina-china-y-las-obsesiones-de-la-general-a-richardson>
- *Página/12* (2025) (25 de abril). Georgieva quiso regular, pero metió la pata hasta el fondo. <https://www.pagina12.com.ar/820989-georgieva-quiso-regular-pero-metio-la-pata-hasta-el-fondo>
- Pascual, Sergio (2025) (14 de marzo). Notas sobre la consulta popular anunciada por el presiden-

te Gustavo Petro en Colombia. Celag.org. <https://www.celag.org/notas-sobre-la-consulta-popular-anunciada-por-el-presidente-gustavo-petro-en-colombia/>

- Redondo, Lina (2025) (12 de marzo). ABC de la consulta popular que propuso el presidente Gustavo Petro. *El Heraldó*. <https://www.elheraldo.co/colombia/2025/03/12/abc-de-la-consulta-popular-que-propuso-el-presidente-gustavo-petro/>
- Trading Economics (2023). <https://es.tradingeconomics.com/argentina/external-debt-to-gdp>
- Loaiza, Yalilé (2023) (12 de febrero). Ecuador, país récord en referéndums y la inusual derrota de su presidente. Infobae.com. <https://www.infobae.com/america/america-latina/2023/02/12/ecuador-pais-record-en-referendums-y-la-inusual-derrota-de-su-presidente/>
- Wallace, Arturo (2016) (1 de octubre). ¿Sí o no?: 5 referendos, plebiscitos y consultas que han hecho historia en América Latina. BBC Mundo. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37524931>

Sobre el autor

Esteban Torres (1976) es investigador del CONICET y director del programa “Cambio Social Mundial” en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina. Asimismo, ejerce como profesor a cargo de la cátedra “Sociología” de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC y de la cátedra “Teorías y procesos de cambio social” de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales (UNC). Desde 2023 Torres es Fellow Permanente del Institut für Sozialforschung (IfS) de la Goethe-Universität Frankfurt, hogar de la “Escuela de Frankfurt”. Desde 2024 se desempeña como director de la Cátedra Libre Immanuel Wallerstein (UNC-IfS-CLACSO-UBA) y desde 2025 es editor de la colección “Global Sociology” de De Gruyter Brill, junto con Göran Therborn. En los últimos años ha sido profesor visitante en los departamentos de sociología de varias universidades, entre ellas la New York University (EE.UU.), la University of Cambridge (Reino Unido), la University of Wisconsin/Madison (EE.UU.) y la Friedrich Schiller Universität Jena (Alemania). Entre 2016 y 2022 se desempeñó como

coordinador del Grupo de trabajo de CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”, junto con Edelberto Torres-Rivas y José Mauricio Domingues. Es autor de una multiplicidad de libros, artículos científicos, capítulos de libros y artículos de prensa, entre otros textos. Sus últimos libros publicados por CLACSO son *Alain Touraine en América Latina* (2025); *El cambio social: teoría, historia y política* (2023); *Hacia una nueva sociología del capitalismo* (2022); *La gran transformación de la sociología* (2021); *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (2020); *Marx 200: presente, pasado y futuro* (2020), y *Francisco Delich y América Latina* (2018). Colabora con diferentes medios de comunicación y divulgación, entre ellos Global Dialogue (International Sociological Association), *Página/12*, Nodal, CBA 24N.

¿Por qué crece la derecha en América Latina? ¿Qué novedades expresa y qué viejas lógicas arrastra desde el siglo XIX? ¿Cuál es el secreto de su poder? ¿Por qué no resulta adecuado caracterizarla como “autoritaria” o “fascista”? ¿Qué sucede cuando reconocemos su arraigo en una sociedad de consumo tardío y un escenario mundial poscolonial? ¿Cuáles son los dos procesos que hay que revertir para derrotar a la derecha y plantar una semilla de futuro? ¿Qué hacer? En este estudio sociológico, Esteban Torres responde tales preguntas -y otras- inspirado en un hecho revelador: la servidumbre voluntaria es la verdadera fuente del poder de la derecha latinoamericana.

“Si bien mucho se ha hablado sobre la cuestión cultural respecto del empoderamiento de las llamadas ‘derechas’, en este libro se lo hace desde una perspectiva no suficientemente explorada acerca de la esencia de la llamada ‘batalla cultural’ que, en definitiva, confluye en la lucha descolonial”.

Eugenio Raúl Zaffaroni

Ex Ministro de la Suprema Corte de Justicia
de la República Argentina.

Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires

ISBN 978-631-308-146-2

